

MARY,
y otros relatos

Autor: J.Carlos Unhomas

«Al saber que estaba allí, los parientes de Jesús acudieron a llevárselo, pues decían que se había vuelto loco.»
(Marcos 3.21)

La flor

A lo largo de la calle paseaba nervioso deseando, y a la vez temiendo, que llegara el momento de entregarle la flor. Era tan hermosa. Su perfume me embriagaba de ensueños y fantasías, y, sin embargo, la duda me angustiaba.

–¡Rosaaa!

Casi sin darme cuenta pasó junto a mi lado, y ya se alejaba cuando con voz desfallecida la llamé por su nombre y se la ofrecí. Las palabras sobraron para decir que la amaba...; en el rubor de su rostro, no mirarme pero saberme allí, quise adivinar lo mismo en ella.

–¡Rosa; corre, ven! –la llamaban sus amigos.

Indecisa, la tomó de entre mis manos y sin decirme nada corriendo se fue tras ellos.

–Eres tonta; ¿pero no sabes que está loco? –escuché le decían al doblar de la esquina.

Sus carcajadas se oyeron ruidosas:

–¡¡Está loco, está loco!!

«¡Mi esperanza está en ti! Líbrame de mis pecados; no dejes que los necios se burlen de mí.»

(Salmos 39.7-8)

Tras tu huella

Supongo estarán de acuerdo conmigo en que un patrimonio cuyas rentas apenas permiten adquirir la comida necesaria para no desfallecer de hambre, no otorga a su poseedor la condición de hombre afortunado. Ya, ya sé que lo primero es la salud, y de ésta, gracias a Dios, no puedo quejarme; pero de qué me sirve si ningún capricho, alguno del amor, puedo adquirir con mi pobre peculio. Es como el pájaro que presume de la jaula donde vive ante quienes de su especie vuelan en el espacio abierto. No obstante soy feliz; sé que este mi encierro está a punto de terminar. «¿Por qué?», me preguntarán. No me hagan reír; ¿creen que mi ingenuidad llega hasta el extremo de hacerles partícipes de esta dicha? Si así lo hiciera, al llegar, ya otro se me habría adelantado.

Algo de esto debió intuir el funcionario a quien esta mañana pregunté sobre los lugares de venta de ciertos números de lotería. Quería saber mi interés por ello. Conociendo como conozco el corazón humano, desde la noche en que tuve el sueño consideré oportuno alegar razones de maniático coleccionista por una variedad de números, entre ellos el que será premiado. Cientos de kilómetros separan de su ubicación, imposibles de abarcar salvo desechando los caminos falsos. Lo tenía bien pensado: esperando hasta el momento de hacer imposible el tiempo necesario para recorrerlos todos antes del sorteo, llevaba a quienes intuyesen la verdad de mis pesquisas a una reducidísima probabilidad de optar por el número correcto. No pude más que sonreír cuando en la mirada del funcionario adiviné sus reservas al respecto: «Si es como dice, ¿por qué ha esperado tanto? Debería haberse informado antes.» «Eso he hecho –digo– con los ya encontrados, pero de éstos no han sabido darme referencia; y he pensado que tal vez usted...» Una discreta adulación, aunque sea falsa, siempre predispone a favorecer los intereses propios, lo sabemos todos. Halagado por saberse dueño de algo que los demás ignoran, desea hacerse de rogar: «No sé si

debería», aparenta duda donde sabe no existe ningún problema. «Por favor, sabe que cuenta con toda mi discreción –y aquí cometo un grave error–; si es por dinero.» ¿Por qué se me habrá ocurrido? El dinero, al margen de norma legal que autorice su pago, es soborno contra la integridad de cualquier burócrata. Me esfuerzo por aplacar su justificado enfado: «Perdone, no fue ésa mi intención; sólo me refería a los gastos en que pueda incurrir por su gestión.» «Además –leo su pensamiento confirmando la anterior sospecha–, si está dispuesto a pagar es que la información lo vale.» Hemos llegado a un punto de mutua desconfianza. Si le digo la verdad es seguro que querrá participar. Hago además de irme apenado por su actitud. «Sea, aunque no debiera», desiste por fin... No comprendo este su repentino cambio; si me sabía conoedor de cierta información privilegiada debería haber insistido más antes de dar la suya... En fin, él sabrá. Lo importante es que ahora sé hacia donde voy.

Cinco ocho cero cinco ocho, casi capicúa. Hasta en el peor momento de mi vida siempre supe que tendría éxito; era una íntima sensación tan real como que ahora viajo al encuentro de este número. Quizá su precedente sean aquellos sueños infantiles donde del suelo recogía multitud de monedas que sólo a mí estaba dado ver. Quién sabe. La realidad es un conjunto complejo donde los actos de nuestros sueños no sólo son su parte, sino que influyen sobre los que hacemos despiertos, y a la inversa. Si lo sabré yo bien. Nada de lo hecho hubiera sido sin la duermevela del otro día. Lluvia de billetes con la voz repitiendo el número: «cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho, cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho...» Qué hermosa es la vida con un futuro prometedor; parece distinta siendo todo igual. ¿Qué digo igual? Yo mismo he cambiado.

Diez décimos (un número completo) será suficiente. Para qué más; la avaricia rompe el saco. Una casita en el campo y a vivir modestamente con lo que el banco me dé a un buen interés. Nada de alardes de riqueza propicios a la envidia, cuando no a enfados de quienes seguro considerarán de justicia ser ayudados por los favores que en su día dirán haberme hecho, y si digo que no me acuerdo (no por mentir, sino porque es la pura verdad), insistirán hasta

hacerme daño. Mejor seguir como hasta ahora: secretismo y que cada cual piense lo que quiera...

–¿Está libre?

–Sí, puede sentarse.

–¿Eh?...; oiga, ¡qué casualidad! No se acuerda de mí.

¿Será posible? Es el funcionario de esta mañana.

–Pues no..., ahora no caigo.

–Sí hombre, sí; yo soy quien le ha informado de las direcciones donde comprar los números de lotería.

–Ah, ya.

–Qué, ¿a comprar uno de ellos? Precisamente yo voy también hacia allí... Si quiere puedo hacerlo por usted; de este modo tendrá tiempo para adquirir los demás.

–Se lo agradezco mucho, pero me cae al paso... Ya sabe.

–No, no sé. Si no recuerdo mal las direcciones de los otros son contrarias a ésta... Baje en la próxima parada y tendrá tiempo de coger el autobús de regreso.

Debí imaginármelo. Qué zorro; ahora lo comprendo; ha dejado que yo mismo me descubriera... ¡Uf!, cómo sudo.

–Bueno...

–Nada, no se hable más. Era el cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho, ¿verdad?

–Sí, creo que sí... Adiós; muchas gracias.

¡Maldita sea!; me ha engañado. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Si me empeño en seguir, me hubiera delatado. Seguro se estará preguntando si no es ahora cuando voy a comprar el número que será premiado. No tiene ninguna prueba de lo contrario.

Se me está haciendo tarde. No puedo esperar al próximo autobús. Cogeré un taxi.

Como las moscas a la miel acuden cuando saben puedes darles algo. No era así antes. He ido cientos de veces a llamar a sus puertas y siempre me han

despreciado. Claro, con este aspecto, qué podían esperar. «Un pordiosero –pensaban–, que vaya a otros a pedir, ya tengo bastante con mis problemas.» Y qué culpa tengo yo que asocien mi persona con más problemas. ¿Acaso lo es intentar salir del pozo? Me he esforzado yendo de aquí para allá buscando, al igual que ellos, un mejor porvenir. Lo siento, el presente no me gusta: sufro tanto...

Ahora que lo pienso: debí darle mi dirección para hacer más creíble su propuesta. Si no sabe dónde vivo, ¿cómo podrá darme el número? Esto demuestra que miente en lo que ha dicho; era su obligación habérmela pedido. Tiene gracia; tanto seguirme hasta el autobús, para perder mi rastro. Muy convencido debía estar en ese momento, pero después de ver la facilidad con la que me he ido, la duda habrá de nuevo vuelto a él. Pobre hombre; a pesar de todo me cae simpático. Con sus sospechas da palos de ciego sin saber, a ciencia cierta, dónde está mi suerte.

–¡Como aquélla, como aquélla es la que me gustaría tener!

–¿Cómo dice? –me mira por el retrovisor.

–No, sólo pensaba en voz alta... Me refería a que este paisaje es muy hermoso, y como tengo planes de comprarme una casa, me gustaría hacerlo por aquí.

Se ha callado. Creerá que no estoy en mis cabales. No es normal decirle a nadie, incluso a un taxista, lo que uno piensa. Las emociones me hacen desbarrar. Por qué, si no, hablar a la patrona sobre la búsqueda de otro inquilino, que yo me iba. «Ah, no; antes tiene que pagar su deuda.», era lógico pensara esto después de la llorona de la otra noche para que no me echara; pero no podía esperar. Tanto tiempo aguantando sus impertinencias sin poderme desquitar. Se ha quedado de una pieza cuando la he llamado vieja bruja. «Sí, como oye: vieja y bruja; no se merece otro calificativo.» No daba crédito a mis palabras. Ella, que por caridad cristiana me ha mantenido durante estos años –lo que hay que oír–, era víctima de sus buenas obras. Habráse visto; ¡qué desfachatez! «Por necesidad, señora, por necesidad he permanecido en esta su casa, que no por

gusto»; ¿o acaso lo es el menú de acelgas cada día y una habitación sin ventanas al exterior? «De mi alquiler todo es beneficio para usted.» No le estaría mal empleado irme sin pagar. Que aprenda a no robar.

–¿Por dónde quiere que le deje?

–Ah, ¿ya hemos llegado?

–Depende de adónde vaya.

–Sí, bueno, ya está bien; por aquí mismo.

Definitivamente sospecha de mi salud. Hay que ver qué gestos hace. Ande, cóbrese y deje de mirarme con esa cara...

Será majadero; se va riendo. Más razón tendría yo si supiera mi feliz destino frente al anodino suyo. ¡Ea!, déjalo y sigue tu buena estrella. Allá cada cual con sus motivos.

Ahora lo importante es no volverme a encontrar con el dichoso funcionario. Si me viera ya no tendría ninguna duda al respecto. Debo esquivarlo sea como sea. Siguiendo por los callejones será más fácil. Veamos; por aquí hay poca gente.

¡Viva! Revienta corazón. Me pondría a saltar de alegría. Y decir que hasta hace poco era un hombre desdichado. Cómo cambia la vida. Aunque las nubes, ocultando al sol, amenazan lluvia, tú eres el radiante día de mi ilusión. Corre, no te detengas, la dicha es tuya...

Ahí está. No tiene nada de particular, es una administración de lotería como tantas otras.

–Por favor, déme un número del cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–¿Cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho?

–Sí, eso he dicho.

–Lo siento, los últimos los he vendido hace un rato. Pero no se preocupe, aún me queda el cincuenta y ocho mil cincuenta y siete que, por sólo un número, para el caso es lo mismo; ¿no le parece?

–¡Imposible!

No es posible. ¿Qué me ocurre? Desfallezco. Nada veo en derredor...

– ... Oiga, buen hombre, despierte –me golpean en la cara.

–¿Queé?, qué ha pasado.

–Se ha desmayado. No pensaba le afectara tanto lo que me ha pedido.

–¿Lo que he pedido?

–Ese número: el cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–¡¡Ah,sí!; es necesario,tengo que conseguirlo, es cuestión de vida o muerte!

–Cálmese, no se excite. Aquí, en la finca de al lado, vive quien lo ha comprado. Se llama Francisco Buendía. Si le insiste tal vez acepte compartirlo.

–Gracias, muchas gracias; no sabe cómo se lo agradezco.

Qué idiota he sido. Pensar en quienes pudieran saber sin percatarme de esta posibilidad. A qué esperar tanto; debí comprarlo antes. Me pasa por demasiado precavido... Ésta debe ser. Sí, en el buzón lo pone: cuarto piso derecha... Pero cálmate, piensa un poco, no cometes un nuevo error. Lo más correcto será seguir como hasta ahora: razones de maniático coleccionista me obligan a adquirir el número. Veamos; toco el timbre: «Está don Francisco.» (Lo llamo por su nombre y con el don delante para darle un aire de familiar importancia.) «Pues no, en este momento no está.» En este caso pregunto a qué hora cree que volverá, y me retiro hasta llegado el momento. Si no es así, le explico lo del lotero y mis razones antedichas. Eso es. Todo muy convincente y sin darle demasiada importancia. Mejor no coger el ascensor para tranquilizarme mientras subo.

Es normal, seguro querrá algo a cambio; y sólo tengo el dinero que vale un número: diez veces el precio del décimo. Si pide más tendré que apelar a su buen sentido. Muy cruel debería ser para no apiadarse de mi pobre aspecto... (Ya he llegado.) Esperemos no lo sea.

¡Riiín!

Alguien mira por la mirilla. Mejor no darme por aludido. Se ha ido. Qué cotilla... De nuevo mira. Cuchichean.

–¿Qué desea?

–Ah, hola, buenas...; bien, vengo del lotero... O mejor, no, ¿está don Francisco?

–¿Francisco mi marido?

–Supongo.

–¿Cómo que supone?

–Verá, yo es que vengo del lotero y me ha dicho...

–¿De qué lotero?

–Del de abajo, el que vende lotería. Me ha dicho (porque yo colecciono números, ¿sabe?) que lo ha tenido pero no lo tiene...

–¡Francisco, sal un momento que aquí hay un hombre que no sé lo que quiere!

Vaya lío me estoy armando. Y todo por culpa de las mujeres. A quién se le ocurre entrometerse ella... Mejor así. Anda, vete.

–Hola, mucho gusto. ¿Usted es Francisco Buendía?

–Así me llaman.

–Verá, yo es que colecciono números de lotería y me han dicho en el despacho de aquí abajo que los últimos del que yo quiero los ha comprado usted.

–He comprado varios.

–En concreto el que a mí me interesa es el cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–Sí, tengo dos.

–¿No le importaría venderme uno? Son manías de coleccionista. Desde que empecé los tengo todos de cada año, y éste sería el primero en faltarme.

–Pues no sé...

–¡Paco, ven enseguida!

–Perdone.

–Sí, vaya; no se preocupe.

Será pesada. Ésta como la patrona, con tal de dar la lata no saben qué hacer. Pues va lista si piensa volverme a ver; que la aguante su abuela. Eso es: no vuelvo. Hoy paso la noche en un hotel, y mañana le pido crédito al banco previo depósito del boleto. Pero qué le dice; parecen discutir... Ya salen.

–Lo sentimos mucho; tenemos compromisos de familia y no podemos venderle ninguno.

–Por favor, señora, no me haga esto. Yo estaría dispuesto a pagar más de lo que vale.

–No es cuestión de dinero...

–Qué le parece el doble de su precio.

–Como le digo el dinero es lo de menos...

–Y cinco veces más.

–¿Tanto le interesa?

–No lo sabe usted bien... Mire, les pago ahora.

–De acuerdo. ¿No te parece, Paco?

–Sí, cariño... Pero, ande, no se quede ahí; pase al comedor.

Sanguijuelas asquerosas; lo sabía: «no es cuestión de dinero», y al verlo no os habéis podido resistir. Puerca vida.

–Aquí lo tengo: cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho. El número realmente es bonito. Aunque no lo es suena a capicúa.

–Cuenta el dinero y mañana volveré a darles el resto.

–Muy bien, aquí lo tendrá.

–¿Cómo?

–Claro; ¿no pensaría llevárselo ahora? Una vez hecho el sorteo este boleto valdrá lo que su papel impreso o –quién sabe– millones.

–La duda ofende. A mí no me interesa el premio.

–Estamos de acuerdo, pero la tentación es grande y tal vez mañana su opinión sea otra.

–Lo mismo puedo pensar yo de ustedes.

–Quien manda impone. Ésta es nuestra condición.

Y qué hago ahora; esta bruja es capaz de negármelo. Será mejor conformarse con menos. (Alguien llama.)

–Paco, ve a ver.

No puedo irme así. Mañana sabrán que el número es premiado y lo habré perdido todo...

–Está bien; déme al menos su equivalente.

–¡Un momento!

–¿Qué pasa?

–Este hombre también lo quiere.

¡Tierra, trágame! Es él.

–Vaya, vaya; mira quién está aquí. ¿Pues no le dije que no se preocupara, que ya lo compraría yo por usted?

–Sí; no sé... Creía, yo pensaba que... ¡Eso es!: usted no me pidió la dirección.

–¿La dirección?... Ah, claro, la suya. Es verdad, se me olvidó... Pero qué importa esto ahora. Lo importante es el número, y según me dice el señor Francisco a usted le falta dinero para comprarlo.

–Faltar faltar, no es que me falte; sólo ocurre que no lo llevo todo encima.

–Da igual, para nosotros es lo mismo: o paga o nada.

–No se preocupe, señora. Vamos a ver: ¿cuánto es?

–Diez veces su precio.

–¡Oiga!, que yo sólo le ofrecí cinco.

–Hemos cambiado de opinión. Si no están de acuerdo ya pueden irse.

Acompáñales, Paco.

–No se altere; los malos modos no conducen a nada. Yo sí puedo pagarle.

Tome: uno, dos, tres..., y diez. ¿Está de acuerdo?

–Oh, sí; es usted muy amable. Paco, dale el número.

–Aquí tiene, señor. Da gusto hacer negocios con usted.

–¿Y yo? Quién se acuerda de mí.

–Vamos, ya pensaremos qué hacer.

–Eso es, entre amigos la cosa es más fácil.

–Pero oigan...

–No sea impertinente y sígame... Adiós.

–Adiós... Que tengan suerte.

No, si al final resulta que el pagano soy yo. Hay que ver cómo corre; ni siquiera ha tenido tiempo de esperar al ascensor. ¡Hala!, y encima tropezando. Aun me voy a descalabrar bajando por aquí. ¡Maldita sea mi suerte!

–¡Eh, oiga, espéreme; no vaya tan deprisa!

No cabe duda: éste pretende desembarazarse de mí. Va listo si piensa conseguirlo. Estaría bueno; después de tanto trabajo me lo llevo todo y ahí te quedas. Será cochino.

–¿Es que no me oye?

–¡Suélteme!

–Cómo que le suelte. Tenemos que aclarar nuestra situación.

–Le digo que me suelte... ¡Ya está bien, por favor!

–No hace falta que grite tanto. Yo sólo quiero lo mío.

–¿Lo suyo? Mañana lo tendrá; y esto si paga.

–No fue lo convenido.

–Lo convenido fue que lo compraría yo por usted si antes me paga.

–Muy bien, aquí tiene; déme al menos un décimo.

–Y mi ganancia qué. Exijo la misma de quien me lo ha vendido: nueve veces su precio.

–Pero es injusto. Usted ha sabido de esto gracias a mí.

–Por lo mismo quiero más. Los dos sabemos que lo vale.

–Ladrón. A tortas te lo voy a dar.

–¡Policíaaaa! ¡Ayúdenme!...

– ... Sujetadlo. Ha intentado robarle.

–Paso a la autoridad. A ver, ¿qué pasa?

–Agente, somos testigos: el miserable golpeaba a este pobre hombre queriéndole quitar la cartera.

–No, si ya se ve. Tiene todas las trazas de un delincuente.

–Hasta en plena calle. A dónde vamos a llegar.

–Bien, basta de juicios y circulen. Ustedes, vengan conmigo; en la comisaría aclararemos todo.

.....

Qué miras; estás aquí porque quieres. Si yo tuviera ese agujero tampoco me importaría. Pero ya ves, es demasiado pequeño para que pueda entrar y salir como tú... Toma. Anda, ven; no tengas miedo. Es curioso, ni en el calabozo la libertad es la misma: se ha ido. La tentación del trocito de queso será suficiente para hacerle volver; o al menos eso lo ha sido en mi caso. Mira que pensar que algo bueno me podía ocurrir. Seré iluso. A otros quizás, ¿pero a mí? Era, a fuer de objetivo, lógica la ruina final cuando los demás pleitean por el mismo cielo; y el funcionario lo sabe, está seguro del mío: dentro de unas horas podrá ser todo lo que quiera ser. Varios cientos de millones dan para ello, para elegir su propio destino; ahí es nada. Ganas me dan de romperle el cráneo. Si pudiera lo fulminaba, por chorizo. En el estercolero, donde todos mean y cagan, no es justo me deje cuando yo debiera ser él. Puedes estar seguro, me las pagarás; no cejaré hasta hacerte probar tu mierda. Y a vosotros: pueblo inepto, culpables también de mi desgracia. ¡Ya has caído!; menudo estacazo te he dado. No consiento la impertinencia de ningún asqueroso ratón. Al retrete con él; es su sitio, como el de toda esa gentuza que no dejan de jorobar la marrana. Otro gallo nos cantaría sin ellos... Cada vez que lo pienso se me revuelve el estómago. Ni siquiera uno –todos a coro: «nosotros lo vimos»– defendió mi causa sabiéndola del número premiado; y el otro dale que dale: «Sí, señor agente; este hombre quiso robarme.» Con semejante tropa fue seguro mi encierro. Qué otra cosa podía hacer –«no se preocupe, mañana le soltarán»– para librarme de esa jauría. A fin de cuentas es lo mejor; si los dejo me linchan: no creían en mi razón de inocencia... Buena la he hecho; ¿y ahora qué hago? Por de pronto saldar la deuda (con todo el dinero del décimo). De este modo creará que las cosas han cambiado y tendré crédito para varios meses. Es cascarrabias pero buena mujer, y se atenderá a razones. Dónde, pues, otro inquilino que le dé lo que yo. Aunque tarde soy pagador y le

causo pocas molestias. Sé que en el fondo me quiere; no como éste: «aquí estuvo un olvidado del mundo». Mal debía estar para escribirlo en la pared, o tal vez pensó dejando constancia aligerar las penas de los que viniéramos después. Quién sabe. Desde luego no creo gratifique mucho saberse el último de la fila: mirar atrás y no ver a nadie. Debe ser desolador. Aunque mirar delante y tampoco, también lo es: la nada del todo hecho... ¡Bah!, no dejan de ser elucubraciones sin ningún fundamento. Los extremos no se dan; cada cual lleva su cara y su cruz, y siempre hay algo de qué preocuparse. Porque, ¡qué caramba!, si del trabajo sale el sudor, del dolor sale la queja, y no es justo me quiten lo mío. Es el pasado quien legitima la propiedad a través del esfuerzo cuando en el presente llega el momento de disfrutarlo. Si entonces estuve solo, debería seguir igual. Pero, no, las arpías siempre vigilan el menor descuido. De buena gana le rompía el cráneo. Suerte tienes de no estar conmigo. Por contentos pueden darse los Pacos de sus mujeres; si no es por ella, allí mismo lo descalabro. Me engañó aquello de «entre amigos es más fácil». Hasta llegué a creer, dispuesto como estaba a compartir el número, que me lo daría en su integridad. Seré ingenuo; debí cogerlo y echarme a correr. En cuestiones de dinero no hay amigos... Amanece. Todo se ha perdido. Volver a la rutina de siempre, una hora tras otra sin esperanza; ¿hay mayor tristeza? Desde este lado la alegría ajena duele más. No sé si podré con ella... Sea como quiera; me da igual; ya nada importa. Han sido muchos años y estoy cansado para empezar de nuevo. Queden las monedas en el suelo. Fui feliz creyendo hacerlas mías. Sin nada, un simple sueño donde andar la realidad. (Escucha: si te pregunta dónde has pasado la noche, dile que en casa de un pariente –por ejemplo, de un hermano. Creo haberle dicho que tengo uno por ahí–, pues si sabe que en la cárcel ya puedes dar por hecho que te quedas en la calle; y entonces sí ibas a saber lo que es bueno.) Al despertarme tuve una impresión tan clara que no cabe ninguna duda al respecto: el premiado es ése. Miserable. Si pudiera... ¡Ah!, no hay manera de quitarme el frío. Por si fuera poco, qué camastro; en casa estoy mejor. Mi vaso de leche bien caliente, apago la luz y me duermo arrullado por su voz. Porque hay que ver si en la radio

ocurren cosas: que si un accidente por aquí, que si otra guerra por allá...; y yo
–dulce sopor– tan a gusto en mi cama...

–¡Eh, vamos, despierte!

–¡Aaaah! Qué sueño.

–Ya está bien. Deje de bostezar y sígame.

–¿Qué hora es?

–Más de las cinco.

Uf; a poco más y duermo otra noche en este tugurio.

–¿A dónde vamos?

–Yo a ninguna parte; usted a dejar constancia de su integridad física tras su
paso por comisaría.

– ... ¡Hombre!, don Francisco; no sabía trabajase usted aquí.

–Pues sí, ya ve... Por cierto, ¿sigue interesado en ese número?

–¿Cuál?

–El cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–¿Es que no ha tocado?

–Díselo, Paco: ni la pedrea. Que sepa de qué han servido sus berrinches.

–¿Ni la pedrea? ¿El cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho? ¿Está seguro?

–Tanto como que tengo también uno.

–Ni la pedrea. ¡Ja,ja! Esto sí que tiene gracia.

–Se lo vendo por su precio.

–Por favor, don Paco, no haga usted tan mal negocio. Ayer le ofrecí cinco.

¡Ja,ja! Y a su mujer –¿no se acuerda?– le dieron diez. ¡Ja,ja,ja!

–Ande, firme aquí y márchese.

–Diez veces por nada. ¡Ja,ja,ja!...

¡Oh, hermosa vida! Y pensar que a punto estuve de perderlo todo. Una por
cada diez se estará dando de las tortas que no le di. Idiota. ¡Ja,ja,ja!... ¿Qué
miráis? Sí, ya sé que está lloviendo. ¿Que me mojo? Y qué importa si sé hacia
donde voy.

A mi amigo Jesús Vidaurre Pano,
protagonista tal vez ficticio de esta
historia fantástica. Allá donde estés.

Mary

El Olimpia zarpó del puerto de Valencia a finales de septiembre de 19... con destino a Cape Town. Propiedad de la naviera ARCASA (Armadores del Cantábrico,S.A.) era uno de sus cinco barcos, todos ellos dedicados al transporte de carga general, con 5.150 toneladas de peso muerto, 110 metros de eslora y 17 de manga. Su capitán, don Jesús Vidaurre, perteneciente a una rancia familia vasca de marinos, estaba próximo a jubilarse tras casi cuarenta años en la mar, los diez últimos al mando del Olimpia. De carácter introvertido no gustaba hablar de sí mismo excepto cuando alguno de sus esporádicos excesos de alcohol le desinhibía para hacerlo.

–No he conocido mujer como aquélla. ¿Saben del azul sobre el negro? Así eran sus ojos de intenso azul sobre su piel de ébano, o mejor aún: como dos estrellas en la negrura de la noche. Mary Without-parents (así la llamaban) sabía de su madre bantú, y aunque no de su padre (eso decía ella, pero yo lo dudo sólo fuera por referencia de la madre) todos lo intuíamos de algún país más hacia el Norte... Sí, me enamoré de ella; la quise como a mi propia vida.

–¿Cómo pues la dejó marchar?

–Por aquellos años yo iba mucho a Walvis Bay (ya saben, en Namibia) a transbordar pescado de los barcos que faenan por allí. Casi en secreto nos veíamos por culpa del apartheid y de aquel cabrón que no me dejaba subirla a bordo.

–¿Quién?

–El capitán; un inglés tan pirata como el armador del Hurricane. Fíjense cómo eran que embarqué panameño y salí liberiano. Allí había de todo: tres o cuatro chinos, un negro que siempre respondía muy serio y circunspecto lo que sospecho era burla: «Yes, bwana», y hasta un moro, o al menos eso creíamos por sus oraciones en cubierta hacia La Meca... Era joven y no lo pensé dos

veces. De madrugada partíamos rumbo a España. Al despedirme de Mary en el muelle (a mala hora se me ocurrió) le pregunté si le gustaría venirse conmigo. Qué otra cosa podía hacer. Nos queríamos y se daba por hecho que las singladuras del Hurricane iban a cambiar hacia otros derroteros. Ella no respondió porque pienso dudaba entre el amor y el miedo a lo desconocido. Oculta tras uno de los cobertizos la dije esperase mi llamada. El marinero de guardia vigilaba la noche en el portalón. Subí mostrándome alegre como de haber tomado unas copas de más. «No se preocupe, vaya a descansar. Así me despejaré hasta la hora de partir.» No hizo falta que se lo repitiese dos veces. Llamé a Mary; la pobre temblaba como un flan. Con mucho sigilo la conduje hasta mi camarote. Pobrecita, cómo temblaba. La arrullé entre mis brazos para darle valor advirtiéndole no abriese a nadie...

—¿Se la llevó consigo?

—Esperen y verán. A las pocas horas iniciamos la maniobra de salida. Yo por entonces iba de tercer oficial y no hacía más que cumplir las órdenes que él me daba: «Atrás despacio», pues atrás despacio; «media caña a babor», pues a babor; «avante toda». Oigan, aquello parecía como una traca de verbena. El capitán entró despavorido gritando: «¡Le he dicho avante toda!» Y qué otra cosa había hecho yo. Tuvo que callarse al ver el telégrafo en posición correcta.

—¿Y el práctico?

—Je, yo qué sé dónde estaba el práctico. Con sus prisas no había querido esperarlo porque la cosa (luego se vio que no) era sencilla. Lo cierto fue un velero hundiéndose; nunca supimos si con gente dentro. Escapamos, o mejor dicho: escapó como alma que lleva el diablo porque se sabía culpable y temía las represalias subsiguientes... Pobre Mary, éstas fueron para ella.

(Cuando más tarde en la causa judicial que se siguió al efecto se habló de este su carácter, la tripulación presente fue unánime al considerar a una tal Mary motivo de las desavenencias del jefe de máquinas, don Enrique Rojas, con el capitán. Nadie supo dar referencias de esta mujer, pero se dio por hecho su

existencia a bordo ya desde Valencia, si bien ignorada en un principio, no por eso inexistente (por lo oído, yo diría sospechada) a raíz de los sucesos que originan este informe.)

–Me recuerdo de guardia en el puente cuando subió el capitán a preguntarme que quién estaba en mi camarote. Palidecí de miedo. «¿En mi camarote?» «Sí, en el suyo; pues ya me explicará cómo estando usted aquí no se puede entrar.» Por lo visto, a pesar de mis cuidados, alguien le había informado de algo raro. Bajamos y al comprobar que con mi llave tampoco se podía entrar (lo que yo ya sabía al tener ella echado el cerrojo por dentro) quiso tirar la puerta con el hacha de contraincendios. Tuve que decirle la verdad porque de lo contrario lo habría hecho. Al ver a Mary hizo un gesto que en un principio interpreté de condescendencia con lo que ya no tenía remedio, y se fue sin decir nada. Vana ilusión. Si esto fue por la mañana, por la tarde se puso manos al asunto. Parados en alta mar mandó arriar el bote de salvamento, de los dos el de motor. Dándome cuenta de su intención, me encaré con él: «Por favor, no haga eso; yo cuidaré de ella.» Fue inútil. Después del hundimiento lo que menos quería eran más problemas, y por supuesto no iba a volver a Walvis Bay. Por orden sujetándome uno de los chinos para que no obstruyese su labor, la mandó subir al bote. Una caja, con comida y una brújula, era todo su equipaje. «Hacia el Este, siempre hacia el Este», le advirtió al zafar las trincas del pescante. Sí, la costa estaba allí, pero a qué distancia; no era posible verla desde donde estábamos. Puesto el motor en funcionamiento, Mary, llorando, se alejó de nosotros. Durante un rato comprobamos la adecuación del rumbo: en esa dirección tarde o temprano vería tierra.

Siguiendo el perfil del levante español, el Olimpia se encaminó hacia el estrecho de Gibraltar. A pesar de que, según consta en el rol del buque, de los catorce miembros de su tripulación todos, excepto los mencionados, eran de nuevo reemplazo, su conducción estaba asegurada por conocerlo de anteriores campañas. No cabe pues, por parte de los fletadores, alegar deficiencias en este

sentido en cuanto a la pérdida de su cargamento de azulejos.

Digno de reseñar en este inicial trayecto fue lo sucedido a don Antonio Clavijo, el primer oficial, estando en su guardia de noche. Escuchemos sus palabras:

«Me encontraba en el alerón de estribor marcando con la alidada del repetidor del girocompás uno de los faros a fin de tomar posición. La oscuridad de a bordo y su entorno me permitía tener referencia clara de todos ellos. De pronto, la luz proveniente de uno de los habitáculos cuyos portillos daban a cubierta iluminó ésta dificultándome la visión de la costa. Dejé lo que estaba haciendo para averiguar el origen de aquella luz. Provenía del camarote del capitán. Avisado mi marinero de guardia de adonde iba, bajé a decirle la apagase o al menos echase la cortina a fin de no dejarla salir. Como quiera que no respondiese a mis llamadas me decidí a entrar. El despacho estaba a oscuras, pero no así el dormitorio que a través del resquicio del umbral de la puerta veía iluminado.

»—¡Por favor, capitán —grité—, apague la luz; me molesta desde el puente!

»No contestó.

»—¡Capitán, ¿me oye?! —volví a gritar más fuerte.

»Entreabierta la puerta apareció, fantasmagórico a contraluz, con el rostro desencajado. Creyéndolo acostado, me llamó la atención (además de lo dicho) verlo vestido con la ropa usual, sin el pijama. Quieto, sin decirme nada, en su mirada fija en la mía me daba cuenta que más que verme pensaba en otra cosa. Aturdido quise disculparme:

»—Perdone, sólo venía a rogarle que apague la luz. Me molesta desde el puente.

»Cerró la puerta tras de sí haciendo lo que le pedía. Del mueble bar llenó hasta su mitad un vaso con ginebra y se sentó en el sofá. En la penumbra del despacho yo seguía sus movimientos dudando estuviera sonámbulo.

»—Clavijo —me susurró por fin—, ¿sabe dónde estamos?

»Entendí quería saber nuestra posición y le dije la aproximada al haberme

sido imposible calcular la verdadera por el incidente mencionado.

»—No; me refiero a si sabe dónde estamos.

»Me lo quedé mirando en silencio sin saber de qué me hablaba. Dándose cuenta de mi desconcierto, continuó:

»—Qué importancia tiene una latitud y longitud, o el corte de dos demoras, sin el punto de referencia. Nada, no significa nada... Todo viaje se reduce a esto: a conocer del punto de referencia. ¿No le parece?

»—Supongo que sí —dije por decir algo, aunque seguía sin entenderle.

»Apuró el contenido del vaso de un solo trago.

»—Lo desconocido siempre infunde miedo, pero debemos superarlo si queremos conocer. Ellos sí saben de nosotros y no nos dejarán. Confiemos en que todo salga bien.

»Se levantó torpe tanteando el mamparo hasta la puerta de su dormitorio. Al ir a abrir, se volvió hacia mí:

»—Espero sabrá comprender...

»No supe qué contestar, y esperé hasta que desapareció. Subí de nuevo al puente.»

Aunque —como muy bien dijo el señor Antonio— sus palabras tenían un halo de misterio imposible de descifrar, sintomática es la frase «ellos sí saben de nosotros». «Ellos» —a mi entender— implica a otras personas ajenas a la tripulación, en este caso identificada con el «saben de nosotros». Será usted quien saque sus propias conclusiones al finalizar la presente lectura, pero sepa desde ahora que sólo en la conversación transcrita puede residir el secreto de lo ocurrido.

Como ya he dicho, a bordo era notoria la contrariedad de voluntades entre don Jesús y el jefe de máquinas, pues si bien ellos procuraban limitarla al ámbito de sus respectivos camarotes, es difícil que en un espacio tan reducido como el de un barco no trascienda al exterior. Era don Enrique hombre bronco en su trato con los demás. La rudeza de sus modales contrastaba, no diría con las exquisiteces, sino más bien con la misantropía del capitán. Allá donde iba su voz

sonaba fuerte advirtiendo a cuantos se acercaban; por el contrario, la del capitán no se oía hasta que, de improviso, te encontrabas con él. Puede decirse que el uno ejercía su poder a golpe de martillo, y el otro calladamente. Así es como describe el camarero las frecuentes discusiones de las que era testigo auditivo mientras realizaba la limpieza de las cabinas de la oficialidad: un vozarrón imponiéndose a un susurro. Aparentemente así debía ser, pero al final fue este último quien acabó haciéndolo; (me refiero al imponerse).

Respecto de las causas... Bueno, muchas cabría alegar, aunque quizás una las sintetice: el distinto aprecio por Mary. Mary (supuesto sea la misma) fue un amor de juventud de don Jesús que en un momento dado hubo de abandonar por imperativo de las circunstancias. Su conocimiento en el Olimpia (no físico) provenía de las frecuentes quejas del jefe en cuanto a sus intentos por desgraciarle, a lo cual él respondía con una virulencia rayana en el odio, hecho que contrastaba con los quedos reproches del capitán hacia esta su actitud y que denotaban su inmutable amor por ella. Cómo y cuándo ambos hombres confluyeron en la realidad de esta mujer no se sabe, pero sí cabe decir (por el conocimiento aludido) fue antes del hallazgo en alta mar del bote de salvamento (nombre impreso en la amura) del Hurricane. Cuando tuve noticia de este encuentro (cuya prueba irrefutable es el propio bote actualmente en poder de los armadores del Olimpia), indagué sobre la existencia del Hurricane, y cual no sería mi asombro (máxime cuando dicho bote se encuentra en perfecto estado) al comprobar que había sido dado por desaparecido hace más de veinte años. Si dicho bote perteneció al Hurricane (y parece ser que sí), no ha podido estar a la deriva durante todo este tiempo sin sufrir el natural deterioro, a no ser, claro está, que haya estado a cubierto hasta pocos días antes de ser hallado, cuestión que dudo mucho lleguemos algún día a averiguar... Pues bien, volviendo al hilo del asunto, la presencia de Mary a bordo se hizo más patente desde entonces. Ya no eran sólo las quejas de don Enrique las que hablaban de su existencia, sino también, por ejemplo, la prohibición del capitán al camarero para que limpiara su dormitorio (sólo le permitía la del despacho), siempre cerrado con llave.

Según me comentó éste, en una ocasión oyó llorar a una mujer tras la puerta, aunque al preguntarle sobre su evidencia, tuvo que admitir la existencia de multitud de ruidos zarandeado como estaba el barco por el temporal.

Muchas, desde luego, son las sombras que han rodeado a este viaje, y comprendo que no todos se resignen a no encontrar su lógica, sobre todo cuando hay negocios comprometidos en ello, como les ocurre a Lawrence & Co., fletadores del Olimpia, y a la compañía aseguradora de su cargamento. Ambas aceptan el hecho objetivo de la pérdida de un barco y 4.000 toneladas de azulejos, pero así como la primera sociedad alega hundimiento por causa de fuerza mayor, la segunda basa su hipótesis en motivos de robo. Considero, no obstante (y el tribunal así lo entendió al mencionar en su sentencia la falta de pruebas), estas posturas tendentes a hacer prevalecer los propios intereses frente a lo que realmente pudo ocurrir. Pero dejemos para más adelante, con una mayor información, las controversias acerca de este asunto.

La navegación transcurrió sin contratiempos. Situados con respecto a Punta Europa se dio rumbo para, de acuerdo con la separación de tráfico que la carta de navegación indica, pasar a unas tres millas al Sur de la isla de Tarifa. Estos detalles tan precisos los recordaba el primer oficial por ser habituales en el cruce del estrecho hacia el Atlántico, trayecto por él recorrido multitud de veces tanto en uno como en otro sentido. (Permítaseme, ya que lo menciono de nuevo, y sin duda lo volveré a hacer, detenerme un momento en la persona de este hombre: don Antonio Clavijo.)

Cualquiera se lo habrá figurado, después de referirme a él con los títulos de don y señor en consideración al puesto que ocupaba a bordo, como ceñudo adulto. Nada más lejos de la realidad. Antonio (a partir de ahora prescindiré de todo protocolo) es un joven de unos treinta escasos años aún apto para ver el lado alegre de la vida; (me hablaba riéndose de la noche en que vio al capitán creyéndolo sonámbulo). Sin contar el período de prácticas, toda su trayectoria profesional transcurrió en Arcasa hasta que a raíz de los sucesos que estoy narrando, solicitó la baja sin que hasta el presente haya vuelto a navegar. No

cabe inferir de esto una escasa experiencia como marino, pues puede admitirse un mínimo de trescientas mil millas las recorridas por los más diversos mares durante este tiempo. Rasgo peculiar en él cuando escucha es la mirada fija en la pupila de su interlocutor penetrándole hasta el mismo cerebro, sensación (al menos así la sentía yo) bastante desagradable por imposibilitar la opción de mentir a un pensamiento que se intuye conocido desde antes de mostrarse por la boca. Por lo demás, es un mozarrón carente de maldad que cuando uno llega a habituarse a ese su defecto, se hace querer.

«Apagada la luz de su dormitorio –me relataba lo sucedido aquella noche–, pude por fin situarme respecto a la costa. La visibilidad era buena y el rumbo invariable hasta el punto de recalada. Advertí al marinero vigilase la presencia de otros posibles barcos y me senté en uno de los sillones con la intención oculta de dormir un rato; llevaba más de un día sin hacerlo por la coincidencia de la estiba y la maniobra de salida con mi horario de descanso. Alguien me tocó en el hombro. Me volví sobresaltado por saberme incumpliendo mis obligaciones de vigilancia. Era Enrique, a esas horas (si es que en alguna no lo estaba) también de guardia.

»–Vaya, vaya –me censuró con cierta sorna–; para fiarnos de ti.

»–No dormía... –balbuceé avergonzado sabiendo que sí lo hacía– ¿Y tú?, qué haces aquí debiendo estar en la sala de máquinas –quise disculparme.

»Alegó deseos de distraerse un poco ante tanta monotonía, sin que ello supusiera peligro para el barco estando el engrasador en su puesto. Le conté entonces lo sucedido con el capitán. Mientras lo hacía, en su carencia de preguntas me di cuenta estaba al corriente de todo.

»–Sí –musitó cuando hube terminado–, Vidaurre no tiene ningún problema con las mujeres.

»No comprendí su afirmación. Qué narices tienen que ver las mujeres con saber dónde estamos. Esto intenté decirle.

»Amanecía. Salimos al alerón.

»–Mira –me dijo al ver salir el sol–, y pensar que hemos dado toda una

vuelta.

»—¿Una vuelta?

»—Sí, la Tierra; desde ayer hasta hoy, para estar en el mismo sitio.

»—Y un poco más —añadí—: lo recorrido por Olimpia.»

Se me quedó mirando con su mirada taladradora como diciéndome: «Qué, ¿lo ha entendido?» Yo entonces ni siquiera supe lo que había que entender esperando como estaba me dijese la contestación del jefe de máquinas acerca de la relación de las mujeres con el dónde estamos. Ahora, al recordarlo, creo quiso darme a entender que, al mencionar al Olimpia, involuntariamente él mismo se contestó: El nombre de mujer de este barco le hizo ver (en ese momento, pues más tarde en el juicio quizá tuvo sus dudas) de la necesidad de haber salido del útero materno para poder estar allá donde cada cual esté. Pero, ¿y el de Mary?; ¿qué puesto ocupaba a bordo?

Atrás quedaba Europa con su punta. Cruzado Gibraltar, Espartel fue el cabo de encuentro con el continente africano.

Hasta ese momento nadie (excepto el jefe en cuestión de Mary) discrepaba del parecer de don Jesús: de sus órdenes, por ser las del capitán; de las que no, por provenir de quien por su edad se consideraba digno de mayor respeto. Puede decirse que la armonía era norma entre los catorce hombres. Cómo una situación así puede degenerar hasta hacerse anárquica es cuestión que siempre me ha intrigado. No comprendo cómo si la primera es causa de bienestar y la segunda no, la gente puede dejarse arrastrar en su propio perjuicio. Lo cierto es que, como iremos viendo a medida avance en este informe, la tripulación que en un principio se había mantenido al margen de las discrepancias entre los dos máximos responsables de la nave, acabó también por discrepar de todo y contra todos.

Una primera muestra de lo dicho tuvo lugar por cuestiones de comida. El cocinero, hombre no precisamente impoluto (según versión de quienes lo conocieron), gustaba de la compañía de Ricardito, un loro que junto al dueño campaba por sus respetos a lo largo y ancho de la cocina. El animalito, con sus

frases miméticas, era objeto de toda clase de bromas por parte de la marinería, cosa que no agradaba mucho a Anselmo (el cocinero) por la crueldad de algunas. Éste fue el caso cuando, como consecuencia de haber aparecido varias de sus plumas en el puchero con la comida, alguien en represalia dejó al pobre animal sin la mayor parte de las que tenía en las alas. La queja ante el capitán no se hizo esperar. Éste, influido por Enrique que apreciaba el buen hacer gastronómico del demandante, tomó partido a su favor apremiando al contramaestre a dar cuenta del responsable del desmán. Ya fuera por no saberlo o por no querer ejercer la delación, aquél permaneció en el anonimato, y la sanción (un día de trabajo sin sueldo) recayó sobre todo el colectivo. Vencidos y vencedor entablaron a partir de entonces una sorda lucha con agravios, por lo que a la comida se refiere, consistentes en reservar la peor parte de la misma para los sospechosos autores del desplume. El rencor fue *in crescendo* y un buen día, en venganza, Ricardito apareció decapitado sobre el tajo de la cocina. Con su muerte la paz se demostró imposible.

«La paz (palabra hermosa tras conocer la guerra, pero no antes) anidó en el recuerdo entre plumas de colores de cuando el pájaro estaba vivo:

»—Anselmo, con Ricardito sobre el hombro —(se escucharon risas en la sala)—, y don Enrique solían pasear por cubierta a eso del atardecer.

»—¿Y qué importancia tiene?

»El marinero miró a sus compañeros como pidiéndoles asintieran.

»—Ambos se entendían.

»Sospechando el magistrado el sentido de la frase, quiso confirmarlo:

»—¿Sodomía?

»—No, no dormía; se entendían.

»De nuevo risas en la sala. Hubo que explicarle el significado del vocablo para que lo aceptase representativo de lo que tenía en mente; sólo eso: en mente, pues nada pudo demostrar.»

La anécdota muestra lo cautelosos que debemos ser con lo escuchado porque, salvo honrosas excepciones, quienes tienen la palabra se apropian de las

bellas aunque sea a costa de los que no la tienen. Y éste es el caso: nadie asumió su culpa; durante el juicio, por los presentes, y a bordo (sospecho), por unos y otros, ya que, como dice el dicho, dos no se pegan si uno no quiere.

Don Jesús no era ciego para no darse cuenta del cariz que estaba tomando la convivencia, tan necesaria para superar con éxito los peligros del mar, e intentaba apaciguar los ánimos ya fuera mostrándose condescendiente o endureciendo las sanciones. Vano intento. Algunos, entre los que se encontraba, parecían haberse vuelto locos. Mandó subir uno de los sillones al puente alto, y desde allí, sentado, oteaba el horizonte con los prismáticos. Navegando bastantes millas separados de la costa marroquí, la mar, en calma chicha, reflejaba el sol obligándole a ponerse unas gafas como si de un soldador se tratara. «Se pasaba horas enteras buscando no sé qué», y desde luego nadie debió saberlo hasta que lo encontró. A eso del mediodía avisó al oficial de guardia pusiera el radar en funcionamiento, pues creía haber visto algo. Éste, tras hacer lo ordenado, pudo comprobar que, efectivamente, en aquella marcación la pantalla mostraba un eco de algo no visible a simple vista por la reverberación del sol. Siguiendo órdenes puso rumbo en esa dirección. A medida se acercaban, la visión más nítida, supieron era un bote de salvamento. La mayor parte de la tripulación sobre cubierta curioseaba al abarloar. «Fue entonces cuando nos dimos cuenta –me comentaba Antonio– que el capitán estaba al corriente del encuentro.» Puesta la escala de gato, con el Olimpia parado uno de los marineros saltó y sujetó con sendos cabos los extremos del bote. Era uno de motor en tan buenas condiciones que hasta la máquina funcionaba, y, cosa curiosa, con sus pertrechos (una caja con comida y una brújula) en perfecto estado. «Pensamos si los náufragos se habrían ahogado, pero viendo el buen estado de la mar, y del bote también, sólo era posible si voluntariamente lo habían hecho, hipótesis que por absurda desechamos.» Izado el bote a bordo, el capitán ordenó introducirlo en una de las bodegas, porque, aunque no es muy grande, su estiba sobre cubierta hubiera dificultado las labores de la marinería.

Como es lógico, los comentarios entre la tripulación, más que del hallazgo, versaron sobre la extrañeza causada porque don Jesús supiera del asunto antes de producirse. ¿Quién le había informado? Eso mismo me preguntaba yo hasta que supe de la historia del Hurricane. Fue éste barco con bandera de conveniencia y un currículum lleno de tropelías, de todas quizá la más llamativa la de la cobarde huida del puerto de Walvis Bay tras abordar y hundir un velero causando la muerte de sus tres ocupantes por asfixia atrapados en su interior. El suceso conmocionó hasta tal punto a la opinión pública que los periódicos del lugar publicaron los nombres de la tripulación huida por si alguien pudiera dar referencia. ¿Y sabe usted quién era uno de ellos?: don Jesús Vidaurre, ocupando plaza de tercer oficial. Cuando lo leí no daba crédito a mis ojos. Relacioné entonces el conocimiento de antemano aludido con sus compañeros de antaño. No tengo la menor duda de que alguno le informó; cómo, si no, saber del Hurricane veinte años después. Nada puedo decir del interés que tuvieron en promover dicho encuentro, pero fuera cual fuese lo habían tramado y por esta razón el Olimpia reanudó camino sin preocuparse lo más mínimo de las posibles víctimas. Bien sabía el capitán que no existían... ¿Que no existían? Debo ser más comedido con mis afirmaciones.

El nombre del Hurricane, y con él el del capitán, vagó obsesivo en las mentes de sus subordinados como un misterio por el bien de todos a descifrar. ¿Quién les garantizaba que la finalidad del viaje era llegar a Cape Town? Con un hombre actuando exclusivamente bajo su propio impulso todo es posible, y don Jesús, a falta de explicación, parecía confirmarlo. A las ya mencionadas rencillas y discrepancias hubo que añadir ahora la desconfianza hacia la jefatura de la nave. Sin embargo, sus efectos no fueron todo lo contundentes que cabía esperar porque el calor, más intenso y húmedo a medida se acercaba el trópico (obligando a muchos a dejar los camarotes durante la noche), y el cansancio, acumulado más que por el trabajo por la imposibilidad de conciliar el sueño, transformaba las voluntades en un estado de febril abulia inhábil para cualquier acción. Sólo don Jesús, inmune a estas causas, mantenía inalteradas sus

aptitudes permitiéndole hacerse valer aun a pesar de la oposición existente hacia su persona. De este modo el Olimpia seguía las directrices que él le marcaba sin atender las quejas (a veces próximas a la sedición) que se oían en derredor. Y no era para menos viendo, por la derrota seguida, en el barómetro bajar la presión hasta niveles de un cercano huracán... Seamos imparciales: de algo que hacía bajar la presión.

Es fácil a toro pasado decir que esto o aquello se pudo evitar, pero cuan distinto es hacer frente al momento. Excepto de éste, no sé de otro huracán por la costa occidental de África, y si ha habido más, todos convendrán que no es habitual. Traigo esto a colación porque sí, es cierto, la bajada de presión vaticinaba un empeoramiento del tiempo, pero qué marino es quien ante la más mínima borrasca se aparta de su derrota buscando refugio. Don Jesús, a pesar de las dudas de la tripulación, seguía la correcta para llegar al puerto de destino, y el mínimo de presión no era razón suficiente para apartarse de ella. (Hago aquí un breve paréntesis para carear el supuesto, antes expuesto –según versión de la compañía aseguradora–, del robo con esta mi afirmación de la adecuación del camino seguido.)

Dicha compañía asegura que don Jesús, junto a la tripulación desaparecida, procedieron rumbo desconocido una vez Antonio y los que le acompañaban se perdieron de vista; dictamen sobre el que no cabe oponer ninguna objeción porque los hechos así lo confirman. Ahora bien, ¿significa esto que en su intención estaba apoderarse ilícitamente de los bienes ajenos? Si así fuera, alguna prueba debería haberse encontrado, no sólo por lo que se refiere a la venta de dichos bienes (barco y cargamento) tan difíciles de ocultar, sino también de los idos intentando ponerse en contacto con sus familiares. Nada de esto ha sucedido. Pero aún hay más: tanto si los mencionados presuntos tuvieron cómplices externos (por ejemplo, gente del Hurricane conocida por el capitán) como si no, es bastante extraño logran disimularlo ante sus propios compañeros cuando todos desconfiaban de él (sí, de don Jesús) por los motivos ya apuntados. No (después se vio), las dudas de sus hombres eran totalmente

infundadas. Me temo que nunca sabremos lo que don Jesús pensaba en aquellos momentos, pero nadie podrá acusarle de que la derrota seguida (teniendo en cuenta las circunstancias que le rodeaban) no era la idónea para llegar a buen fin.

«El calor era sofocante en la sala de máquinas –me comentaba el primer maquinista, Luís Rubiera, recordando el día antes–; yo calculo más de los cuarenta grados. Cada cierto rato subía a cubierta buscando un poco de aire fresco; no podía aguantarlo. En una de éstas escucho, sin ser visto, la voz de don Enrique:

»–¿Es ella la que te obliga?

»–Mary no tiene la culpa –la disculpaba el capitán–. Los dos sabemos que es necesario.

»–¿Por qué, por qué –sollozaba el jefe– siempre esta zorra me ha buscado?

»No pude oír más. Bandas alargadas de nubes cirrosas dejaban entrever halos de luna, y en esta pálida claridad supuse unas lágrimas que le impedían hablar.»

La mar rizada por una suave brisa, se mezcló con otra de olas más largas causadas por no se sabía qué. La presión seguía bajando, y el Olimpia avanzaba ignorante de todo; «bueno, de casi todo –se justificaba Antonio–, porque yo ya le dije al capitán que por aquellas latitudes no era normal una presión de poco más de mil milibares.

»Gradualmente las nubes fueron espesando hasta convertirse en cirrostratos, y en el horizonte en forma de arco más densas y oscuras que claramente indicaban la presencia del huracán. Después de todo un día navegando en esa dirección, ya era tarde para escapar. Nadie le reprochó nada –(refiriéndose a don Jesús)–: el miedo nos enmudecía de ver el peligro enfrente. La lluvia, antes intermitente, empezó a caer de forma continuada; y el viento marcaba el anemómetro treinta y cinco nudos. ¿Sabe lo que es eso?... Espuma extendiéndose por todas partes con olas de unos cuatro metros.

»La campana del castillo de proa empezó a tocar sola. Fue entonces cuando el capitán, desde el puente, dio orden de reunirnos allí con el chaleco salvavidas puesto. Ahora me hace gracia; de haberlo necesitado creo que no hubiera servido de nada, pero pienso lo hizo para darnos valor por aquello de mal de muchos consuelo de tontos.

»Navegábamos con velocidad reducida, sólo la suficiente para que el timón respondiera. Lo de menos era mantener el rumbo; era más importante evitar las olas de través e intentar cogerlas por la amura. ¿Cree que es fácil con viento de más de sesenta nudos y olas de hasta doce metros? El barco, levantado por éstas, al pasar cae libremente chocando el pantoque contra el agua produciendo un ruido ensordecedor. Todo él vibra como cuando se tienen escalofríos de fiebre.»

Como hombre de tierra acostumbrado a pisar suelo, la descripción de Antonio se me hace difícil de imaginar, pero pienso debe ser aterrador no tener un punto de sujeción frente a las inclemencias del tiempo. Al preguntarle sobre si habían aplicado las normas de maniobra que establecen algunos libros de meteorología respecto de los barcos que se encuentran con un ciclón, supongo que por la ingenuidad de mi pregunta, se echó a reír:

–Allí nadie sabía, y si las supo las tenía olvidadas, de ninguna maniobra. Andábamos como buenamente Dios nos daba a entender.

Hojeando uno de estos libros leo lo siguiente: «A unas 35 millas del centro del huracán soplan vientos de entre 200 y 250 kilómetros por hora, con olas que superan los 14 metros de altura; nubes en forma de cumulonimbos dejan caer una lluvia torrencial, y el aire está lleno de espuma y de rociones. Visibilidad casi nula. Se imposibilita toda clase de navegación.» No creo, en base a esto, que las palabras del primer oficial sean pura fantasía.

Sin embargo –volviendo a lo dicho por el Juez–, es la falta de pruebas de lo que adolece este caso. Excepto la palabra de los seis sobrevivientes, el bote de un barco desaparecido hace más de dos décadas y el rol del Olimpia, no hay nada más. En las oficinas de la casa armadora consta la última posición recibida

por radio: 15° 50' de latitud Norte y 18° 25' de longitud Oeste. A partir de aquí casi mes y medio sin noticias, hasta que las autoridades de Sudáfrica comunican el hallazgo en sus costas de unos naufragos que dicen ser españoles. Al preguntar al armador sobre esta última conversación con don Jesús, me llamó la atención que no le hubiera informado del asunto del Hurricane; claro que, después de conocer su historia, comprendí tuviera miedo de que aquél se enterara de su peor pasado. «El señor Vidaurre –así lo recordaba una anciana con la que hablé en Walvis Bay– gustaba mucho a las mujeres; era joven y bien parecido, y mis chicas le respondían, quizás también porque de tan tímido les hacía gracia; en especial a *Without-parents*.» «¿A quién?», pregunté extrañado por este apodo. «A Mary *Without-parents*, una huérfana que se enamoró de él perdidamente. Desde que le conoció apenas hacía caso a los demás clientes. Y mira que yo le gritaba amenazándola con despedirla. Que si quieres; sólo tenía ojos para su Vidaurre... Una noche se fueron juntos y ya no la volví a ver. Cuando me enteré (por lo del velero hundido) de la clase de hombre que realmente era (para que te fíes de las apariencias), temí por su vida; y hasta la fecha nadie me ha desmentido.» Me parece demasiado fuerte acusar a don Jesús de criminal; porque, sí, aunque todos reconocen que era –(qué digo, si ni siquiera sabemos si ha muerto)– es un poco raro, lo que de él conocemos no avala la anterior sospecha. Pero bueno, sea como sea, lo cierto es que ésta no le favorece en nada, y por tanto me reafirmo en lo dicho anteriormente sobre sus temores. Respecto a Mary no sé si se corresponde con la de a bordo –(en el supuesto de que sí lo fuera, su inocencia quedaría demostrada sólo en parte, pues queda lo del hundimiento)– porque nadie me ha podido dar referencias acerca de los rasgos físicos de esta última.

Durante la tempestad, Mary (la de a bordo) siguió sin dejarse ver, pero ninguno dudaba de su persona: la sabían en el camarote del capitán. En la ocasión aquella en que todos subieron al puente temiendo lo peor, alguien comentó si deberían avisarla. El viento huracanado había arrancado la antena del radar, y uno de los botes de salvamento, rotas las trincas que lo sujetaban a

cubierta, se zarandeaba violento sobre uno de los cables del pescante, rompiéndose a cada golpe contra el costado del barco. El contramaestre y un marinero desde esa cubierta intentaban con unas tenazas de cortar cable liberarlo para que cayese al mar. «En esto que lo logramos –me explicaba el marinero que le acompañaba– Pedro (el contramaestre) resbaló cayendo por la borda; lo vi agarrarse al alféizar de uno de los portillos por donde la mano de Mary intentaba sujetarlo. No pudo ser; golpeado, como antes el bote, cayó al agua perdiéndose entre las olas.» Me llamó la atención estuviera tan seguro de que fuera Mary y no otro quien intentó agarrarlo, y le pregunté al respecto. «Quién iba a ser si no; excepto nosotros dos, todos estaban en el puente.»

La muerte de Pedro (única de la que hay constancia) supuso un duro golpe para la moral colectiva ya de por sí mermada por las adversas condiciones, y las voces discrepantes se hicieron casi unánimes contra el capitán por ser el autor de la orden de tan fatales consecuencias. Antonio, viendo en peligro la integridad física de su superior jerárquico, mandó a la gente salir de allí, quedándose a solas con Enrique y don Jesús. «El aspecto demacrado y ojeroso (cuasicadavérico) de Enrique (figurado también en mí por la fatiga que sentía), contrastaba con el buen semblante del capitán. Parecía no afectarle en nada todo aquello que en nosotros sí lo hacía.

»–Don Jesús –le pregunté–, ¿no cree que deberíamos lanzar un S.O.S.?

»Me miró de una forma que interpreté de conmiseración (cosa curiosa) sólo por mi persona a pesar de ser la nuestra similar (por no decir peor la suya por los reproches de la tripulación a la aludida orden) encrucijada.

»–Clavijo –me contestó–, ¿por qué tanto miedo a conocer?

»–¿A conocer? –me mostré ignorante.

»–¿Cree que ellos, por no verlos, no saben de nosotros?...; mejor que usted y yo. Mire –me señaló a Enrique– de qué sirve tanto preocuparse.

»Éste, sentado en el suelo por no permitírsele los bruscos bandazos hacerlo en uno de los sillones que se movían al compás de aquéllos, se convulsionaba de dolores estomacales que yo interpretaba de mareo.»

¿Cuántos días estuvieron bajo los efectos del huracán? ¿Tres, cinco..., tal vez una semana? Ninguno de los sobrevivientes supo concretar. Perdida la noción del tiempo por la ocultación del sol y su paupérrima salud, se les hacía difícil calcularlo.

Cuando salieron de esta horrible pesadilla, el Olimpia no era el mismo. Inundada la bodega de proa como consecuencia de una vía de agua, su calado aproado dejaba al aire parte de la hélice restándole velocidad. Además de esto, rota la antena del radar y perdido el mejor bote de salvamento, la radio no funcionaba.

–¿No pudiste entonces pedir auxilio? –le pregunté a Antonio al saber de esta última avería.

–No; lo intenté varias veces, pero no pudo ser... –miró en derredor para asegurarse de que nadie nos escuchaba–. Entre nosotros, sospecho que fue el capitán quien lo preparó para que así ocurriera.

–¿En qué te basas?

–Aquel día en que le propuse lanzar un S.O.S. y me contestó de forma parecida a la noche recién iniciado viaje, dándome cuenta que en su voluntad estaba pasar desapercibido, lo dejé estar para cuando yo estuviera solo. En una de éstas en que desde la cabina de la emisora de radio, próxima a la suya, hacía esfuerzos para hacerme oír sin que él supiera, me sentí observado y al volverme vi una sombra alejarse hacia su camarote. La seguí para intentar justificar mi acción, pero al entrar no había nadie. El portillo abierto con la cortina moviéndose al compás del aire mostraba manchas de sangre de cuando Pedro se cayó. Me acerqué hasta la puerta del dormitorio intentando abrirla; estaba cerrada a pesar de estar él en el puente.

Se quedó callado como dando por finalizada su explicación.

–Bueno, ¿y qué? –le incité para que continuara sobre lo que para mí seguía siendo un misterio.

–¿Y qué?... Pues que fue Mary quien advirtió al capitán de mis intenciones, y temiendo éste la pudiera denunciar por la ilegalidad de su

situación a bordo, se las arregló para que no lo hiciera.

No me parece esta explicación muy plausible; pero aunque sí lo fuera, lo único cierto es una cortina movida por el viento que muy bien pudo ser la mano de esa mujer...

¡Basta de conjeturas!

El Olimpia, después del huracán, vagó perdido sabiendo sólo que estaba en un océano llamado Atlántico; y no es exageración decirlo. Por supuesto que se sabían no situados en los extremos Norte o Sur del mismo, y sí en el trópico; pero en qué punto. Era como ignorar dónde está la aguja en un pajar sabiendo que éste está en el campo. Desde la última posición verdadera radiada por el capitán –(sólo a él le estaba permitida la comunicación con el exterior)– a la casa armadora, no había ni volvió a ser posible situarse por las precarias condiciones de visibilidad. Sabido es que para lograrlo con el sextante se requiere la coincidencia simultánea de dos condiciones: que el astro en cuestión se vea y que haya un horizonte nítido para, bajado aquél por reflexión de espejos, tangentearlo en su línea. Pues bien, en el tiempo que resta de esta historia no se dio tal simultaneidad. Por otra parte, con el radar estropeado era bastante problemático acercarse directamente con un rumbo de noventa grados, o sea, Este, a una costa de la que, excepto ser de África, se desconocía todo. Ante esta situación don Jesús consideró prudente, desde un círculo de posible ubicación, trazar rumbo hacia la costa de Namibia (ahora lo sé) de recuerdos juveniles.

Fue el viento (en su forma de alisios soplando por la popa para, aparentemente sin causa justificada, pasarlo a hacer de proa), y alguna noche la Cruz del Sur, quien les indicó, días más tarde, que habían cruzado el Ecuador. Fuera de esto, nada más despejó sus dudas durante todo el trayecto. Los días pasaban monótonos, con una velocidad de no más de cuatro nudos, sin saber a ciencia cierta qué les deparaba el futuro.

Lawrence & Co. –como ya he dicho– basó la defensa de sus intereses en estas precarias condiciones. Según ellos, la vía de agua producida durante el

huracán fue causa originaria del posterior hundimiento. No aceptando la versión de la limitación de sus efectos a sólo la bodega de proa, consideran que éstos fueron agravándose durante el viaje hasta que, desembarcados los sobrevivientes, en alguna extraña maniobra realizada por el Olimpia en el entretanto, se fue a pique. De ser cierta esta hipótesis, el barco de nuestras pesquisas se encuentra actualmente varado en el fondo del mar frente a las costas de Namibia. Es fácil decirlo, pero no comprobarlo. ¿Sabe la extensión que sería necesario rastrear? Desde que Antonio y los que le acompañaban dejaron el barco hasta que tuvieron conocimiento exacto de donde estaban, pasaron más de dos días, ellos moviéndose, y el Olimpia (tal vez) también. Echando marcha atrás en lo andado por quienes nos lo han podido contar, se calculó el punto de partida con un margen de error de varias decenas de millas (algunas investigadas con resultado nulo); añádase a esto lo hecho por de quienes nada sabemos y se comprenderá lo ímprobo del trabajo. Pero es que todavía hay más: son los propios afectados quienes, avalados en parte por los hechos, no comparten tal opinión. Cómo es posible, aun teniendo en cuenta la pérdida de estabilidad que supone cualquier inundación, recorrer aproximadamente tres mil millas y en el último momento, cuando se vislumbra la salida a tantos males, irse a pique. No, desde luego; tiene pocos visos de realidad.

Había dejado a la tripulación, antes de adentrarme en el huracán, en condiciones de discrepancias generalizadas, más que de forma individual yo diría de clase; es decir, no eran los hombres en sentido estricto quienes se enfrentaban entre sí, sino los diversos estratos: subalternos contra oficialidad, don Jesús contra Enrique (paradigma de cubierta y máquina), cocina contra presuntos homicidas del loro. Las duras condiciones provocadas por el entorno climático hemos visto que (excepción hecha con la muerte del conmaestre) apaciguan bastante los ánimos. ¿Qué ocurre a partir de ahora?; ¿se dan por olvidadas las antiguas querellas o surgen de nuevo?, y si resurgen, cómo: ¿idénticas o agravadas? Vayamos por partes.

«He vuelto a nacer», se suele decir cuando se sale de un síncope, y esto fue lo que la gente del Olimpia sintió cuando vieron los cumulonimbos del ciclón alejarse: una histérica alegría, en muchos casos acompañada de lágrimas. No obstante, poco a poco la concienciación de los graves problemas pendientes de resolver (el principal: llegar a buen puerto) les llevó de nuevo a posiciones de mayor comedimiento. Es entonces, aún no repuestos de los males pasados y conscientes de los que probablemente se avecinan, cuando empiezan a preguntarse por los responsables (por no decir culpables) de tanta indigencia. Hay opiniones para todos los gustos, pero –por las que he podido escuchar– siempre los prejuicios de antiguos rencores subyacen en ellas. Así, prescinden de la solidaridad mostrada por los oponentes durante la tempestad, pero no de los agravios, o dudas de intención –(caso del capitán con el bote del Hurricane)–, anteriores a ésta. De este modo la convivencia vuelve a degradarse con una tendencia a empeorar a medida se avanza por el nuevo rumbo, pues ya no existe el dique de contención de los rigores climáticos (suavizados en el hemisferio Sur). Ahora sí que los enfrentamientos, sin dejar de ser clasistas, son de índole personal; verbigracia: el marinero o engrasador con su compañero de trabajo por cuestiones, casi siempre, banales; el oficial negándose a transmitir la orden recibida, etcétera. Un verdadero galimatías donde ni siquiera cada cual, en la soledad del propio camarote, se siente satisfecho. En fin, problemas –pienso yo– más propios de un estudioso de la siquiatria que de quien redacta este informe.

En lo que atañe respecto a Mary he de hacer constar la aparición de una, en un principio vacilante, corriente de opinión favorable a sus encantos. Nadie la ha visto, y sin embargo algunos (en su fantasía mujer hermosa) se sienten atraídos por ella; otros en cambio la rechazan. Surgirá así una línea divisoria que, a medida se haga nítida, como un abismo sin odios separará en dos bandos a los hombres del Olimpia.

Supongo se preguntará –como hice yo en su momento– cómo es posible que en estas condiciones el capitán lograse mantener su autoridad. Está claro

que mientras su vigor físico (más que por méritos personales por el lamentable de sus subalternos) se lo permitió, no hubo problemas; pero ya con la muerte del contraamaestre vemos un intento de linchamiento, del que logra salir indemne gracias a la intervención del primer oficial. Con más razón cabía esperar en esta segunda fase del viaje (recuperada la salud de parte de la tripulación) fuese, si no respetado, al menos ignorado en su posición de mando. No es así; contra todo pronóstico don Jesús sigue haciéndose valer. ¿Por qué? Porque, al igual que ocurrió en la susodicha muerte, es Antonio quien siempre sale en su defensa, y él sí tiene vigor físico suficiente para hacerse respetar, aunque sea con los puños. Razones de simpatía –me dije cuando me lo contaron–, y lo dejé estar, si bien con una sensación en mi fuero interno de que algo no encajaba.

Con esta autoridad, digamos prestada, don Jesús consigue mantener al Olimpia camino hacia algún punto de la costa de *South West Africa* (también conocida por Namibia). La visibilidad durante gran parte del trayecto no es muy buena: escasamente unas dos o tres millas, pero por suerte el estado de la mar no ha agravado la precaria estabilidad del barco. Son muchos los días transcurridos desde que perdida la orientación, y a falta de avistar otros navíos que conocedores de sus coordenadas les hubieran servido de referencia, siguen sin saber dónde están. Claro que con esa neblina aunque la tierra esté allí es imposible verla. La sonda es la solución. La profundidad del fondo del mar respecto de la quilla indicará, si disminuye, que la costa está cerca.

Nunca tan poco supuso tanto –cabría decir de este cabo sujeto por uno de los chicotes a un peso de plomo–. «Al principio su longitud se quedaba corta respecto de la profundidad, pero llegó un momento que no lo fue, y siempre hubo alguien dispuesto a medirla.» Este alguien era, sobre todos, quien me hablaba: el camarero. Situado en el castillo de proa, informaba de los metros con toques de campana: dos por cada uno. «Cada vez eran menos y mayor el peligro de varar. Hubiese sido de locos continuar en estas condiciones con una costa que, tras la niebla, seguía sin dejarse ver. El capitán mandó parar máquina y fondear; había llegado el momento de saber por qué tuvo tanto interés en

encontrar al bote del Hurricane.»

Habría notado en las frases concernientes a este bote –escritas tal cual las oí–, la creencia a bordo de que don Jesús, a diferencia de ellos, sabía del futuro. Yo por mi parte lo dudo, y si en algún momento tuvo intención por algo, ese algo fue luego trastocado por la realidad. De este modo el bote en cuestión, cuyos móviles iniciales sólo don Jesús sabe, acabó sirviendo para que seis hombres pudiesen explorar aquella costa. No podía ser de otra manera. De los dos botes del Olimpia, uno se había perdido, y el otro, con los remos como único medio de propulsión, hacía inviables los largos trayectos.

Sacado de la bodega –(otra favorable casualidad: no era ésta la inundada)–, se izó con uno de los puntales llevándolo hasta la borda y desde aquí arriado dejándolo flotar. Naturalmente los elegidos para acometer la tarea de exploración fueron los que en mejores condiciones físicas estaban, o sea: Antonio, el primer maquinista Rubiera, los dos marineros, uno de los engrasadores y el camarero. Don Jesús también lo estaba, pero la edad y su puesto de mando (además –añado yo– del propio deseo), le hicieron quedarse a bordo. Se pertrechó el bote con alimentos y combustible suficientes para varios días de navegación, y en cuanto al control del rumbo se dejó a cargo de la brújula que había en él cuando se encontró. Así narra Antonio lo sucedido en el viaje:

«–Hacia el Este, siempre hacia el Este –nos advirtió el capitán al largar los cabos que nos sujetaban al Olimpia.

»Así lo hicimos adentrándonos en la niebla. Medio kilómetro escaso habría de visibilidad. Con una velocidad calculo yo de unos cinco nudos, anduvimos durante varias horas hasta encontrar costa. Era ésta una en forma de playa que nos permitió varar y saltar a tierra; estábamos ansiosos por hacerlo después de tanto tiempo flotando. Sólo recuerdo de aquel paraje una arena finísima que se extendía a lo lejos sin apenas vegetación. Nos dividimos en tres grupos: excepto por donde está el mar, uno por cada punto cardinal; de este modo podríamos abarcar en todas direcciones la posible existencia de algún

poblado. De mutuo acordamos regresar al atardecer al punto de partida para comunicarnos las novedades, si es que las había habido, y decidir en consecuencia. Yo me fui con el camarero bordeando la orilla hacia el Norte. Puedo decirlo sin temor a equivocarme: aquello (después supe se corresponde con el tramo del litoral conocido como Sint Francisbaai) era un desierto. Caminamos hasta que convencidos de que por allí no había nada, y por la hora también, decidimos volver. Tampoco los otros habían encontrado algo. El temor a la noche en la mar nos aconsejó pasarla en tierra y reanudar la exploración, navegando hacia el Sur, al día siguiente. Con buena visibilidad lo hicimos, siguiendo costa, mientras hubo sol; volviendo a pasar noche en tierra y de nuevo a navegar al otro día. Empezábamos a dudar hubiera vida por aquellas latitudes cuando avistamos a lo lejos una embarcación, embarcación que, según vimos al acercarnos, era un pesquerito faenando con varios negros a bordo. Al pedirles referencia del lugar donde estábamos, nos informaron que cerca del puerto de Lüderitz, al cual llegamos cuando anocheceía guiados por ellos.»

Todo normal y, dentro de lo que cabe, sin ningún contratiempo. Sólo resta ahora volver al Olympia con alguna autoridad u operario del puerto, y conducirlo hasta él. Esto se hace, pero ¿qué ocurre?. El Olympia no está donde por cálculos de retroceso en lo andado por los sobrevivientes debería estar. «Será por algún error», se dicen todos. De nuevo los cálculos, una y otra vez, ampliando el radio de acción. Nada; nuestro barco ha desaparecido y con él el resto de los tripulantes. Pasan los días; definitivamente se da por perdido.

Cuando inicié mis pesquisas para poder redactar el presente informe, al igual que todos aquellos con intereses comprometidos en esta aventura, yo también creía en la existencia de alguna explicación lógica acerca de lo que pudo ocurrirle al Olympia; pero al margen del naufragio o el móvil del robo, qué otras hay. No se me ocurre ninguna, y éstos –ya hemos visto– adolecen de muchos sinsentidos. Me niego, por tanto, a emitir un dictamen acerca del asunto que nos atañe, y dejo –como ya le dije en un principio– que sea usted mismo quien saque sus propias conclusiones. Ahora bien, para ayudarle a hacerlo creo

conveniente informarle, antes de finalizar, sobre la actitud defensiva (que en su momento consideré extraña por no corresponderse con la imperante a bordo) del primer oficial hacia don Jesús.

Estando en Walvis Bay (a donde había ido a recabar más información sobre el accidente causado por el Hurricane en este puerto) pude encontrar en la hemeroteca algunos de los periódicos que en su día hablaron del asunto. Entre otros detalles de tan depravado barco hacen pública –como ya dije– la lista de la tripulación, en la cual se incluye a don Jesús como tercer oficial y a un tal John Goodwin Briggs como su capitán. En ese momento la sorpresa de ver el nombre de don Jesús, me impidió pensar en nada más; sin embargo, algo había en el del capitán que me resultaba conocido. Aquella noche en el hotel, mientras acostado rememoraba lo sucedido en gran parte de esta historia, me percaté de qué era ello: Goodwin es también apellido de nuestro primer oficial, Antonio Clavijo Goodwin. Fue entonces cuando se me ocurrió que algún vínculo familiar podía haber entre ellos.

De vuelta en España, queriendo comprobarlo, me informé en Arcasa sobre el paradero de Antonio. Había dejado la naviera y suponían estaría en su domicilio privado. A petición mía me dieron su dirección, y, sin previo aviso, me encaminé hacia él. Cuando llegué me recibió su mujer, y al decirle quién era y a qué venía (supongo que reconocido por la voz) apareció Antonio con un crío entre los brazos invitándome a pasar. Después de los protocolarios saludos y alguna que otra bagatela, le pregunté por la razón de mi visita:

–Sí, John Goodwin Briggs es mi tío...; pero hace tiempo que murió –añadió como queriéndose disculpar de un parentesco que a todas luces le resultaba molesto.

Me puse entonces a explicarle todo lo concerniente al velero hundido sin que nada de lo que le decía pareciera sorprenderle.

–Sí, ya lo sé –confirmó mis sospechas cuando hube terminado.

–¿Cómo? –me mostré malhumorado–. ¿Y por qué no me lo dijiste?

–Como usted comprenderá con un familiar así no es conveniente ir

haciendo publicidad. Mi tío no fue precisamente lo que se dice un modelo de virtudes, sino todo lo contrario: si en algo destacaba era en su falta de escrúpulos para deshacerse de cuantos no le secundaban en sus deseos.

–¿Y sabías también que don Jesús Vidaurre estuvo a sus órdenes?

–Bueno, de esto me enteré por el propio don Jesús en una campaña que hice con él anterior a la de su desaparición. El hombre estaba algo bebido y nos contó ciertas intimidades, entre otras, la de Mary. –(Aunque la inclusión del nombre de esta mujer en cuestiones del Hurricane me sorprendió bastante, no quise interrumpirle.)– Yo entonces relacionando lo que él contaba con lo que ya sabía por John de un tercer oficial que le embarcó de matute a una negra, me di cuenta se trataba del mismo asunto y completé la historia con lo callado por mi tío por no favorecerle, o sea, lo del hundimiento del velero y el abandono de Mary.

No pudiendo reprimir más mi curiosidad, le pregunté por esto último.

–Como nosotros hicimos con el Olimpia, así hizo él también obligándola a desembarcar.

–¿En el mismo bote?

–No podría asegurarlo. Cuando lo encontramos me llamó la atención de que, junto a las características propias del bote de salvamento del Hurricane, tuviera una caja con comida y una brújula tal y como contó don Jesús habían dejado a Mary en alta mar... ¡hace más de veinte años! Como usted comprenderá son dos realidades que se contradicen.

–Y el capitán..., ¿qué pensaba el capitán?

–Nunca lo supe ni quise preguntarle. Ya cuando nos contó la historia me hice el desentendido por temor a que relacionase mi apellido con el de su odiado John Goodwin, postura que mantuve siempre no sacando a relucir de nuevo el tema. Pero es que aunque no lo hubiera hecho dudo mucho me hubiera contestado dada su natural reserva excepto cuando estaba bebido, y puedo asegurarle que en este último viaje se mantuvo bastante sobrio.

Me quedé callado un tanto apesadumbrado por no sacar algo en claro.

Dándose cuenta, continuó:

–¿Sabe?, yo le apreciaba, era un buen hombre. A bordo todos le tenían ojeriza por no quererse ajustar a su voluntad, pero pienso lo hacía pensando en nuestro bien. Además, como miembro de la familia Goodwin, me sabía deudor con él por el daño que le hizo ese mal nacido al quitarle a Mary.

–¿Crees que han muerto? –le pregunté para dar por zanjado este asunto.

–No lo sé. El día en que íbamos a explorar la costa me llamó a su camarote antes de partir. «Clavijo –me susurró de forma apenas perceptible–, cuando lleguen a tierra y pregunten por nosotros dígalos que también estamos.» «Por supuesto, capitán; y vendremos a buscarles», contesté para darle ánimos. «Tome, llévese el rol del buque como prueba de nuestra existencia.» Cogí el libro y al ir a salir me di cuenta que la puerta de su dormitorio estaba abierta. «¿Y Mary?», le pregunté convencido como estábamos todos de que la ocultaba allí. Me miró de una forma que interpreté de profunda paz: «Ha salido un momento.» Ésta fue la única vez que le vi reconocer ante una persona que no fuera Enrique la presencia a bordo de esta mujer.

»Ya en cubierta, nos despedimos unos y otros, entre bromas, hasta dentro de un momento. Embarcados en el bote del Hurricane, largamos cabos. Mientras nos alejábamos hacia la neblina, me volví y, al ver a nuestros compañeros desde la borda hacernos gestos de adiós con la mano, tuve el presentimiento de que por fin iban a conocer a Mary.

«Soy como el búho de las soledades; velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado.»

(Salmos 102.6-7)

Mosén Nosferatu

Era la continuación del curso, no aquel día, las clases lo harían al día siguiente cuando todos, o casi todos para dar cabida a los retrasados, hubieran llegado a la santa casa, al santo hogar de oración de niños de entre once y catorce años, con sotana y ancha cinta azul celeste sobre los hombros desde el pecho hacia atrás en su doblez y extremidades, de niños representantes de la esperanza de un futuro clero. Era el Seminario Diocesano Menor tras las vacaciones de Navidad.

Mañana fría, gris, algo lluviosa. Por una pequeña puerta lateral del vetusto edificio sacan una camilla y con prisas la cargan en la ambulancia. Excepto los interesados y un viandante que curioso se ha parado a observar, nadie ha visto. El alumnado llegaba, algunos con compañía familiar, otros no, pero siempre con la algazara del reencuentro, a través de la puerta principal. Mosén Rius permaneció junto a la pequeña en la que estaba, después del precipitado, silencioso por el no aullar de la sirena, irse del vehículo. No sabía cómo explicárselo.

Había llegado solo; de los papás de Carlitos su mamá estaba enferma y no pudieron acompañarle, y como además vivían en provincia distinta a la nuestra tuvo que adelantar su llegada para evitar ser de los retrasados por razones de tiempo de viaje. En consecuencia, ya la tarde anterior Carlitos deambulaba por el desocupado seminario. Lo había visto varias veces, incluso había jugado con él a encestar canastas en la pista de baloncesto, y no parecía enfermo. Después no, que dejó de verlo. Tras anochecer, supuso habría cenado y estaría acostado.

Cerró la puerta. Mosén Rius temía el momento en que tuviera que dar cuentas de lo sucedido. Qué decir, qué argumento dar para que un niño aparentemente sano aparezca muerto a la mañana siguiente. «Mire, sí, anoche estaba bien, hasta nos divertimos juntos», es más problemático de decir que lo contrario: «Ya se auguraba en su rostro». Y esto es lo cierto: que no se auguraba, que cuando esa mañana, con los primeros albos, fue a despertar a

Carlitos, viendo de lejos su mirada abierta, de par en par hacia lo indefinido, tras el protocolario *benedicámus Dómino* sin esperar respuesta le reprobó cariñosamente su holgazanería por no estar ya levantado. Sólo más tarde, al volver de nuevo y verlo en la misma posición, se acercó curioso hasta su lecho, hasta la pupila abierta de su mirada donde esta vez sí, casi oyó el *Deo grátias* de la muerte como respuesta al anterior saludo. Así y todo no podía creerlo, en la taquicardia de su espanto mosén Rius no pudo creer; tan niño, tan con vida estaba que tuvo que cerciorarse de la realidad de cosa de su cuerpecito zarandeándole violentamente entre sus brazos mientras le llamaba a gritos por su nombre. Más tarde, el doctor confirmó el óbito por parada cardiaca.

Parada cardiaca. «¿Cómo se para un corazón de apenas doce años? –se preguntaba mosén Rius–; corazón sensible, impresionable si se quiere, pero lleno de vigor.» Pudieran encontrarse causas en el esfuerzo que la vida requiere en su mantenerse despierta, pero ¿en la placidez del sueño? A no ser por la edad (y no era éste el caso), sólo una horrible pesadilla podría hacerlo..., y ahora que recordaba, hasta el propio doctor lo había dicho: «Ni que hubiera visto al demonio.» Porque sí, ésta era la impresión que causaba la mirada muerta de Carlitos: la de ver a quien ha visto al mismo demonio... El griterío de un grupo de jovencitos persiguiéndose a lo largo del corredor que llevaba al dormitorio distrajo sus pensamientos. Era allí a donde iba, de donde poco antes habían salido todos camino de la ambulancia. Bueno, no, no todos; mosén Esteban, preso de un ataque de nervios, se había quedado llorando sin que admitiera consolación. Temiendo pudieran verle los niños en tan lamentable estado, esperó a que llegaran. Como dique de contención su presencia paró en seco la carrerilla de aquéllos, aunque no la expresión alegre de sus caras. Mosén Rius era hombre que queriéndose respetado no por ello lo hacía con menoscabo de la confianza y cariño de sus pupilos, sino todo lo contrario: por la convicción razonada de un padre bueno hacia sus hijos. Y esto es lo que hizo, explicar a aquellos mozalbetes, de indumentaria clerical, que la llamada de su vocación religiosa requiere de los buenos modales, de saber contener las expresiones naturales de la alegría,

por otra parte consustancial con el favor que Dios tenía hacia ellos. Lo comprendieron; como no podía ser menos lo comprendieron y se volvieron por donde habían venido, esta vez con modoso orden. Mosén Rius sonrió feliz.

Sonrió en el breve intervalo en que la imagen de aquel grupo de niños, enamorados de su persona y en retirada alejándose de él, padre espiritual, le hizo olvidarse de su otro hijo: Carlitos. Sombrío de nuevo el rostro, siguió camino.

No había duda, durante esa noche algo debió impresionar hasta tal extremo el cerebro infantil de Carlitos que éste, alocado, paralizó el corazón. ¿Alocado...? Se detuvo con gesto de súbita comprensión. ¡Era verdad! Acaso él, con sus treinta y tres años, no recelaba de alguna que otra sombra cuando a altas horas de la noche se desplazaba por aquellos corredores, cuando, durmiendo todos y yendo él también a hacerlo, el silencio era tal que hasta el más mínimo ruido se hacía sospechoso; pues mucho más debió sentir la pobre criatura sin nadie a su lado que le acompañara. Decir miedo es decir poco; pánico, terror es lo que debió sentir.

«Oh, Dios mío; y yo sin pensar en ello.» Pero ahora que lo hacía ya era tarde, no había remedio, y en este imposible su conciencia estricta empezó a mostrársele con su parte de culpa. Por qué se desatendió del muchacho, por qué no cenó con él, por qué no le acompañó hasta el dormitorio. Cuando llegó a éste, el ánimo de mosén Rius estaba agravado, con tal multitud de remordimientos que entró en el amplio local con el sigilo de quien se sabe cómplice de asesinato. Miró en derredor: no había nadie, mosén Esteban se había ido. De las casi cincuenta camas dispuestas en dos filas, una frente a la otra formando pasillo, sólo la de Carlitos mostraba su uso durante la pasada noche; sobre las demás, el colchón doblado por su mitad. A través de los ventanales que desde la pared lateral se abrían al patio, llegaba el bullicio de los seminaristas. Miró parcialmente oculto tras la contraventana de uno de ellos, desde la altura de su segunda planta. Reían, jugaban intentando encestar canastas. Lágrimas que no pudo contener, mojaron su rostro...

Mejor así: recoger la ropa y dejar su cama como las otras, como si Carlitos no hubiera llegado. De este modo sus émulos no sabrían de él hasta pasado el tiempo.

El resto de aquella mañana fría, gris y algo lluviosa, mosén Rius la pasó atendiendo a los jovencísimos inquilinos del edificio grande y viejo que era el seminario, ocupándose de la multitud de quehaceres que con su llegada generaban. La congoja la llevaba por dentro cual pelota de sebo y pelos hinchándose cada vez más, pero como sacerdote acostumbrado al voto si no de sacrificio sí de lo que lo enseña: la pobreza, sabía disimular su dolor en bien de los demás. Con todo, la admiración de sus alumnos era bálsamo que aliviaba; siempre estaba rodeado de ellos cual gallina con sus pollitos. Sabía que esta su alegría era causa de alguna que otra envidia, pero qué podía hacer él, ¿negar su amor a quienes se desvivían por darle el suyo?

Llamó a la puerta. No le había vuelto a ver desde que lo dejó llorando en el dormitorio. Mosén Esteban era así de esquivo, más parecía sombra que realidad. Rara era la vez en que podía vérselo con detenimiento; las más eran simples impresiones: el vuelo de la sotana en su andar rápido y cabizbajo, su voz desde la penumbra del confesionario, un intuírsele mirando desde la ventana de su despacho. Pocos eran los que podían jactarse de conocerle. No desde luego los que aspiraban llegar un día a su mismo estado de compromiso sacerdotal con Dios; para ellos era mosén Nosferatu, personaje feo y misterioso al que sabían rector de aquella casa pero poco más, pues, a parte de lo de dirigir, lo que hiciera de más les traía sin cuidado dada la no vinculación directa de ellos con su persona. Entremedio estaban seminaristas mayores y otros curas, como mosén Rius, que se encargaban de la labor de intermediación.

A la respuesta a su llamada, entreabrió la puerta permaneciendo en el umbral. Lo hacía siempre esto de no darse prisa por entrar, pues sabía que aunque el día fuera nublado como aquél, la sola presencia del sol sobre el horizonte ya era demasiado para que mosén Esteban no se hubiera precavido contra el astro en su aposento, y requería de tiempo para adaptar sus ojos a una menor luz. De pie frente a la única ventana, el rector parecía haberse visto sorprendido en su mirar hacia el patio a través de la persiana, el mismo donde por la mañana los seminaristas jugaban a encestar canastas y ahora el horario del culto a Dios había dejado desierto. Desde luego su figura impresionaba. Ojos enrojecidos, sin duda del mucho llorar por lo que ambos sacerdotes sabían, pero para quien no lo supiera reflejo del fuego que se dice hay en el infierno; cabeza hecha calavera por la ausencia de pelo y amarillenta piel escuálida de carne; delgadísimo cuerpo sobre el que la sotana con su negrura hacía difunto; pálidas manos de finos y largos dedos. Todo en él era repulsivo, aunque no sin embargo para mosén Rius. Para éste, mosén Esteban era la bondad hecha carne, carne que aunque para algunos no fuera precisamente de la que se dice bella, no por ello menguaba en un ápice lo primero. Y esto era lo importante, lo que recalcaba a cuantos no veían en él más allá de la camisa que llevaba puesta: que mosén Esteban era un santo. Así se lo había dicho poco antes al Cristo crucificado de la capilla, pero en sus remordimientos que no cesaban, venía a repetírsele en la figura de este hombre: Que la culpa era sólo suya por no haber acompañado a Carlitos durante la pasada noche, por no haber sido sensible a sus miedos, a los temores que la oscuridad acarrea. El confesor oyó en silencio; en el largo tiempo que duró la confesión, no fue capaz de articular palabra que consolase al pecador. Parecía asentir en todo.

Mosén Rius salió peor de lo que entró.

A medida pasaban las horas su culpa se le agrandaba. Ya no era sólo lo confesado, sino lo habido antes también. Recordaba haber sido quien aconsejó al padre de Carlitos el adelanto del viaje para que su hijo no fuera de los retrasados, quien no le importó viniera solo porque su mamá estaba enferma.

Desesperado, volvió al lugar del crimen. De las casi cincuenta camas, sólo la de Carlitos tenía el colchón doblado por su mitad; sobre las demás, la ropa de cama con su colcha. Tanta era su culpabilidad que hasta las pruebas del delito había hecho desaparecer. De lo lejos llegaban las voces monótonas de los seminaristas pidiendo a la madre de Dios que rogara por ellos, pecadores. Lloró amargamente.

La tarde declinaba. La lluvia hasta entonces intermitente, empezó a caer de forma continua, y negros nubarrones presagiaban más para las próximas horas. Mosén Rius, sentado frente a su escritorio, ultimaba la carta en la que, destinatario su Ilustrísima el señor obispo de la diócesis, daba cuenta de su inculpación en lo sucedido y suplicaba se le relevase en el cargo. Ante la falta de penitencia por parte de mosén Esteban, él mismo se la imponía, porque qué mayor castigo que verse separado de sus hijitos, que mandársele a donde no pudiera saber de ellos. Con manos temblorosas la firmó. Era el fin. Habían sido años felices en aquella santa casa de oración donde Dios habíase valido de su persona para darse a conocer a los niños que la habitaban. Sin embargo, ese mismo Dios le indicaba ahora a través de lo sucedido que se preparase, que otro camino le esperaba, y él, fiel al Mismo, lo iba a andar aunque fuera de espinas...

El ruido de la incesante lluvia le despertó. Miró sobresaltado el reloj: eran más de las nueve, hora de estar cenando. Al irse a levantar, dormido que se había quedado sobre el escritorio, hizo gesto de sentirse mal. Se notaba febril, con la cabeza embotada. Lo pensó mejor: aquella noche no cenaría; la frugalidad, además de buena para la salud, era otra forma de hacer penitencia. Por otra parte, su presencia no se requería en el comedor; los seminaristas mayores cuidaban de los menores. Más tarde, cuando se hubieran acostado todos, se daría una vuelta por el dormitorio. Mientras, aprovecharía el tiempo con sus rezos, en estar a solas con Dios en la capilla.

La llama ondulante del cirio, junto al altar aviso de la presencia divina en el sagrario, proyectaba su luz sobre el techo. Su pálpito ahuyentaba por momentos el asedio de las sombras, pero de nuevo inundaban los rincones cercanos en densos haces. Las tinieblas de afuera se amontonaban junto a la puerta de entrada para ahogar suavemente la luz llena de sueño. Mosén Rius, sentado en uno de los primeros bancos de la doble hilera, leía, más que por ver por sabérselo de memoria, el breviario. De vez en vez levantaba la vista del libro, los ojos cerrados, en íntima comunión con Dios. La lluvia arreciaba, arremolinábase en ráfagas de viento; se violentaba la llama del cirio por lo que de ellas llegaba en forma de corrientes de aire. Traidora una, con súbito y fortísimo golpe cerró la puerta. Asustado, mosén Rius abrió los ojos al tiempo que el apagarse de aquél se los hacía ciegos. La oscuridad era completa. Dudaba entre si hacer de nuevo la luz con el interruptor de la luz eléctrica o con la mecha del cirio. Más cerca de este último, optó por él. Sabiendo de la caja de cerillas junto al candelero que lo sostenía, tanteando se acercó hasta encontrarlas. Rascó una: el quemarse del fósforo no fue capaz de hacerla encender por culpa de cierta corriente. Probó con otra, esta vez vuelto para hacer socaire hacia la puerta que suponía cerrada, y aún crepitaba el fósforo yendo en su arder a hacerse llama, cuando allí, en medio de la que había supuesto cerrada, vio con espanto, con infinito terror, los ojos enrojecidos, la calavera, el cuerpo difunto de lo que sólo un instante después, en la oscuridad de lo que su mano convulsa no había sido capaz de encender, reconoció no era un espectro, sino la simple presencia de mosén Esteban.

Carlitos se lo había explicado.

«Un día que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yavé, fue también entre ellos Satán. Y preguntó Yavé a Satán: “¿De dónde vienes?” Satán respondió a Yavé: “De recorrer la tierra y pasearme por ella”.»

(Job 1.6-7)

Luz de luna

Yo conocía a Javi; por esto no me extrañó la visita de aquel tipo, a decir verdad la esperaba. Nada más verle se lo dije:

–¿Periodista ?, ¿policía?

En su sorpresiva mirada, más que en el por qué de su pregunta queriendo saber de la mía, supe que era tal. No le contesté.

–Desde pequeños nos conocíamos. Fue mi mejor amigo hasta que me dejó por ella –afirmé. Y tan pronto como lo dije hube de arrepentirme por la interpretación errónea que mi oyente pudiera hacer.

Guardé silencio.

«¿Por qué? –me censuraba (respecto a lo del arrepentimiento)–, si es verdad, si lo quise como no he querido a nadie.» Y con la evidencia el arrepentimiento se hacía más y más por no hablar. No pude callar más.

–Sí –me reconvine mirándole fijamente a la cara–, hasta que me dejó por ella. ¿O es que acaso es delito que dos hombres se quieran? –Esto último lo dije casi gritando, lleno de rabia por lo que sabía eran sus pensamientos, que no los míos. Me vi obligado a precisar–: Nada de mariconería.

No sé si lo convencí, aunque conmigo sí lo hice de no tenerme que arrepentir tanto si hablaba como si no hablaba. Quizás consecuencia de ello fuera que empecé a recordar:

–El nuestro era un mundo de un kilómetro escaso a la redonda; a la redonda de nuestras respectivas casas, se entiende. Estaban éstas ubicadas junto a una carretera que no es que tuviera mucho tráfico, pero el que tenía circulaba a considerable velocidad sin duda por lo descendente de la pendiente que venía de arriba, de donde la carretera daba la vuelta..., quiero decir por lo que unos tenían que subir de la pendiente y otros por lo que les aceleraba la bajada. Tan es como digo que, que haga memoria, dos críos (como nosotros éramos entonces) fueron atropellados, uno de ellos muriendo. Es por tanto comprensible que

por su peligro frontera de nuestro mundo fuera la carretera, lo cual no implica que no la cruzáramos siempre que hacía falta, como ir a la escuela nacional donde más que estudiar jugábamos entre un batiburrillo de ciencia por aprender, a la marisma donde saciábamos nuestro deseo de aventuras en un bosque de eucaliptos o la de pescar cangrejos en el agua de mar que hasta allí llegaba en forma de ría. Pero sí, el íntimo, lo habitual de nuestro mundo estaba a este lado de la carretera, donde nuestras casas, donde junto a otras pocas formaban archipiélago en un mar de hierba especialmente olorosa tras la siega del vaquero con su guadaña, donde el verde del verde prado no dejaba de ser monótono como al otro lado de la carretera con casas adosadas a su largo, humos sucios de una siderurgia y el mar cerrado en su ría. Además, como la pendiente de la que he hablado continuaba también por este lado, la tierra tocaba al cielo en un horizonte muy próximo a nuestras casas, con lo cual la no visión de un más allá no exacerbaba nuestra curiosidad y limitaba nuestros deseos de explorarlo a raras ocasiones. Vemos, pues, un paisaje que desde el horizonte baja, con senderos que comunican las pocas y aisladas casas, hasta las nuestras, y no más porque las que frente a ellas forman muralla al otro lado de la carretera nos impiden ver que el descenso continúa, más suave, hasta la marisma. Y esto es todo; salgo de mi casa, cruzo un pequeño prado y ya estoy en la de Javi... Era la suya como la mía, de dos plantas, con la diferencia de que el terreno que ocupaba le permitía tener por la parte de atrás espacio para algunos árboles frutales y nuestra otra vivienda: la caseta. ¿Que qué es la caseta? La caseta era, como tantas otras cosas en aquellos años de infancia, así los Reyes Magos (después hablaré de ellos), una ilusión mientras la construíamos, pues una vez terminada apenas la habitábamos, pues cómo habitar algo que pretendiendo ser casa en miniatura no tendría más de un metro de alto por otros dos de base, techumbre y paredes de tablas y cartones, y con tal cantidad de agujeros que en clima tan desapacible como aquél no impedían al viento y la lluvia entrar cuando llegaban. No, para estos días teníamos su casa, la verdadera, concretamente una habitación donde estaban los *cowboys* e indios con los que escenificábamos batallas en un lejano

oeste producto de nuestra imaginación. Aunque, como acabo de decir, para imaginación la de los Reyes Magos, la de quienes no siendo reales tenían con su facultad de regalar juguetes el poder de que nuestras mentes no pusieran en duda su mágica existencia; es decir, puestos a elegir entre conocer o no la realidad de sus personas nos quedábamos con lo último a fin de no hacer peligrar esa facultad de regalo, por cierto, bien real. Porque las navidades eran esto: juguetes; y los meses previos un ir meditando cómo iba a ser la carta que escribiríamos a quienes nos los iban a traer. Ah qué nervios la noche anterior a su llegada; querer dormir pronto para despertar más pronto y no poder hacerlo por la excitación nerviosa. Era agotador, tanto que al final el cansancio nos vencía y dormíamos.

Fue en este punto, al referir lo dormidos que nos quedábamos, cuando me apercibí de que el tipo, aburrido, también estaba a punto de hacerlo. No lo he dicho, pero es que no habiendo en la habitación más sillas que en la que yo estaba comiendo a la mesa cuando él llegó, era la cama donde se había sentado.

Reanudé la comida, dolido por verme ignorado.

Siempre es así, y, de tanto lo mismo, ya debería aceptarlo. Pero no puedo, es superior a mis fuerzas; me duele que los demás valoren en tan poco mi sentir. Allá, de cuando crío, yo era muy alegre y desenvuelto y estas cosas no me preocupaban...; aunque no, ahora que lo pienso, sí que me preocupaban; lo que ocurre es que de otro modo. De haberme encontrado en la misma situación habría hecho lo imposible para atraer de nuevo su atención, y en cambio ahora lo dejé estar... no mucho, desde luego, porque al dejar de oírme pareció recobrase de su letargo. No me hice esperar.

—Porque sí —continué—, yo de crío era muy alegre. Trasteaba por ese nuestro mundo haciendo toda clase de chiquilladas. Unas veces era un gatito pequeño que encontrado en no recuerdo dónde lo oculté, a falta de mejor sitio hasta volver a casa, en la cartera con los libros de la escuela, y estando en clase empezó a maullar ante el asombro de compañeros y maestro que no sabiendo del origen lo buscaban, y yo simulando que también pero con la cartera bajo el

brazo y el gato maullando dentro, hasta acabar todos detrás de mí con un griterío que me implicaba en la evidencia de lo que no pude ocultar más; otras, el incendio provocado sin quererlo en nuestro deseo de imitar a los indios con sus flechas incendiarias; a veces, negocios no muy legales que digamos, como el de robar fruta para después venderla, llevarle al trapero hierros sustraídos de la vía del tren; y, en fin, muchas cosas más que no creo causaran mucho entusiasmo en quienes coléricos nos perseguían, en ocasiones, no habiendo podido despistarlos durante la persecución, hasta nuestras propias casas donde informaban pormenorizadamente a nuestros padres. Era entonces llegado el momento de la penitencia materializada en días sin poder salir a la calle excepto para ir a la escuela si no estábamos de vacaciones, aunque, claro, el propósito de enmienda tarde o temprano acababa por devolvernos la libertad...; acababa, pues recobrada ésta, desaparecía aquél y vuelta a empezar. Sí; yo, no tanto Javi, era lo que se dice un verdadero diablillo.

A mala hora se me ocurrió, me refiero a equipararme a un diablo. Convencido como estaba de que aquel tipo había venido a verme para indagar sobre mi persona, considerarme diablo, aunque fuera en pasado, no me favorecía en nada. «Donde hubo, algo queda», pensaba que estaría pensando él. No sabía cómo salir del atolladero. Él debió darse cuenta porque le vi sonreír en mi torpeza en seguir comiendo sin que me temblase la mano. Ofuscado, lo dejé todo y me levanté. Necesitaba urgentemente estar solo para meditar sobre lo que estaba sucediendo. ¿Pero a dónde ir? Marcharme a la calle era huir reconociendo mi culpabilidad, y no hay más puertas en la habitación a no ser la del retrete. No lo pensé dos veces.

–Disculpe. Necesito ir al lavabo –dije precipitadamente al tiempo que me introducía en éste y cerraba la puerta tras de mí.

Aquello no era locura, era el corazón desbocado en un furioso palpitar que casi me ahogaba. De tal calibre eran los latidos que los percibía, salvedad hecha de ser mi propio corazón, en el pecho desde dentro golpeándolo. Me apoyé de espaldas sobre la pared y cerré los ojos. «Calma, calma», mentalmente me acon-

sejaba expulsando el aire para dejar vacíos mis pulmones. Conseguido esto, contuve la respiración. El corazón, obligado por esta otra necesidad tan perentoria como él para poder vivir, empezó a ceder, y más por mi empeño en seguir sin dejarme respirar hasta tanto no se doblegase a mi voluntad. Al final cedí; no podía ser de otro modo tratándose de yo mismo.

Algo más tranquilo, abrí los ojos. Lo sabía por pasadas experiencias, ahora empezaba la segunda fase: la de amargarme censurándome por lo sucedido, no tan escandalosa como la primera pero requiriendo de un tiempo para superarla, aunque sólo sea por cansancio, del que en esos momentos carecía, pues cómo justificarme ante quien en la habitación aguardaba mi regreso sí lo hacía después de dos o tres días; imposible. Me senté en la taza del wáter en movimiento irreflexivo que hasta me llevó a bajarme los pantalones. Estaba completamente seguro, requería de algo que llevase alcohol para poderme controlar en menos tiempo y la botella del anís estaba fuera, en el armario. Y la idea vino, más irreflexiva sin duda que la de sentarme en la taza, recordándome que más alcohol que el anís lo tiene el de curar, que sí está donde yo estaba. Con ansia lo cogí e ingerí un buen trago. Es difícil de explicar, pero quizás lo más parecido sea decir que fue como beber fuego. Hasta tal punto me hirió que, levantado que me había para poderlo coger, tuve que volverme a sentar obligado por lo que en un principio fue un sudor frío junto a la repentina pérdida de visión y al poco rato retortijones de tripas acompañados de la correspondiente diarrea. Oh, creí morir. Nunca en mi vida me he sentido peor. Tanto era lo que estaba sufriendo que se me olvidó el motivo que me había llevado a infligirme tal castigo.

No sé el tiempo que debió pasar, pero sea el que fuere, como predice el dicho, el suficiente para curarlo todo, y conmigo, aunque sólo en parte, así lo hizo. Tras tirar de la cadena, abrí la puerta y salí.

Al no verlo en la cama, sino de pie junto a la pared por donde yo salía, enseguida columbré que mi estancia en el retrete no había sido tan íntima como yo creía, máxime cuando la desvencijada puerta de acceso tiene alguna que otra rendijita por donde poder mirar guardando discreción. No lo pude remediar. O

sea, yo no sólo era constreñido en mi propio hogar por un extraño, ¡sino que encima me espiaba! La ira, recomponiendo mis debilitadas fuerzas, le espetó:

–¡Qué, ¿estará contento?!

El tipo, que en un principio puso cara de no saber a qué me refería, pronto tuvo que rectificarse por lo rojo como la grana que sin duda el ardor en su rostro le advertía se había hecho visible ante mi insistente y seria mirada de sí saber. Fue mi desquite. Ni queriéndolo me hubiera salido mejor. Después de todo lo que llevo dicho resultaba que también él era diablo; si no, a qué tanto avergonzarse. No obstante la satisfacción que me produjo saberlo, no quise manifestar alegría por temor se confiase y volviera a las andadas de quererme dar lecciones de honestidad. Así que me mantuve serio e hice gesto como diciendo: «Pobre diablo.»

«Ya de críos, cuando Javi y yo coincidíamos con ella, yo sentía rabia, indefinible en cuanto a los motivos que la provocaban, pero rabia. Verla y no poderme reprimir de zurrarle la badana, era todo uno. Tantas veces debí hacerlo que su padre se quejó a papá pidiendo explicación. Mira que decirle que porque me gustaba. A Javi sí, que ya por entonces me daba cuenta; ¿pero a mí?» En esta duda me detuve cuando, echado que yo me había en la cama dejándolo a él de pie, de soslayo lo vi mirarme como en acto de pedir disculpas por lo sucedido. Tengo que reconocerlo, aquello fue tan de mi agrado que una benévola sonrisa afloró a mis labios y, dejando a un lado mi temor, me dispuse a permitirle entrar en lo que eran mis pensamientos.

–Digo –dije consecuente al tiempo que me reclinaba sobre el brazo a fin de podernos ver las caras– que ya de críos nos conocíamos (me refiero a ella), y que no sé qué me pasaba que me daba por pegarle, hasta tal punto que su padre se quejó al mío. Con Javi no era igual; era un sensiblero. Recuerdo un día que estando en la caseta se vino abajo con los tres dentro; pues bien, Javi hizo escudo con su cuerpo para protegerla a ella; quedó bastante magullado, pero aún así sonreía feliz... Aunque, bueno, todavía por entonces era mi mejor amigo; puestos a elegir entre ella y yo se venía conmigo. –Hice pausa. Nada más hecha

la elección vi en ella un posible indicio del motivo de la rabia y quise analizarlo.— Porque, vamos a ver, cuando entre dos individuos uno es elegido y otro no, el no elegido siente frustración salvo si quiere tanto al otro que le da lo mismo quién sea el elegido, o, si no hay tal amor, la finalidad de la elección es para algo no deseado por él. En nuestro caso Javi me elegía a mí, por tanto la frustrada era ella al no darse ninguna de las dos salvedades, y, en consecuencia, no debería haber sido yo quien le tuviera rabia, sino al revés. Ahora bien, como las cosas eran como eran, sólo cabe una explicación: que mi subconsciente intuía lo que después se hizo realidad, que Javi se fue con ella. —Hice nueva pausa. Convencido por mi razonamiento creí llegado el momento de recordar el día en que este irse sucedió por primera vez.— Ya no tan críos, el horizonte aquel del que he hablado próximo a nuestras casas había dejado de ser límite de nuestro mundo y era normal que lo traspusiéramos siempre que hacía falta. Concretamente solíamos ir bastante a una cancha de frontón formada con uno de los muros laterales de la iglesia donde la chiquillería del entorno nos debatíamos en febriles juegos de pelota. Aquel año yo había pedido a los Reyes Magos (que ya no eran tan magos al reconocerlos en mis padres) una de profesional y estaba superorgullosa. Recuerdo que habíamos quedado para la tarde desde mi casa ir juntos a la cancha. Sin embargo, llegada la hora no vino. Esperé un rato, pero como seguía sin venir, impaciente crucé el prado y me planté en su casa. Allí estaba, con ella jugando en nuestra habitación de los *cowboys* e indios, no a éstos, sino a lo que al instante me di cuenta: a médicos. Huelga decir lo que sentí, y más cuando recordándole su compromiso conmigo se negó a venir. —Nueva pausa. No diré como para echarme a llorar, pero sí dolido.— Pues en cuanto a mí, al sexo, que era algo a mantener muy en secreto por lo sucio, no dejaba se inmiscuyera en mis afectos; simplemente, tal como hoy, le daba gusto en la intimidad de vez en cuando, y basta. Pero con la mujer yo sé que no es lo mismo. En esta cuestión miente más que habla. Le gusta más sojuzgar al hombre que el sexo en sí. Un collar, su cadenita y, hala, a pasear al perrito faldero por ahí, que todos la vean hecha una reina... Pero no, a mí no me engañaba. Por

suerte mi producción de testosterona no es tanta como para poderlo hacer y me daba cuenta de sus argucias. Regresé a casa, solo, con la frustración de no ser el elegido; y así estuve, sin quererlo ver, hasta que el propio Javi vino a verme días después pidiéndome volviéramos a lo de antes.

Yo no lo hice: pedirle al tipo que dejara de tocarse la nariz macerando el moco de turno entre los dedos hasta hacerlo bolita que tirar al suelo. Llevaba rato haciéndolo, y, la verdad, me daba asco; pero sensible que soy no sabía cómo decírselo sin herir sus sentimientos. Y como por más que lo pensé no lo supe, al final opté por levantarme de la cama para no verlo; cosa harto difícil de conseguir, como ya he demostrado, en casa de una sola habitación con retrete.

Rogándole se hiciera a un lado, pues de pie junto a la pared del lavabo me obstruía el acceso a éste, entré en él sin molestarme, por lo inútil, en cerrar la puerta. Me miré en el espejo, en primer y superficial reconocimiento; me seguí mirando con más detenimiento en lo blanco de los ojos abriéndome los párpados con los dedos; terminé tras sacar la lengua y verme las papilas gustativas. Bien; después de lo pasado, nada que objetar. Salí de nuevo y cerré la puerta. Y de nuevo lo vi sentado en la cama, deduje, por lo cansado que estaba después del largo rato de su estar de pie, aunque también porque con la puerta abierta no había tenido dificultades de visión.

La comida a medio terminar sobre la mesa, algo de vajilla sucia en la fregadera, la cocinilla de butano grasienta por el freír de huevos, las bolitas de moco que no por haber parado ya de tirarlas dejaban de estar en el suelo..., todo eran razones suficientes para justificar un trabajo de limpieza, sin olvidar por ello que no estaba solo y se me requería siguiese contando. Me puse manos a la obra.

–Como estaba diciendo, Javi y yo volvimos a lo de antes..., es un decir. Aquello de los médicos fue como el pecado original, que se comete por el simple hecho de asomar la cabeza por el coño de la madre, con la diferencia de que cuando uno nace no tiene memoria, y, en cambio, ya de mayor la tienes para desear revivir los recuerdos felices, que no los malos. De esto tan obvio no me

di cuenta en un principio. Estábamos jugando, hablando de nuestras cosas, y de repente Javi se iba, no físicamente, que seguía estando conmigo, sino su espíritu, su atención a lo que estuviéramos haciendo; otras veces, el abandono, el poco interés se mostraba continuo. Fueron meses, quizá más de un año, de progresivo deterioro hasta llegar el fatídico día en que por segunda vez me dejó por ella. No, en esta ocasión mi descubrimiento no fue casual como la primera, pues yo, preocupado por lo que consideraba un empeoramiento de su salud, llevaba tiempo haciendo esfuerzos por averiguar el motivo y poderle curar... Con este propósito le seguí el día en que, por repentinamente encontrarse mal (según sus propias palabras), quiso marcharse a casa. Desde lejos le observo bajar la pendiente, casi corriendo, por entre prados hasta que, para mi extrañeza, se adentra en un maizal. Espero, pensando lo estará cruzando; pero no, pasa el rato y no sale. Bajo yo también, queriendo saber; me adentro, entre cañas y panojas, y los encuentro, como Dios los trajo al mundo, de nuevo jugando a médicos... Creo que ni un terremoto los habría asustado tanto. Pegaron un brinco los dos buscando sus ropas, queriendo taparse ante mi presencia, no sé por qué, porque a mí lo que más me dolió en esos momentos fue ver que para mi amigo, mi mejor amigo, yo ya no era lo más importante, y, por si faltara algo, salir en defensa de ella cuando no pudiendo reprimir mi rabia de siempre la llamé puta –calificativo que repetido casi al unísono, pero a diferencia de mi pausado contar, con colérico grito por el hombre del joven matrimonio que vive en el piso de al lado, me hizo interrumpirme para mejor escuchar. Mucho sé de estas discusiones, y también de cuando no lo son, por lo delgado del tabique; pero aquella fue de las que hacen historia. Si para él ella era una puta, para ella él era un cabrón y, lo que es peor, un hijo de puta; si acusaciones las hubo a montones, ninguno quería reconocer su culpa, y, por tanto, el enfrentamiento empeoró hasta el punto de obligarme a no permanecer callado. Lo hice golpeando con la mano el tabique y rogando, por favor, que bajaran la voz, pues tenía visita. Se hizo el silencio, momentáneo, pues al poco sus voces volvieron, aunque con el suficiente sosiego como para no interferirme en lo que hasta poco antes estaba

haciendo y contando. Proseguí—: No es que a partir de entonces Javi dejara de ser amigo mío, que siempre lo fue, sino que ya no era el mejor porque entre nosotros estaba ella. Cuando no era porque había quedado con ella, era porque ella no quería que fuera o porque a ella no le gustaría saberlo. Siempre ella. No es de extrañar la aborreciera tanto. —Me contuve en mi aversión. Como ya he dicho, yo estaba convencido de que aquel tipo había venido a indagar sobre mi persona, y sin caer en la cuenta llevaba ya varias veces informando sobre una antipatía que, si bien había acompañado con argumentos que a mi entender la justifican plenamente, pudiera no ser lo mismo para él. Creí prudente justificarme un poco más. ¿Y qué mejor que hacerlo sobre la base de la discusión de la que acabábamos de ser testigos?— Lo acabamos de ver. Cualquiera que los haya oído pensará que esta pareja de al lado se odia tanto que tarde o temprano uno de ellos matará al otro. Y no es así. Yo que sé de ellos doy fe. Lo que ocurre es que el amor tiene a veces eso del hacer llorar, y no porque lo pretenda, sino porque quiere tanto que ve enemigos por todas partes... Ah los celos. Cuando no es por una cosa es por otra... Pero, bien, en lo que estaba: Javi dejó de ser mi mejor amigo. Pasa algún que otro año. ¡Cómo cambia el mundo! Yo ya no voy a la escuela del otro lado de la carretera, y lo hago cogiendo el trolebús al instituto que está a kilómetros de mi casa. Los días siguen siendo de veinticuatro horas, pero el tiempo se ha acortado; de sobrarme antes, ahora me viene justo para los dos viajes de mañana y tarde que, excepto sábados, domingos y demás festivos, hago al instituto donde más que jugar se estudia una ciencia que requiere de deberes a cumplimentar con horas extra desde casa. No sería apropiado decir por esto, por estar en la adolescencia, que yo lo asumiera como si tal cosa, que no, pues en mi caso siempre la mentalidad ha ido por detrás del cuerpo. Tenía verdaderos problemas con el estudio; no analizaba, no me preguntaba sobre el porqué de esa ciencia. Me ponían (sí, porque eran los demás los que me obligaban) a estudiar, y sólo veía letras, números, cosas extrañas impresas en las páginas de unos libros que pesaban como el plomo. Y venga, poco a poco, a comerte todo eso. ¿Que no lo entiendes?, memorízalo, ¿que tampoco puedes?,

ayúdame con la chuleta, que luego tras los exámenes veremos si te aprobamos. Era un verdadero suplicio.

Cansado de mi trabajo, me senté en la silla, la única silla. El tipo desde la cama me miraba, tuve la impresión, apenado por el suplicio.

–No es de extrañar que la alegría de cuando niño me dejase en parte. Me volví más taciturno. Tuve una época en que cualquier tontería me hacía llorar, como cuando al regresar del instituto, en tarde de invierno, anochecido ya, al pasar por delante de la casa de Javi veo luz encendida en la habitación que fue la nuestra de los *cowboys* e indios. No podía remediarlo, era bajar del trolebús haciendo en solitario el corto trayecto a mi casa, que ya me preguntaba si habría luz o no. Si no la había, no pasaba nada; pero si la había, los recuerdos se amontonaban con enorme congoja..., porque (se me ha olvidado decirlo) a diferencia mía Javi estudiaba, por indicación de ella, formación profesional y teníamos horarios distintos. Recuerdo que en mi dolor escribía versos pidiéndole a la muerte se me llevara pronto, cual blanca mariposa prematuramente ajada... La edad del pavo, creo que la llaman. Es una época difícil porque no sabes lo que te pasa pero sabes que pasa, que está ahí, dentro de ti. En mi caso no sé lo que duró porque, ya digo, como mal estudiante que era me obligaban a añadir a las horas de estudio habidas durante el curso las del verano por los suspensos cosechados, y (es pura matemática) quedaban menos para haciendo lo que me viniera en gana restablecerme en mi anterior estado.

Me levanté de nuevo a fin de terminar el poco trabajo que restaba.

–En estas menos horas, dependía del momento del año el tipo de diversión. ¿Que eran de un día de otoño desapacible y lluvioso?, pues me iba a un bar cercano a jugar al fútbolín, o, si había película que me gustase y dinero con el que poder pagar la entrada, al cine; ¿que lo eran de cuando las competiciones deportivas?, pues formando parte del equipo; ¿que eran de verano y calurosas?, pues a la piscina; ¿que no se sabe muy bien del día que eran?, pues por ahí a desahogarme con los amigotes... –haciendo alguna que otra gamberrada, a punto estuve de decir cuando acordándome del diablo que tan mal rato me había

hecho pasar lo retuve en mi mente— por las muchas horas sufridas aprendiendo a ser un hombre de provecho para el día de mañana. La juventud tiene esto, como el doctor Jekyll y mister Hyde pasa del bien al mal con suma facilidad. Ves a los mismos mozalbetes, por ejemplo, durante días y días pasando junto a la farola que les coge —me mantuve al margen usando de la tercera persona del verbo— de camino dejándola estar, y un buen día van y, porque entre ellos se incitan a ver quién se atreve o porque una de las piedras que se estaban tirando se ha desviado, la hacen añicos; otros ejemplos pueden ser el uso de mil y una artimañas para conseguir de la máquina tragaperras deseada su servicio sin la correspondiente moneda; otros, en fin, el divertimento del mal por el mal, como encaminar al pobre ciego que ha requerido su ayuda por un camino que se promete libre estando un árbol por medio... Sí, los jóvenes tienen estas cosas; y que no me digan que las chicas no tanto, porque no es verdad. Lo que ocurre es que ellas saben nadar y guardar la ropa; incitan manteniéndose al margen. Yo la sabía allí cuando iba a la piscina, a veces con Javi, otras no, pero siempre incitando con sus minúsculos trajes de baño. Le gustaba sentirse admirada; y por este gusto los chicos hacían lo que hiciera falta. Me daba cuenta que mi ex mejor amigo estaba a punto de caer en sus redes, que sólo con un noviazgo declarado conseguiría contener la avalancha de tanto competidor.

Terminé por fin. No es que la habitación hubiese cambiado mucho, que seguía igual de destartalada, pero al menos se veía limpia.

Entonces no caí en la cuenta, pero ahora comprendo que fue un error invitar al tipo a una copita de anís. Me explico: De haber continuado como hasta este momento es muy probable que su hartazgo de oírme hubiese llegado al extremo de quererse marchar dejándome con la palabra en la boca, pero al yo darle el anís, la ingestión de sus casi cuarenta grados de alcohol le supuso recobrar las fuerzas y poder seguir al pie del cañón. Yo no lo hice, me refiero a tomarme el anís, en primer lugar porque mi estado emocional era lo suficientemente estable como para no requerirlo, y en segundo porque después de lo pasado con el alcohol de curar temí pudiera afectar a mi resentido estómago. En

consecuencia, no fue uno sino dos los vasos de anís que, a falta de copitas, el tipo se echó al colete: el suyo y el mío.

Ignorante del error que acababa de cometer, yo empecé a reír de verlo a él reír por lo que ambos sabíamos era producto del licor bebido, aunque, como ya digo, ahora comprendo que en su alegría también estaba el hecho de saberse recuperado de su anterior estado emocional.

Con esta camaradería, digamos en parte etílica, confraternizamos hasta el punto de tutearnos y proponerme él jugar una partida de ajedrez mientras le seguía contando acerca de mis recuerdos. El tablero estaba a la vista sobre el armario que hay a los pies de la cama y debió pensar que yo era un entusiasta de este juego cuando la realidad es que poco sé de sus complicados movimientos. Así se lo dije justificando la presencia de los instrumentos con que poder practicarlos a la suerte en una rifa, pero él insistió en jugar al menos una partida. Me pareció creer que no me creía.

Cedí dejando al tiempo lo dijera.

Insistiendo en que no se levantase por lo que yo consideraba era única causa de su risa, acerqué la mesa a la cama y, tras coger los mencionados instrumentos, también la silla. Fue él quien dispuso el orden de las piezas para la batalla; fue él quien me dio en suerte (no quiero pensar mal) las negras.

–Es algo que me saca de mis casillas –admití al tiempo que me sentaba y respondía a su apertura del juego moviendo uno de los peones centrales dos casillas hacia adelante–, que te lleven por donde no quieres y encima pretendan hacer ver que es por propia voluntad que lo haces. Estoy hablando del noviazgo de Javi –orienté a mi contrincante–. Decir que él se declaró así porque sí es mentir. Lo hizo por no quedarle más remedio, porque ella con sus actos le estaba diciendo (muy sutilmente, por supuesto) que de no hacerlo se iría con otro. Ahora bien, no se lo preguntes a ella, que de poderlo hacer diría que nanay, que fue él quien se empeñó. ¡Hipócrita! –El tipo que en ese momento se disponía a mover caballo como respuesta a mi anterior movimiento, dejó de reír a la vez que me miraba sorprendido. Comprendí que mi insulto le afectaba por creerse

destinatario. Me apresuré a rectificarle—: Ella, me refiero a ellas. Las mujeres se creen que todos los hombres tenemos el cerebro en la punta del pene y nos tratan por igual. Conmigo se tenía que haber topado. Me viene con ésas y la mando al carajo. —Callé. Él debió pensar que era porque estaba meditando sobre la jugada a efectuar, pero no es así. Fue porque en ese mandar al carajo vi la causa de la soledad que me acompaña desde hace años... Moví pieza.— No soporto el amor interesado, que te digan: sí pero, y en este pero se pongan las condiciones. ¿Por qué con las mujeres no puede ser lo mismo que entre hombres?; ¿por qué ha de haber siempre un precio de por medio? Luego hablan de igualdad. Y qué más quisiera yo que así fuera. Sería como tener una vaca de la que sólo tienes que preocuparte de ordeñarla de vez en cuando en beneficio mutuo: de ella porque le descansan las ubres, y tuyo porque te desayunas con un buen tazón de leche. Pero no, esto no interesa; aquí de lo que se trata es de que sea la que sea la baraja con la que juguemos siempre sea yo (en este caso, ella) el que tenga los triunfos. ¿Que la baraja es la de la vaca?, me ordeñas y se acabó; ¿que es la del ordeñador?, me das la leche y que te ordeñe otro... Javi no pensaba igual, pero es porque a él le gustaba ser buey, no ordeñador; buey de los que tiran del carro con ella encima dando algún que otro latigazo... Ya son novios, formalmente declarados, formalidad en la que, por supuesto, yo no fui consultado. Van siempre muy cogidos de la mano. Él, un mocoso que apenas tiene edad para afeitarse, adoptando pose de hombre serio y consecuente; y ella..., ella se mueve en una gama de apariencias (digo bien: apariencias) que van desde niña ingenua y angelical hasta mujer no tan joven. En esto la cosmética ayuda mucho: un poco que quito o pongo por aquí, otro poquito por allá, y, ¡voilà!, me transformo en lo que quiero, hasta incluso, si hace falta, en vampiresa...; aunque no, sería exagerar. En esta época a lo más que llegó fue a lo dicho de los trajes de baño, y ello por el nada censurable motivo (según el parecer de muchas madres que viendo la buena pareja que hacían deseaban lo mismo para sus hijas) de atrapar a Javi. Pobre; a pesar de todo, a pesar de verlo tan feliz, me daba pena —la misma que me dio cuando habiéndole dejado uno de mis peones

al alcance de su alfil, aparentemente sin peligro para él, voraz se lanzó a comérmelo, pobre, dejando éste a mi disposición. Sin dudarlo se lo comí a mi vez.— Porque, como digo, Javi hizo lo que hizo por no quedarle más remedio, porque su felicidad era ella y haberla perdido le hubiera supuesto adelantar su muerte en tantos años como los que median hasta que inevitablemente ocurrió, pues si bien esta inevitabilidad acompaña a todo bicho viviente, no cabe duda de que hay situaciones que la hacen menos evitable. Esto es lo que, de haberme consultado, le hubiera dicho. Que se andase con ojo, que nadie da algo por nada, y menos ellas; que tarde o temprano tanta felicidad habría que pagarla. —El tipo, molesto que se había quedado tras mi comerme su alfil, hizo gesto de comprender.— Mientras, yo seguí yendo al instituto, año tras año; fue un lento aprendizaje hasta que, a trancas y barrancas, conseguí superar la totalidad de los estudios que se impartían en sus aulas. Ya era todo un jovenzuelo con mi título de Don, y, sin embargo, tiempo les faltó a las madres que deseaban un Javi para sus hijas en hacerme ver lo poco que yo tenía de hombre de provecho. Todo eran comparaciones odiosas con mi mejor amigo de antaño: Que si él ya estaba en nómina en la siderurgia del otro lado de la carretera, que si pronto se casaría con ella, que si patatín que si patatán. Tengo que reconocerlo, aquello me supuso tal pérdida de autoestima que a punto estuve de echarme, también yo, una novia. Pero no, me quedé sólo en el punto; yo no estaba hecho para esas cosas. Recuerdo que si en alguna ocasión mis esfuerzos llegaron hasta el extremo de haber podido jugar a médicos, mi frenar en seco dejó al médico sin trabajo; y todo por el temor a lo dicho de la factura que habría de pagar aun habiendo sido yo el médico. Pues de lo que nunca nadie podrá acusarme es de no ser cumplidor con mis compromisos, aunque, como el caso que nos ocupa, no sean muy legales que digamos —ilegalidad a la que hice mención pensando en el médico al que se cobra por su trabajo, pero no en lo delictivo de mi comportamiento. Al hacérseme presente éste, levanté la vista del tablero y escrutador me fijé en él. Absorto en el diseño de su jugada no parecía haberse percatado de ninguna ilegalidad.— En fin, lo dejé estar (me refiero a lo de las madres). Sabía que en

sus críticas había mucho de razones interesadas... Sí, el suyo fue un matrimonio largamente planificado. A falta de mejor vivienda optaron por la casa de Javi, donde los padres de éste pasarían a vivir en la planta baja y ella con él en la segunda; de este modo, aun siendo una la familia, habría la suficiente separación como para no verse constreñidos en sus deberes conyugales. No creo exagerar si digo que fue próximo al año lo que nos llevó (sí, nos llevó, porque fuimos Javi y yo quienes trabajamos rememorando los viejos tiempos de la caseta) hacer de la casa la nueva que ella quería. Cayeron tabiques, sacamos escombros, levantamos otras paredes, y al final la casa en su distribución interior quedó tan cambiada que parecía otra; no así las relaciones entre nosotros tres que continuaron siendo las mismas de hacía años, es decir: él preferiéndola a ella, yo preferiéndolo a él, y ella... No sé; es difícil saberlo. En aquellos momentos Javi era macho ya domado, y en cambio yo lo seguía siendo en estado salvaje, lo mismo que cuando de crío le zurraba la badana, si bien ahora con el comedimiento de la inocencia perdida. Tal vez sea morbo decirlo, pero pienso era como el torero que se debate entre la elección de un toro bravo u otro manso. Con el primero se corre el riesgo de ser corneado, pero también por esto las posibilidades de gloria son mayores; con el segundo no hay peligro, y a falta de éste tampoco mérito de la faena que se haga con él. De este quererme y no quererme me daba cuenta en su forma de mirarme, en su decirme sin decir: sí pero no. Sí por su instinto de mujer que la llevaba a desear domarme, y no porque teniendo a Javi a punto de hacerlo su marido, no estaba dispuesta a asumir el riesgo que toda doma lleva consigo. Yo en todo esto, la verdad, me sentía alagado como toro bravo que levanta pasiones en cuantos lo ven, pero como no animal que soy pienso y veía la razón oculta de esa pasión, que no es otra que la del torero que ama al toro sólo en la medida que sirve a sus intereses, y, en consecuencia, me mantenía apartado de ella. Oh, pero qué difícil me lo puso cuando por iniciativa de ella Javi me pidió que fuera su padrino de boda. Naturalmente, de ella; pues Javi llevaba por madrina a su propia madre. —Comprendiendo que mi explicación se quedaba coja en cuanto a padres del otro sexo, creí conveniente informar sobre

el paradero de quien debiera haber ocupado mi puesto de padrino—: Porque se dice, y yo lo creo, que si se quedó tan joven huérfana de padre fue por culpa de la madre, que no paraba de exigirle más de lo que pudo dar... Así que ahí me tienes en la iglesia donde de críos jugábamos al frontón, cogida ella de mi brazo, haciendo camino hacia el altar al compás de la marcha nupcial. Algunos despistados, creyéndome el novio, pedían por lo bajinis explicación de lo contrario que es al protocolo estar donde yo estaba. ¿Pero dónde estaba yo? Por supuesto que corporalmente haciendo de padrino, pero ¿y en cuanto a sentimientos? Me es imposible decirlo. Era una confusa mezcla de pena por el amigo que llevaban al matadero, de rabia hacia ella y él por dejarme solo, de gusto por verme considerado por algunos novio... porque —me violenté en decirlo— aquel día estaba terriblemente hermosa. —Sí, y lo repito: terriblemente hermosa; y como no miento, no me importó ni me importa decir que sentí celos de Javi al oír el sí quiero de ella.— Era tanto el dolor que después, ya casados, durante el ágape me emborraché. No sé las tonterías que hice y dije, pero sí que desde entonces todos me recuerdan este día para dudar de la veracidad de mis afirmaciones.

Fue en este momento cuando llamaron a la puerta. Enfrascados que los dos estábamos en el juego y en mi contar, nos miramos sobresaltados (mucho más él que yo) tal preguntándonos quién podía ser. Haciéndole gesto de que no hablase me levanté lento en movimientos y me acerqué a la puerta donde con sigilo quise ver a través de la mirilla. No hizo falta porque una carta deslizándose hasta mis pies me reveló que era el cartero. Dejándole se fuera sin advertir de mi presencia, cogí ésta. La abrí: Era otra de tantas donde se me amenazaba con embargarme caso de no pagar.

Este hecho sería indigno de mención si no fuera por lo del sobresalto. Hasta mi nivel es normal que sucediera por la brusca interrupción que la llamada provocó en lo muy absortos que estábamos en lo que hacíamos, pero más allá sólo se explica cuando existen cargos de conciencia, o sea, motivos para sentirse culpable. Ya he dicho que como diablo que lo sabía a él también, ninguno de los dos estaba autorizado para juzgar, pero en este caso no se trataba de juzgar sino

de sobrevivir como tal diablo, y, en consecuencia, urgía saber sobre sus verdaderas intenciones. Ahora bien, ¿cómo obligarle a que me las dijera? A falta de argumento opté por lo que siempre hago en estos casos: no hablar. Y tras guardarme la carta en el bolsillo, me senté de nuevo.

En nuestro silencio (claramente en mi caso sin relación con el juego ya que no era a mí a quien tocaba mover pieza) me daba cuenta que el tipo más que pensar sobre la jugada a efectuar cavilaba sobre lo sucedido, concretamente en lo que respecta a la carta, pues estaba a la vista que era el cartero quien había llamado; al tiempo, yo le miraba como sabiendo de algo que él no sabía o, como mucho, dudaba sobre si sería en lo que pensaba. No quise insistir más cuando acalorado cogió la botella del anís, que yo antes había dejado en el suelo a su lado, y bebiendo a morro traspuso parte de su contenido justificándose en el calor que hacía. Estaba claro que no quería decir la verdad, pues por todos es bien sabido que las bebidas alcohólicas son contrarias al frío, pero no al calor.

Bastante ofendido por su negativa a hablar, máxime cuando le creía confraternizado conmigo, consideré que si yo continuaba también sin hacerlo sería imposible llegar a saber. Consecuente, retomé mis recuerdos.

—Como le estaba diciendo —dije, y lo repetí para dejar en claro que se había acabado eso del tutearnos—, desde aquel día en que yo me emborraché nadie cree en mi imparcialidad respecto a Javi y ella; se me considera demasiado involucrado como para no mentir —y cogiendo de entre sus manos la botella del anís la puse en el suelo a mi lado.— Pero bueno, no hay por qué preocuparse; ya somos bastante mayorcitos como para poder sacar nuestras propias conclusiones... Me quedé solo; Javi y ella se fueron de viaje de novios. Nada, sólo unas semanas... que se me hicieron eternas. Yo, que desde que había terminado mis estudios en el instituto no había hecho otra cosa que holgazanear (a no ser que se considere trabajo el intentar echarse una novia), me planteé seriamente en esos días qué hacer con mi vida. Aunque parezca extraño, o quizás por mi estado depresivo de aquellos momentos, los años pasados junto a los libros se me antojaban no tan malos, no tanto como para importarme seguir estudiando.

¿Pero el qué? Aquí estaba el problema, que no sabía nada acerca de mi vocación, de aquello que me gustaría hacer en el futuro. Bueno, algo sí sabía, y era que no quería acabar como Javi: trabajando en una siderurgia y sin libertad para hacer lo que me viniera en gana, cuestión esta que, como ya he dicho, me hizo quedarme en el punto en lo que respecta a la novia. Así es que, después de mucho meditarlo, decidí que lo mejor sería matricularme en filosofía mientras averiguaba mi verdadera vocación, pues resultase ésta la que resultase siempre lo estudiado me sería de utilidad siendo la filosofía ciencia de tan vasto campo de aplicación... De nuevo cojo el trolebús, pero ahora yendo a la universidad, y cuando regreso y paso por delante de la casa de Javi, sé que están ahí, que han regresado de su viaje de novios. Ya me ve: por la edad que tengo se dará cuenta que hablo de hace no más de doce o trece años. –Antes de continuar creí conveniente hacer un alto. Ahora me tocaba a mí mover pieza y el juego se había complicado bastante. Excepto el alfil y un peón, todas las piezas seguían pendientes de comer, pero en posiciones tan diferentes a las de partida que se hacía muy difícil diseñar estrategia donde comer sin ser comido. Pensé mucho, deseché otro tanto, y al final me decidí por un caballo que revolviéndose sobre sí mismo dejó las cosas más complicadas de lo que estaban.– Ya desde nada más bajar del tren en su regreso del viaje, pude darme cuenta (ido que yo había a la estación a recibirlos) de algo así como una metamorfosis, de algo que ha cambiado y que aunque no sé muy bien qué es la hace distinta. Vestía muy deportiva, sin una brizna de cosmética en la cara; alegre y parlanchina. No así Javi que apenas se reprimía en su malhumor alegando que estaba cansado y daba prisas por llegar a casa. Durante el trayecto, en mi no saber muy bien, ella me hablaba de los sitios en que habían estado, de la gente conocida, de mil y una historias, hasta que, cuando por fin llegamos, y mientras los padres alborozados abrazaban al hijo, percibí en su mirada, en el beso en la mejilla que aun siendo de despedida nunca antes me había dado, un decirme claramente: sí. Por esto, porque me ha dicho sí, no tengo ningún reparo de hacer un alto cuando de regreso de la universidad paso por delante de su casa. Llamo; no contestan.

Insisto. Y aparece ella asomándose por una de las ventanas de la segunda planta preguntando quién es. No hizo falta que se lo dijera porque al verme bajó corriendo a abrir la puerta. No, no crea que aquello fue echarnos en brazos el uno del otro; los dos sabíamos muy bien que entre nosotros estaba Javi... Estaba sola. Me hizo pasar. La seguí por el interior de la casa hasta el dormitorio de matrimonio, no por inconfesables razones, sino simplemente porque era ahí donde estaba haciendo la limpieza cuando yo llegué. Me contaba cosas, tal como cuando regresó del viaje, y en esto, al deshacer la cama para volverla a hacer, de repente calla. Me fijo más en ella, y aunque intenta que no vea, veo que está llorando. No sé qué pensará usted –le requerí al tipo por si había cambiado de opinión respecto al no hablar–, pero en mi caso la sorpresa me dejó sin pensamiento. Yo, que aunque metamorfoseada la creía feliz en su matrimonio, descubro que, si lo sigue siendo, no es como antes. Y pasan los minutos, y como ve que no hago ni digo nada, tan de repente como empezó, deja de llorar y vuelve a contarme cosas. –Callado que él seguía, creí conveniente explicarme más por si había cambiado de opinión respecto a mí.– Porque lo que ella no supo es que durante esos minutos recobré el pensamiento, la fortaleza de ánimo, que de un inicial deseo de haberla querido abrazar para consolarla y preguntarle por los motivos, pasé a acordarme de con quien me la estaba jugando y de la factura que habría de pagar caso de hacer realidad mis fantasías. Y que nadie diga que son prejuicios lo que sé que no lo es –sentencié. No obstante, comprendo lo difícil que a veces se nos hace creer en lo que no sentimos por nosotros mismos, y como lo comprendí hice esfuerzos para convencerle de la falsedad de aquellas lágrimas–: El sufrimiento es algo muy personal. Por esto no niego que una misma situación puede hacer a unos llorar y a otros no. Ahora bien, lo que sí niego es que se requiera la presencia de espectadores para ponerlo de manifiesto, pues a qué tanto interés de ser visto sino para sacar provecho de ello. Dudo que si el afligido supiera de antemano que de ser visto en su aflicción sufriría más, se dejara ver... Al poco llegó Javi, vestido con su mono de trabajo en la siderurgia. Aquél fue un recibimiento de no te menees. Se le echó ella al cuello con tal

avidez de caricias y besos que el otro, entre avergonzado y feliz, me miraba como no comprendiendo. Yo, cabizbajo, sonreía haciendo esfuerzos por no descubrirme, por no darle gusto a la zorra de ella de verme muerto de celos –dije sin poderme reprimir; me salió como cuando he hecho mención a la boda: con la sinceridad de lo espontáneo... Qué me importa lo que pueda ocurrirme. A largo plazo la verdad siempre triunfa.– Me fui. Como siempre solo; como siempre en que ella hubiera estado de por medio, profundamente dolido en mi amor propio; como siempre, también, desahogándome en mi intimidad... Pero la vida sigue; el tiempo se encarga de limar asperezas, sobre todo cuando sólo un pequeño prado separa dos casas. Era raro el día en que no la veía, si no saliendo o volviendo a su casa, en ésta asomándose por el balcón o alguna ventana o trajinando entre árboles frutales en la parte de atrás, (¿por qué he de ocultarlo?) porque yo ponía también de mi parte por verla. En mi caso era como esos locos amantes del riesgo; saben lo destructivo que éste puede llegar a ser, pero cuando no lo tienen lo buscan, y cuando lo encuentran disfrutan no dejándose atrapar. Así yo con ella: Cuando la tenía cerca sabía del peligro, pero una vez me separaba, la añoraba. Con su marido no era lo mismo, era lo que se dice un buen padre de familia, me refiero en cuanto a hogareño, pues en cuanto a padre el tiempo pasaba y no había manera de que el óvulo atrapase a alguno de sus espermatozoides. Y lo que ocurre: la gente empezó a decir que era porque no los tenía, porque siendo ella tan real hembra era imposible que no hubiera óvulo. Imagínese lo que supone para un hombre que encima tiene vocación de padre decirle que carece de espermatozoides; es el acabose. Pobre; si de novio me daba pena por verlo tan joven presumiendo de hombre hecho y derecho, ahora, ya mayor, me dio más cuando el urólogo le dijo que era cierto, que como padre no adoptivo no tenía nada que hacer. A raíz de este dictamen médico, yo dejé de creer para tener evidencia de que el amor entre ellos no era el de antes de casarse. De ser Javi el hombre al que cogido ella de su brazo se estiraba cual gallo de pelea, pasó a ir como encogido en ese coger, como deseando no estar donde por imperativo legal le correspondía estar, y todo esto sin que la acompa-

ñante hiciera lo más mínimo por ayudarlo, pues seguía con su gusto por todo aquello que pudiera incitar al sexo opuesto... Fue en un casual encuentro en el trolebús; yo volviendo de la universidad, ella no sé. Tan incitante la sentí que fueron varias las veces en que hube de ayudarme, discretamente con la mano desde el bolsillo del pantalón, en orientar el miembro hacia sitios que no lo hicieran tan visible. Seria, y a media voz para hacer secreta su confesión a demás viajeros, me hablaba de la desgracia que para su vocación de madre suponía el que Javi fuera estéril (y me miraba), porque si para una mujer es importante el casorio lo es más que nada por los hijos, pues bien les gustaría a ellas no tener que soportar a tanto hombre idiota como hay por el mundo (y me miraba otra vez). Yo, preocupado como estaba por lo del miembro, no sabía qué decir y callaba. No tuve la menor duda de su enfado cuando nada más bajar del trolebús me dio la espalda sin ni siquiera decirme adiós. Pero, y qué quería que hubiera hecho. ¿Haber fijado cita para darle unos cuantos de mis espermatozoides? Y cómo justificarnos después ante quien no teniéndolos era imposible que hubiera podido engendrar. Además, que de haber sido esto posible, tampoco yo estaba dispuesto a hacerle esta mala jugada a quien seguía siendo amigo mío —mala jugada que el tipo sí estuvo dispuesto a hacerme, pues como yo antes con mi peón su alfil, así ahora él me dio también peón a cambio de uno de mis caballos. Aunque no gustándome, hube de aceptar que era justo y no dije nada. Tras meditar largamente sobre mi siguiente jugada, moví pieza y proseguí—: Poco me lo agradeció Javi; aunque lo justifico por lo razonable de su excitación nerviosa. No se puede pedir tranquilidad cuando son demasiadas las bromas acerca de si quieren que le ayuden a dejar embarazada a su mujer. Por supuesto que yo no estaba entre quienes se las hacían, pero como hombres que eran éstos en su totalidad y hombre que soy yo, nos equiparaba en cuanto a envidiosos que con sumo agrado veríamos su muerte. El día en que me lo soltó de sopetón, me sentí tan dolido que hube de recordarle que fue él quien me dejó por ella, y no al revés. Ante semejante evidencia no le quedó más remedio que callarse, y, aunque me lo negara, sé que arrepentido por no haberme consultado en su

momento en lo referente al establecimiento de formalidad en su relación con ella; porque llegamos aquí a la pregunta de siempre: ¿De quién fue la culpa? A lo que yo respondo sin ningún género de dudas: De ella. Y si no me cree vaya y pregúnteselo a su madre, a la de Javi. Usted no sabe cómo chillaba acusándola a ella el día en que encontraron muerto a su hijo, en uno de los árboles frutales, ahorcado. Nadie, ni siquiera la policía —mención esta de profesión que al no producir ningún efecto de simpatía por identidad en quien, como he dicho en un principio, lo creía tal o periodista, me llevó a eliminarla de mi creencia—, pudo negar que no se tratara de un suicidio, y, sin embargo, la madre no paraba de implicar a la nuera en lo ocurrido. ¿Por qué? —No quise perder el tiempo respondiendo a lo que si él estaba interesado ya le había dicho a quien acudir.— Pobre amigo mío. Como cuando de críos, allí estábamos los tres, en la habitación que fue de los *cowboys* e indios y, a raíz de nuestra reforma, dormitorio conyugal, esperando a que llegaran los de la funeraria. Él sobre la cama con el mismo traje que vistió en su boda; yo, estudiante de filosofía que seguía siendo, meditando sobre la fugacidad de la vida; y ella..., ella gimoteaba preguntando a quien muerto no podía responder que por qué le había hecho esa mala jugada, que quién cuidaría de ella ahora. No fueron, desde luego, sus padres políticos. Malquistados como estaban con ella, no dejaron ni transcurrir una semana desde el entierro del hijo que la pusieron de patitas en la calle, sin que pudiese alegar nada, pues la casa era de su propiedad; me refiero de los padres.

Hasta aquí, como se ve, mi recordar abarcó el periodo de tiempo en el que la presencia de Javi mantuvo mi relación con ella fuera de la ley; quiero decir que siendo mi amigo quien formaliza su relación con ella como primero novio y después marido, yo me mantengo, al no serles permitida a las mujeres la polian-dria, fuera de esa formalidad, y, por tanto, sin posibilidad de infringir una ley a la que no estoy sujeto. Ahora bien, en lo que restaba de mi recordar yo sabía que, débil, me dejé introducir en la ley, y, en consecuencia, de lo que dijera podrían sacarse conclusiones que, aunque no totalmente compartidas por mí, me llevaran ante los tribunales. Prudente me callé y, mientras el tipo meditaba sobre

su jugada, me puse a pasear por la habitación, a mirar de vez en cuando por la ventada las ventanas vecinas del patio de luces.

Acabo de decir que después de la mención que hice de que ni siquiera la policía pudo negar que lo de Javi no fuera un suicidio, consideré que sólo quedaba la de periodista como profesión lo suficientemente cotilla como para querer saber sobre mi persona, y anteriormente he dicho también que las subidas de temperatura corporal del presunto periodista ante mis silencios de saber más de lo que él sabía, me hicieron ver que no era muy trigo limpio que digamos. Eran éstas, por tanto, circunstancias que como integrantes de las genéricas que acompañan al yo en el dicho filosófico de «yo y mis circunstancias», debería tener más en cuenta a partir de ahora si quería hacer inviable la posibilidad manifestada de mi comparecencia ante los tribunales, aun sabiendo que a largo plazo la verdad siempre triunfa. En base a este razonamiento me estrujaba los sesos intentando diseñar una estrategia de actuación para lo que restaba de mi recordar, pero, al igual que ocurre con el ajedrez, se me hacía muy difícil por no conocer de antemano las reacciones de mi contrincante a lo que yo pudiera contarle. Pensé mucho, deseché otro tanto, y al final la alegre advertencia del tipo de que acababa de comérsese el otro caballo me hizo volver a la realidad.

Me senté otra vez, tengo que reconocerlo: indignado por el abuso que suponía haberseme comido mientras paseaba distraído en mis elucubraciones. Tras hacerme cargo de la nueva situación y mover pieza, decidí que lo mejor sería dejarme de tantas complicaciones y seguir contando hasta el final. Sólo así podría llegar a saber sin ningún género de dudas.

—Por este tiempo mis padres aún vivían...; oh, y cómo los echo a faltar aún hoy en día, porque no hay amor más grande que el de los padres. En mi caso fueron la comprensión, el cariño que nunca faltaba aunque lo hicieran otros, tuvieran o no estos últimos razones para no quererme, ya se tratase, por ejemplo, de los perjudicados por mis travesuras de crío o de Javi y ella prefiriéndose el uno al otro en vez de a mí. La tristeza siempre encontró en su amor un bálsamo para curarla... hasta que murieron. Primero fue mi madre, y al poco mi padre.

Sólo quienes tengan una personalidad enfermiza podrán comprenderme, podrán saber lo que es el dolor buscándose a sí mismo para hacerse más dolor, en el cementerio, paseando entre tumbas, horas y horas, hasta que el sepulturero me avisaba de que debía irme, que iban a cerrar; y entonces regresaba, haciendo más tristeza por la compañía que dejaba atrás, viendo en el declinar del sol las tinieblas de la noche para cuando llegara a casa. Y llegar a ésta, abrir la puerta, y saber que no hay nadie esperando dentro... En estas condiciones no es de extrañar que me acordara de ella, de quien aun sabiéndola peligrosa confiaba en que hubiera cambiado en su gusto por incitar, o, de no ser así, al menos me siguiese suspirando como padre de sus hijos; sí: de sus hijos, pues yo, al igual ayer que hoy, no me considero tan perfecto como para desear que mis hijos se me parezcan... Desde que la echaron los padres de Javi, no sabía nada de ella, y habían transcurrido más de dos años. Tuve que preguntar mucho antes de dar con su paradero. Vivía con su madre kilómetros en dirección contraria de donde la carretera daba la vuelta, concretamente donde el instituto, la universidad, donde las casas y bloques de viviendas son tantos y tan cerca unos de otros que han hecho del verde campo una ciudad, más o menos como ésta la nuestra. El día en que me decidí ir a verla recuerdo que estaba muy nervioso, tanto que hube de ayudarme con una copita de anís –hice pública esta mi necesidad sin ningún tipo de reparo, pues lo sabía a él igual de dependiente–. Era su piso de protección oficial, por supuestísimo que mucho peor que la casa que había conocido como esposa de Javi, o por semejanza la mía. Al verme me reconoció enseguida, y en la suave sonrisa con que lo hizo quise adivinar que no me guardaba rencor, que algo quedaba de aquel suspirar por mi persona. Después de tantos meses de un continuo sufrimiento, aquello fue para mí como el rasgarse de las nubes tras la tormenta, como el ver un rayo de luz que me otorga esperanza de cara al futuro. Yo sé que ella se dio cuenta, a pesar de que nada le dije del motivo de mi visita. Hablamos, eso sí, de los tiempos pasados, de cómo nos iban las cosas, que en mi caso era que no hacía nada, ni siquiera estudiar, porque mis padres (a pregunta de ella interesándose por el origen del dinero que

como cualquier mortal a buen seguro necesitaría para vivir), aunque no lo pareciera, tenían el riñón bien cubierto y me lo dejaron todo. –El tipo, que en ese momento estaba disponiéndose a mover pieza, se contuvo y miró en derredor como buscando la herencia que no veía. Hube de advertirle que esperara, que ya vería.– Nos despedimos prometiéndonos volvernos a ver. En honor de la verdad he de decir que en este nuestro primer reencuentro la encontré algo desmejorada, aunque no me importó, pues lo consideraba pérdida de su gusto por incitar, de obligarme a competir por ella. Así, sin prisas (por no requerirlo la competencia ni ser yo hombre al que le guste la velocidad), hice de nuestro compromiso de volvernos a ver un vernos cuando me apetecía, y digo me apetecía no por ningún tipo de discriminación, sino simplemente porque era yo el que iba a verla, y no al revés. Pasaba (ya fuera con o sin casualidad) por delante de su casa y llamaba: Que estaba, subía a verla; que no, lo dejaba para otra ocasión. Fue este un período muy grato para mí, un período donde recobré (salvedad hecha de lo enfermizo de mi personalidad) el equilibrio emocional que había tenido en vida de mis padres... Pero, como ya he dicho, yo sé que ella se dio cuenta de que la necesitaba, aunque también sé que nunca comprendió mi forma de necesitarla. Acostumbrada como estaba desde pequeña a ver en el hombre un semental, nos trató siempre como a animales a los que la hembra puede dominar exclusivamente a través del coño en beneficio propio, beneficio en el que residía el placer que el sexo le reportaba; es decir, no era el pene en sí lo que la producía placer, sino el hecho de doblegarlo a su voluntad, de sentirlo necesitado de ella. Por esto en mi caso, aunque sé que nunca me comprendió, también sé que no por ello dejó de sentir placer sexual... Empezó no estando en casa tan habitualmente como antes estaba, hasta que, viéndome seguir en el mismo plan de siempre, dejó de estar totalmente. No diré que yo no me daba cuenta de lo que sucedía, que sí me di cuenta desde casi nada más empezar a no estar, lo que ocurre es que temía, de perderla a ella, volver a lo de la muerte de mis padres, y así como en vida de éstos sus artimañas no tuvieron nada que hacer, ahora sí que me hicieron esperar durante días enteros frente a su

casa hasta que de nuevo nos vimos, saliendo ella de ésta, de donde poco antes su madre me había dicho que no estaba. Ante la evidencia de la mentira no tuvo más remedio que confesar, me refiero a la no permanente ausencia de su casa, pues en cuanto al motivo de la mentira siguió mintiendo. Según ella era porque, aunque bien le gustaría poder seguir viéndonos sin ningún compromiso por parte de los dos, la gente es como es y no permite a las mujeres lo que a cualquier hombre, no permiso que, a mi requerimiento de que concretase al respecto, resultó ser lo del casorio. Oírsele decir no me dio rabia, que ya me la había dado y mucho cuando empezó a poner trabas a mis visitas, sino que hasta incluso me hizo gracia por lo que de esperado tenía. Le hablé entonces del amor, de que yo quería ser para ella más que un marido, quería que fuéramos compañeros, amigos del alma donde poder descansar de tanta mentira como hay por el mundo (y no me miraba), porque todo en este mundo tiene su precio excepto el amor verdadero (y seguía sin mirarme). Apenado hube de aceptar que si quería seguir teniéndola a mi lado habría de casarme con ella... El nuestro no fue un matrimonio largamente planificado como el suyo anterior con Javi. Convinimos rápidamente en irnos a vivir a mi casa, los tres, incluida la madre, pues no era cuestión de dejarla sola traspasándole la tristeza de cuando yo lo estuve. En cuanto al lugar donde cumplimentamos las formalidades de la boda tampoco fue el mismo: el juzgado sustituyó a la iglesia, no por mi voluntad, que soy creyente, sino porque ella lo dispuso así alegando que le daba reparo prometerme fidelidad ante el altar habiéndosela prometido a Javi, reparo del que no conseguí liberarla por más que le hablé de que eso es hasta que la muerte separa a los contrayentes. En fin, por no ser lo mismo ni siquiera el viaje de novios lo fue, pues no lo hubo; cómo haberlo si nunca fuimos novios, si lo nuestro fue pasar de una relación sin compromisos a otra en que los hay con sus correspondientes leyes. Así, ya marido y mujer y suegra, lo celebramos en un restaurante con una comilona que nos tuvo ocupados hasta bien entrada la tarde en que, cogiendo un taxi, me las llevé a las dos a mi casa. Tengo que reconocerlo: era tan feliz que me censuré no haberme casado antes. Al llegar la noche, nuestra madre, con

suma discreción, nos dejó solos; sabía que la intimidad es necesaria en cualquier entrega de espermatozoides. Yo se lo agradecí. –El tipo me miraba con la boca abierta, sin duda ansioso porque le explicase lo que siguió al agradecimiento.– Nada . Dejado que la había a ella, mi mujer, para que se preparase en nuestro dormitorio, esperé fuera hasta que pasado un tiempo prudencial entré yo. Acostada de lado en la cama apenas se dejaba ver el cogote. Sonreí pensando se trataba de un exceso de pudor (para que vea hasta dónde llega la ceguera del amor) –advertí por lo que de contrario hay entre el pudor y el gusto, no por disminuido inexistente, por incitar– y no dije nada. Me desnudé a mi vez, y al pedirle que se hiciera a un lado para poderme acostar yo también, en su no hacerme caso la destapé en parte. Estaba dormida... Sí, fue una desagradable sorpresa que me heló el corazón, que cortó en seco la felicidad que tenía. Nunca lo hubiera creído de no haberlo visto; si bien es cierto que al poco rato dejé de creerlo al pensar que habíamos tenido un día muy ajetreado y que ella, cansada, no había podido resistirse al sueño. Más tranquilo, y recobrada en parte mi felicidad, me dormí. –Tal vez fue por vengarse de la desilusión que mi explicación le produjo, tal vez por el propio discurrir de la partida, no sé; lo cierto es que, uno tras otro, dos de mis peones fueron comidos.– Al día siguiente mi felicidad se recobró del todo, no porque ella suspirase por mi amor, sino porque enferma (treinta y siete y medio marcaba el termómetro) confirmó mi creencia de lo ajetreado del día anterior. Amoroso le llevé el desayuno a la cama obligándola a tomárselo. Más tarde, al encontrarme con mi madre política (no sé ahora, pero entonces no era mujer de mucho madrugar) la puse al corriente del estado de su hija. Para mi sorpresa, no pareció alarmarse; según ella estas cosas pasaban cuando... No me lo quiso decir porque viendo en mi cara la extrañeza que me causaba no verla correr hacia la habitación donde estaba la hija, lo hizo, aunque con retraso y sin correr. Así me tuvieron, madre e hija, durante varios días no queriéndome decir cuándo pasaban aquellas cosas, hasta que obligadas por mi creciente insistencia al ver que mi amada esposa no mejoraba, me hicieron saber que aquellas cosas pasaban cuando, como

consecuencia de lo mal que lo habían pasado desde la desaparición de Javi, el piso donde vivían hasta mi providencial llegada estaba hipotecado y a punto de ser embargado. Saberlo me puso de malhumor por lo que tenía de falta de confianza. ¿Es que a esas alturas todavía seguían sin darse cuenta de lo importante que ellas eran para mí, de que sus penas eran mis penas y sus alegrías las mías? Raudamente me dispuse a demostrárselo. Exactamente la deuda ascendía a siete millones ciento treinta y cinco mil pesetas, o sea, cuarenta y dos mil ochocientos ochenta y dos euros con veintiún céntimos. –Tanta precisión sorprendió a mi contrincante.– Sí, son cifras que hube de revisar una y otra vez, después, cuando fui yo el embargado. Lo pagué a tocateja y sin recibo, quiero decir sin recibo en cuanto a la entrega del dinero que yo le di a esa bruja, la madre de mi ex –un escalofrío sacudió todo mi cuerpo al hacerme visible el suyo sin vida–, para que recobrase la entera propiedad de su piso –concluí con voz apenas audible.

De nuevo me daba cuenta, ya tarde, de otra de mis malas ocurrencias. Si entre mi mujer y yo nunca hubo divorcio, cómo llamarla ex sin saber de su muerte. Nervioso, hice ademán de ir a coger la botella del anís que estaba a mi lado, pero me contuve. Aunque entre nosotros dos no había secretos en cuanto a la necesidad que teníamos de las bebidas alcohólicas, sí los había en los motivos que provocaban la ansiedad que hace de esas bebidas necesidad. Ante esta situación, me vi encerrado en el retrete con el ataque de pánico que, de no hallar una rápida solución, llevaba trazas de repetirse otra vez. Y la idea vino, sabiéndolo a él periodista, recordándome que era pública la desaparición de ella. Con prisas me levanté y, cogiendo el transistor, busqué entre las emisoras... Oh, aquella voz hablando de que la joven mujer desaparecida hacía semanas había sido hallada muerta, fue mi salvación.

–Ve –le dije al tipo sin poder ocultar mi alegría–, por esto la he llamado ex, porque lo sospechaba.

Atentos, seguimos escuchando. «El cuerpo, en avanzado estado de descomposición y con síntomas de haber sido golpeado –informaba la voz–, ha

sido hallado en un pequeño bosque de eucaliptos junto a la marisma. De momento habrá que esperar a lo que la autopsia diga, pero todo parece indicar que se trata de un asesinato. Seguiremos informando.» Tras apagar el transistor, volví a mi asiento.

–Y qué quiere que le diga –pregunté mirando la mirada de sorpresa de mi contrincante que ya no sabía si era por la exactitud de mis cifras o por mi alegría–, ¿que me apena saberlo? Pues no; lo siento. Quien a hierro mata a hierro muere... Resumiendo, siete millones largos –quité precisión en un intento porque dejara de sorprenderse– de mi propiedad pasaron a serlo de la madre, que aunque común (como no paraba de recordarme mi mujer), lo era más de ella que mía. Por lo demás, las cosas siguieron estando como estaban, o sea, sin yo poderme estrenar como donante de espermatozoides. Pasaban los días, y nada. Que si hoy porque sigo estando enferma, o mañana porque tengo la regla, yo no consigo estrenarme. Y es lo que me decía: que una cosa es no ser un obseso del sexo, y otra muy distinta que no te dejen ni probar. Consecuencia de esto fue que mi felicidad empezó a dar paso al enfado, a echarle en cara su falsedad en lo habido entre ella y yo en vida de Javi. Pero ¿realmente hubo engaño? No, ya he dicho que no. Lo que ocurre es que el contexto ha cambiado. De ser antes uno en el que no sabe de estrecheces económicas, es ahora otro en que sí sabe. El fin sigue siendo el mismo: domar al macho, pero con el añadido ahora de que si por cualquier circunstancia el macho se va, el establo quede en poder de la domadora. En cuanto al tipo de doma depende de la personalidad del macho en cuestión; no es lo mismo uno con mucha producción de testosterona que otro con menos. Ahora bien (me repito en lo dicho del pene), lo importante no es esto, lo importante es mantener el punto exacto de necesidad de dependencia de su coño. En el primer caso no hay cuidado de qué y cuánto se le dé de comer porque el hambre es tanta que nunca pierde el apetito; sin embargo con el segundo hay que andarse con mucho tiento, pues enseguida que se harta puede llegar incluso hasta aborrecer, dando al traste con todo el trabajo de doma efectuado. Es mi caso. Ella conoce mi nivel de producción de testosterona desde

siempre, de cuando críos era Javi quien iba detrás de ella y no yo, y de cuando siendo esposa de éste quiso que yo cubriera las deficiencias del marido; y de este conocimiento ha sacado sus conclusiones: no darme ni lo mínimo, lo cual no significa ni tampoco alguna carantoña de vez en cuando, sobre todo si previo al vez en cuando ha habido un comportamiento como el de pagar la hipoteca. Pero no, desdichado que soy no consigue deshacerse de mi enfado, y, enfadada a su vez, me echa en cara mi falsedad, de que siendo su actuar el mismo al de cuando viuda esperaba a que me apeteciera para vernos, no hago más que mortificarla. Y qué quiere que le diga –volví a preguntar. Entristecido al ver que después de todo lo hablado el tipo no sabía qué responder, tentado estuve de dar por concluidos mis recuerdos. Tras unos segundos de vacilación, sólo mi curiosidad acerca de los motivos que en él habían provocado estados de ansiedad similares a los míos, me hizo superar la tentación. A falta de otro que respondiera, lo hice yo–: El amor que se paga no es amor, a eso se le llama puterío; y me importa un bledo que el pago se haga en metálico, en especie o de cualquier otra forma. Sin duda que su actuar era el mismo, pero no el mío que ahora pagaba manteniéndolas a ellas. Oh, qué diferente habría sido nuestra relación si yo hubiera visto en ella un dar desinteresado, un dárseme sin pedir nada a cambio. Entonces sí que me habría dejado matar por ella..., porque, aunque nunca nadie me ha creído, yo sé que lo intentaba. Claramente me lo dijo en una de nuestras discusiones: que no me llevase a engaño, que ella ya no era la mujer ingenua de cuando Javi y que estaba dispuesta a morir matando antes de que la volvieran a poner de patitas en la calle. Oírsele me puso la carne de gallina, por triple motivo: uno, porque si a sí misma se consideraba ingenua en el tiempo en que yo la tuve por peligrosa, qué no sería ahora; dos, porque sin darme cuenta de lo que hacía obligado por las circunstancias, el peligro lo había metido en mi propia casa; tres, porque siendo ésta de mi entera propiedad, era yo el amenazado. A todo esto la madre, en el deterioro de nuestras relaciones, pasó de mantener una posición neutral por considerarme tan hijo como su propia hija en agradecimiento a los muchos favores que le había hecho, a hacer causa común

con quien al fin y al cabo era carne de su carne. No me dejaron otra salida que la de plantearme seriamente cómo volver a la situación de antes, a cuando solo no estaba tan mal acompañado. Pronto lo decidí: el divorcio era la mejor opción. Se lo propuse convencido de que lo aceptaría por compartir la opinión de lo mal que nos acompañábamos, pero para mi asombro dijo que no, que si me había creído que era tonta, que a ella nunca nadie la echaría de nuestra casa. Estaba claro: la casa era de mi exclusiva propiedad, pero también yo lo era de ella, y, por tanto, podía exigirme al respecto. Recuerdo que en mi desesperación me mordía los puños, ya no de rabia, sino de ira por haber sido tan idiota de dejarme atrapar... (recordé mis compromisos firmados en el juzgado) por ella, que no la madre. Un proyecto de liberación calmó en parte mis ánimos. Consistía en mandar a la madre de vuelta a su piso de protección oficial, dando la oportunidad a la hija de hacer otro tanto a cambio de yo olvidarme de mis siete millones. Qué ingenuo. De la madre sí que me liberé, y también de mi dinero que sin justificante con que poder reclamarlo se fue con ella, pero no de la hija que tan segura estaba de sus derechos para conmigo. Con todo no lo consideré un fracaso –opiné molesto y pensando lo contrario respecto a la torre que con su reina me echó abajo–. Roto el frente de batalla que entre las dos formaban, la victoria se me prometía más fácil. Estaba equivocado. Atrincherada en el que había sido también mi dormitorio hasta el día en que coherente con mi propuesta de divorcio la dejé sola, sólo deambulaba por el resto de la casa lo imprescindible, como ir a la cocina a prepararse su comida, que no la mía, o al aseo. Eso sí, todas las tardes se iba a ver a la madre (lo estoy viendo) para darle el parte de guerra y decidir plan para el día siguiente. En estas condiciones, como comprenderá, la guerra entró en una fase de letargo de la que nunca habríamos salido de no ser porque viéndome adaptado a ella creyó que debía hacer algo para de nuevo violentarme, hacerme sufrir. Sin embargo, la tarde en que lo hizo, para según costumbre ir a casa de la madre, no me molestó verla como no la veía desde aquel lejano día del trolebús en que hube de ayudarme en orientar el miembro, y no me molestó porque después de los pocos meses

durmiendo juntos en castidad y muchos más mal conviviendo bajo el mismo techo, conocía de ella lo que no conocía cuando el miembro se me sublevaba, esto es: la mala leche que llevaba dentro. Sin duda contrariada por mi falta de respuesta en cuanto a provocarme a celos, dejó su traje de vampiresa en el armario... escasos días, sólo los suficientes para recuperarse y contraatacar de nuevo. Nunca antes había vuelto tan tarde, al menos nunca después de yo acostarme. La primera noche no sé exactamente a qué hora lo hizo, pues dormido no me enteré de su llegada. La segunda sí recuerdo que eran más de las dos cuando reloj en mano la oí llegar. La tercera...; aquella tercera noche ya no pude aguantar más. Aun dando por hecho que era a la madre a quien iba a ver, me extrañaba que ésta la retuviera hasta horas en que ambas sabían que el trolebús no prestaba servicio y la obligaba, a falta de coche propio, a coger un taxi; a no ser que alguien se le ofreciera a traerla. De pie junto a una de las ventanas que dan vista a la carretera, esperé paciente, en la oscuridad, en el silencio que roto de tarde en tarde me hacía mirar mejor por si era el de su coche. No hizo falta que mirara mucho cuando en el acercarse de uno disminuyendo de velocidad la adiviné en él. No era un taxi; sí un coche mejor que los de medio pelo. Parado frente a la ventana donde yo estaba, con los faros encendidos y el motor al ralentí, no parecían tener la prisa que yo tenía por verla a ella. Al rato salió, cruzó el corto sendero y, tras enviar un beso con la mano a quien o quienes dentro del coche en ningún momento pude ver, entró en casa al tiempo que aquél daba la vuelta para irse por donde había venido, o sea, en dirección a casa de la madre. Si esto fue así, tal como lo digo, por qué entonces se fijó en mi mente la idea de que el acompañante era uno, varón, aproximadamente de mi edad y más agraciado de físico. No sé... Bueno, sí; sí que lo sé. Es por lo de siempre, por la poca confianza que tengo en mí mismo, por pensar que sólo aquello que nadie quiere o ello me quiere a mí merece mi esfuerzo por conseguirlo, pues si la competencia aparece o ello no me quiere llevo todas las de perder. Nada sabía del tipo aquel —reconocí mi ignorancia mirándolo a él—, y sin embargo daba por hecho que era mejor que yo. Pero

mejor en qué. ¿En conseguir el amor interesado y pesetero de mi mujer con un coche que yo me había negado en su momento a comprarle por considerarlo excesivo gasto después de lo hecho con la hipoteca de la madre? Qué absurdo. Si era por esto, no tenía por qué entristecerme, sino todo lo contrario: alegrarme de que por fin hubiera alguien capaz de liberarme de semejante arpía. Aquella noche dormí como hacía noches que no dormía... Ilusionado con esta esperanza dejé pasar los días sin preocuparme lo más mínimo de sus llegadas nocturnas, hasta que tantos pasaron que empecé a preocuparme. No era lógico que encontrado el amor de su vida no me lo dijera aceptando mi propuesta de divorcio... (me sorprendí a mí mismo por lo poco que de novedoso tenía) que le hubiera supuesto la pérdida de sus derechos sobre un patrimonio de mi exclusiva propiedad. Como ve, mis ansias por desprenderme de mi mujer eran tantas que hasta me olvidaba de lo más evidente. Comprendí que, si quería obtener el divorcio, no me quedaba otra solución que la de implicarme personalmente en el aporte de pruebas fehacientes frente a terceros de su flagrante delito de adulterio... Ya he dicho que aquella tercera noche sólo supe de alguien que conducía el coche, pero nada más. Pues bien, en estas siguientes seguí sabiendo lo mismo. Los faros me deslumbraban impidiendo que viera en su interior con mi cámara de fotos; y no era cuestión de salir de la casa para ver de más cerca, pues precavidos dejarían de hacer lo que estuvieran haciendo, con lo que mi foto carecería de validez como prueba al no ser delito que una mujer esté junto a un hombre por muy casada que esté. Consideré, por tanto, que dado que el coche sólo era usado para volver, debía ir yo a donde la casa de la madre, por dos motivos: primero, porque siendo de día no tendría dificultades de visión; segundo, porque de este modo podría seguir sus pasos, cámara en ristre, desde un principio. Así dispuesto, me planté una tarde allí, discretamente confundido entre la gente de un bar cercano. Como preveía, la vi llegar; sola. Llamó al timbre, le abrieron la puerta y entró en donde sabía, de mi época de visitante esporádico, están las escaleras para subir, entre otros, al piso de la madre. Pasan las horas, cañas de cerveza del barril a mi estómago, parroquianos cada vez

menos, y nada: ella no sale. Cierran el bar, me cobijo en el portal de la casa de al lado, miro por centésima vez el reloj: son las dos. Sí tengo que reconocerlo, a pesar de su puntualidad me sorprendió, y mucho, verlas salir, madre e hija, sin la presencia de un hombre. Las seguí por la calle a prudente distancia; mirando ellas entre los coches allí aparcados. No tuve la menor duda de quién iba a ser el conductor cuando subieron en el que ya conocía. Sumamente contrariado, aquella noche llegué yo a casa en taxi y más tarde que ella... Frustración es la palabra que define todo lo que yo sentía en aquellos momentos, pero no la frustración de cuando Javi la prefería a ella o ella le prefería a él, sino frustración por no existir el amor que yo esperaba me liberara de ella. Era una frustración callada, asumida por lo que de imposible hay en dar marcha atrás en el tiempo. Legalmente estábamos casados, y, a falta de un común acuerdo, sólo la muerte podía separarnos. –Sabiéndola muerta, sonreí feliz. Dándome cuenta del asombro que mi alegría provocaba en quien como contrincante en el juego acababa de comérseme un alfil, se lo expliqué–: No se puede pedir a la víctima que llore la muerte de su verdugo, y en nuestro caso el victimado era yo, mediante un castigo sutil, sin marcas visibles a los ojos del mundo pero eficaz en poder destructivo; era como el morder del vampiro que quita la vida chupando la sangre y sin más señal que los dos minúsculos pinchacitos de sus colmillos. No obstante, sufrido que soy, creo que hubiese requerido de demasiados años para acabar con mi vida. Y qué, además, si lo lograba. No sé mucho de leyes, pero yo tenía hecho testamento (y así se lo había dicho) en el que ella no aparecía por ninguna parte. Mucho debió pensar para idear el plan que le permitió hacerse con mi patrimonio y en contra de mi voluntad... Recuerdo que todo empezó a raíz de que yo le preguntara, haciendo como si no supiera, por su amante. Me miró fijamente a los ojos como no dando crédito a lo que veía: No provocarme a celos con su traje de vampiresa era grave, pero seguir sin hacerlo con el traje y un amante era gravísimo, era ser de todo menos un hombre. Rabiosa me lo dijo, que ella hacía tiempo que sabía que conmigo no tenía nada que hacer porque era maricón, porque me gustaba que me diesen por

el culo. Decir que fue ira lo que se apoderó de mí es no decir nada. Fue pegarle un puñetazo en su asquerosa boca y esperar. Pero no, como arpía que era era incapaz de retractarse, de pedir perdón. Histérica se abalanzó con sus largas uñas pintadas de rojo buscando mi sangre, herirme en la cara. Se lo impedí sujetando con mis manos sus brazos, y en su violento empeño en lograrlo y yo no dejarla, sus gritos de rabia volvieron a los insultos de antes. Entonces sí que ya yo me descontrolé. Golpeaba ciego; ¡gritaba, ahogando los suyos en lágrimas, que era una puta, que nunca conseguiría dominarme, que yo era demasiado hombre para un coño como el suyo. Y golpeaba, golpeaba frenético queriendo destruir, matar! –me convulsionaba con la excitación de mis recuerdos–. Sin duda lo hubiera logrado de no llegar la policía.

El tipo, que me miraba asustado por la violencia de mis gesticulaciones intentando plasmar con todo su dramatismo lo habido entre mi mujer y yo, suspiró aliviado al decirle que llegó la policía. Sonreí, aunque no mucho. En mi excitación también estaba el hecho de que aprovechándose de los descuidos provocados por mi recordar, ya eran muchas las piezas que se me había comido y empezaba a darme cuenta de lo difícil que me iba a ser ganar la partida. Por otro lado, yo se lo estaba diciendo todo de mí y en cambio él no soltaba prenda. Excepto que era un periodista no muy trigo limpio, nada más sabía, y, sólo fuera por mero instinto de supervivencia, yo también estaba interesado en conocer de sus desmanes y poder decir eso de «y tú más».

Me levanté. Tenía la boca seca de tanto hablar.

No me preocupaba, sin embargo, haber llegado en mis recuerdos hasta el desagradable suceso que acabo de narrar, no ya porque yo lo considero acto de legítima defensa, sino porque para quienes no lo consideraron así pagué mi deuda. Por si acaso el tipo era de estos últimos, no quise dejar ésta sin que supiera que por pagada había dejado de ser deuda.

Tras beber un vaso de agua en la fregadera y sentarme de nuevo, me dispuse a hacérselo saber:

–Me detuvieron. Como puede imaginarse mis destrozos fueron tantos y tan visibles que necesariamente hube de ser juzgado. A falta de letrado que me defendiera, el colegio de abogados me designó uno en turno de solvente. No pude por menos que disgustarme al ver que era mujer; por experiencia sabía que, excepto como madres, no hay que esperar mucho de ellas. Me preguntaba sobre lo sucedido y yo apenas contestaba. Para qué, si dijera lo que dijera nunca aceptaría que no siempre la culpa es de los hombres. No sé, por tanto, cómo se las arregló para preparar mi defensa... Habían pasado dos años y de nuevo regresaba, aunque a distinto juzgado, al lugar en donde me casé. Entré en la sala; estaba abarrotada de gente, la mayoría mujeres. Uno de los policías que me acompañaban me quitó las esposas y me senté esperando empezara el juicio. Fue en esta espera cuando, en un instintivo volverme, las vi, madre e hija, en uno de los primeros bancos de donde estaba el público. Fueron segundos, pero me atrevería a decir que en sus labios, en los de mi mujer, hubo algo así como una sonrisa, una sonrisa de victoria entre las muchas magulladuras que, a pesar del tiempo transcurrido, evidenciaban lo brutal de mi paliza. Y es que, aunque todavía nada se había dicho en el juicio, ella había conseguido con su plan que se celebrara... Mucho se habló. ¿Pruebas?: pocas pero contundentes, como la oportuna llegada de la policía alertada por una llamada anónima de mujer que, conociendo (según el fiscal) de lo mucho que estaba sufriendo la finalmente agredida como consecuencia del trato despótico y machista de su marido, vigilaba los pasos de éste desde hacía tiempo, porque blablablá, lo cual le llevaba a reclamar del jurado un castigo ejemplar para que los hombres como el acusado (o sea, yo) se dieran cuenta de una dichosa vez que las mujeres no son objeto de su propiedad sino personas que como iguales exigen del mismo respeto. Era un hombre (me fijé en el dedo anular de su mano izquierda) casado. Por lo que respecta a mi defensa, aun compartiendo plenamente lo del castigo ejemplar, tenía que admitir que el mío era un caso atípico. Yo no era persona de gustos violentos, lo que ocurría es que debido a mi personalidad enfermiza necesitaba de un apoyo emocional, es decir, de alguien en quien poder confiar

plenamente (y recalco lo de plenamente), porque sólo así me sentía seguro y, por tanto, capaz de darme a los demás siendo lo que era. Esto no significaba que sin ese apoyo no pudiera ser lo que era, sino que siéndome sumamente difícil la relación interpersonal, me recluía en soledad dejando de dar. Ella veía, pues, que yo soy por mí mismo de naturaleza solitaria que requiero de alguien que tome la iniciativa, si no totalmente sí al menos en parte, en cuanto a darme confianza para abrirme a él. ¿Y cómo lograr esa confianza? Muy sencillo: no mintiendo; sólo así yo no recelo de las intenciones de quien, al menos en parte, se me ha acercado, pues está claro que sólo mienten los que se acercan buscando algo bueno para ellos a costa tuya (o sea, mía). Dicho esto, venía la segunda parte de mi complicada personalidad, y era que esta persona sincera que había logrado ganarse mi confianza requería, además, ser humilde, en el sentido de ser capaz de reconocer de que así como yo estaba necesitado de ella en eso del apoyo emocional, ella lo estaba de mí en cuestiones de las que viéndome dotado me permitieran recuperarme de la baja autoestima que tenía por crearme de personalidad enfermiza. –De nuevo suspiró, aunque esta vez, mirando que estaba al tablero, como si fuera consecuencia de las muchas dudas que le embargaban acerca de la jugada a efectuar. Me di cuenta que mentía, pues ya he dicho que era yo el que lo tenía complicado y no él. Si tan cuesta arriba se le hacía comprenderme, bien fácil lo tenía: levantarse e irse. Los dos descansaríamos.– Y con esta recuperación –continuó, ya hasta las narices de tanto secretismo–, lograba imponer mi ego sobre el de quien sin su ayuda no lo habría conseguido, pues en el fondo yo era un egocéntrico. Pasó entonces a hablar de la relación entre mi mujer y yo, ambos egocéntricos pero requiriéndonos de diferente modo: yo a ella emocionalmente, ella a mí en cuestiones más materiales. Así las cosas, nos damos el uno al otro valorando lo que damos y recibimos en beneficio propio; es decir, doy pero no todo para no perder el control del otro que tiene lo que yo necesito, y en este no darlo todo acabamos peleándonos por ver quién domina a quién... A pesar de las evidentes lagunas de este análisis, lo consideré bastante acertado. Yo soy hombre de paz,

no me gusta la violencia; lo que pasa que a veces te lo ponen tan difícil que no te queda más remedio... Me dejaron con una mano delante y otra detrás. El jurado, tras reconocer lo necesitado que yo estaba de apoyo emocional, consideró que también mi mujer lo estaba de material (sobre todo a raíz de los daños que le ocasioné con mi paliza), y dado que las únicas personas legitimadas por ley para dar ese apoyo éramos nosotros mismos, fallaba que así se hiciera: primero yo indemnizándola en la medida de mis posibilidades (que fue todo, casa incluida), después ella si yo se lo requería... No se lo requerí. La dejé con su madre y me vine aquí, a donde ahora estamos.

Y se acabó. Tanto si le gustaba como si no, yo no estaba dispuesto a seguir contando, a seguir como hasta ahora en que a la chita callando el tipo había conseguido de mí lo que yo no de él.

Calculo en más de media hora el tiempo en que seguimos así: él callado, yo sin hablar. No sé en su caso en qué pensaba, pero en el mío era que sólo comiéndome su reina tenía algunas posibilidades de equilibrar la partida. ¿Pero cómo hacerlo? Ahora no era como al principio donde con todas las piezas sobre el tablero, y dos vasos de anís en su cuerpo, pude tentarle con un peón para yo comerme su alfil; ahora las piezas eran menos y, por tanto, más fáciles de controlar; a poco que quisiera engañarle enseguida se daría cuenta. Ante lo difícil del momento, estaba dudando sobre si darle otro vaso de anís, cuando de repente salió de su mutismo hablando de un caso que él conocía muy similar al mío. Gratamente sorprendido, dejé mis dudas aparte para prestarle atención.

Era cierto; su caso era tan similar al mío que, la verdad, me gustaba verme retratado, justificado por no ser el único.

—Sí —reconocí tras decirme que había acabado matando a su mujer—, a veces nos lo ponen tan difícil que no nos queda más remedio.

Oírme esto y levantarse de la cama fue todo uno. Tan bruscamente lo hizo que una pequeña grabadora cayó del interior de su chaqueta al suelo. La recogió con prisa; con mucha más salió de la habitación dejándome solo.

Anonadado, estuve durante horas y horas mirando al tablero, a lo que

sabía no tendría final. Anocheció. A través del tabique oí a la pareja de al lado suplicarse, en tono amoroso, la paz. Luz de luna entraba del patio de luces. No lo puede remediar: Lloré como no lo hacía desde crío.

*«Mía es la venganza, yo pagaré,
dice el Señor.»*

(Romanos 12.19)

Alma a la deriva

Nota del editor.-

Estando en proceso de reparación, un operario del astillero encontró la libreta que contiene este relato. Sólo el título y la reseña bíblica no es obra de su autor.

Le oigo gritar desde cubierta mi nombre, decirme que ya sólo faltó yo... ¿Será verdad, será posible que haya acabado también con el contraamaestre?... Debe serlo; no es posible que, vivo, callara como yo...

Sí, es preciso: escribir, escribirlo todo. No dejarme vencer por el miedo.

Llevo aquí desde anoche (aquí, en el camarote del capitán, en su armario ropero donde cuando intuyo que viene me escondo), desde que buscando auxilio porque me vio viéndole disponiéndose a tirar por la borda los cuerpos huí de su locura, del síndrome de abstinencia...; no, no de abstinencia. Cuando llegué al camarote la caja fuerte estaba abierta, y no me cabe la menor duda de que el *Viejo* la guardaba ahí, junto a la morfina del botiquín del barco. ¿Entonces? Entonces es que junto a la cocaína tiene ahora morfina...; y sigue gritando. Está loco, completamente loco.

¿Qué hacer? Dios mío, ¡ayúdame!

Es menos de la media mañana y llevo aquí desde anoche... No, esto ya lo he dicho.

Fue la semana pasada cuando Esteban me habló de que esnifaba cocaína. Me refiero Enrique, no Esteban (Esteban era el cocinero). Quizás fuera por rencillas entre ellos, no sé; lo cierto es que me lo dijo. Y yo después al capitán.

Bajamos los tres a su camarote; sabíamos que a esa hora estaba en su guardia en la sala de máquinas. El *Viejo* abrió la puerta con la llave maestra e iniciamos la búsqueda. Ninguno nos percatamos: Enrique llegaba oyendo a Esteban anunciar que la había encontrado. Creyó que sólo la cocaína; nosotros vimos que también la muerte cuando se desplomó por el bestial golpe que le asestó en la cabeza con la llave inglesa que llevaba consigo. No pudimos impedirlo; sí escapar en busca de ayuda.

Gritaba como ahora, sólo que entonces él era el que estaba solo.

Volvimos al poco con refuerzos suficientes como para encerrarle en su camarote y apropiarnos de la cocaína.

Esto fue la semana pasada, a otra de navegación desde que salimos de San Francisco con rumbo a Tokio. Hoy es 13 de Diciembre.

Sé que se sabe: el día, la muerte de Esteban, las causas que la provocaron. El *Viejo* tuvo tiempo más que suficiente para comunicarlo por radio. Escribo por lo que no se sabe, por si... ¡No!; antes habrá de encontrarme.

Así estuvo, encerrado en el camarote durante días. Le oíamos, al acercarnos a éste, aullar su abstinencia, suplicar llorando, ofrecer la vida entera por una raya de coca. Pero la orden fue tajante: ni siquiera un vaso de vino; sólo agua y la comida del rancho (el camarero se hizo cargo del trabajo de hacerla). Se la suministrábamos por la abertura que quedó tras quitar a martillazos la rejilla del respiradero que hay en los bajos de las puertas. Aunque éramos más, no nos fiábamos... ¿Cómo es que ya no le oigo?

...

He creído que volvía. Pero no, estaba equivocado, sigue en cubierta; ahora en el castillo de proa. Es buen sitio este el camarote del capitán: bajo el puente de mando, con portillos por donde ver la cubierta con discreción tras las cortinas, y una sola escalera para llegar subiendo. Sí, no me moveré de aquí...

De haber seguido como hasta ese momento hubiéramos llegado a Tokio sin ningún contratiempo, exceptuando lo dicho porque lo que creímos fallecimiento del cocainómano (llevaba más de un día sin gritar, sin tocar la comida, sin dar señales de vida) no fue tal, sino simple estrategia para obligarnos a abrir la puerta y entrar y mirar. Tan seguros estábamos de que había muerto que el *Viejo* delegó en el segundo oficial el trabajo de coger el cadáver y colocarlo en la cámara frigorífica junto al de Esteban. Yo mismo le transmití la orden al hacerle el relevo en la guardia de tarde. Pobre Juanito, tan joven él, tan crío aún. Hube de mentirle acerca de mi comprobación personal de la muerte de Enrique para vencer sus miedos, su recelo a que pudiera seguir vivo.

Al rato (llevaría yo más de una hora de guardia) subió el marinero Cunqueiro al puente comunicándome la desaparición de Enrique. No me lo dijo, pero en la congestión de su rostro adiviné algo más que la desaparición de éste. Ordenándole se quedase en el puente vigilando la conducción del barco, bajé corriendo a ver lo sucedido. El contraмаestre, en el pasillo, miraba anonadado hacia el suelo; el capitán, frente a la puerta, horrorizado hacia el interior del camarote. Al acercarme y mirar yo también, el horror y el anonadamiento se hicieron uno junto a la madre del engrasador hecha puta en mis labios. Juanito y Ernesto (el otro marinero) yacían en el suelo degollados en medio de un gran charco de sangre; al lado, el cuchillo homicida perteneciente a los cubiertos de la comida sin tocar.

No hicieron falta muchas palabras para hacerme saber lo ocurrido: Tras dejarme en el puente, el segundo oficial fue en busca del contraмаestre para requerir su ayuda en el trabajo encomendado. Como quiera que estaba ocupado en otro, el requerido solicitó un breve momento para acabar de hacerlo. En el entretanto, e ido Juanito diciéndole que le espera en el camarote del engrasador supuestamente muerto, ve a Ernesto y le ordena que vaya con el oficial, que luego irá él. Cuando lo hace con Cunqueiro se encuentran con el drama descrito. (Estoy hablando de antes de ayer.)

No es difícil de imaginar la angustia que nos embargaba. Eran ya tres los tripulantes asesinados y el autor (a diferencia de cuando le sustraímos la cocaína) no sabíamos por dónde andaba con su locura de abstinencia.

Nos reunimos todos, siete hombres, en el puente; urgía atrapar a la bestia. Aunque seguíamos siendo más, éramos conscientes de su, a pesar de lo sufrido, todavía vigor físico y no queríamos favorecerle dividiéndonos en exceso en la búsqueda. Así que decidimos hacer dos grupos: uno con el contraмаestre y el marinero bajo mis órdenes de primer oficial, y otro con el jefe de máquinas, el primer maquinista y el camarero. El capitán, como persona de edad que era, acordamos se quedara en el puente ocupándose no sólo de la conducción del

barco sino también de intentar contactar con tierra a través de la radio del cuarto de derrota para informar sobre lo que estaba sucediendo.

Bajamos: los maquinistas y el camarero a la sala de máquinas; nosotros al resto de las dependencias. Entramos y salimos de camarotes (en el del crimen compasivos tapamos con una manta a los muertos), pañoles, cocina, despensa de víveres; anduvimos por cubierta (el contramaestre gritaba su nombre pidiéndole se entregara, que nada le haríamos), miramos en los botes de salvamento; en la cámara de subalternos nos encontramos de nuevo con el otro grupo. Nada, ni rastro de Enrique. Y ya no hablo de antes de ayer; la concienzuda búsqueda había durado lo que las horas transcurridas hasta la madrugada del día de ayer.

Horror, angustia, cansancio en medio de la noche, de alta mar en el Pacífico. ¿Qué hacer?

El Jefe me propuso subir al puente a hablarlo con el *Viejo*. Lo hicimos él y yo solos. Al pasar junto a su camarote me pidió que continuara, que necesitaba ir al retrete pero que enseguida subía. En mi desasosiego apenas le presté atención y seguí camino.

Al llegar, entré y cerré la puerta. La luz de donde venía me dejó ciego en la oscuridad del puente. Quieto llamé al *Viejo* intentando me orientara hacia su persona. Nadie respondió. Volví a llamar dando algunos pasos hacia lo que empezaba a vislumbrar como mortecinas lucecitas de las válvulas de los equipos electrónicos, pero el silencio continuaba en el monótono ruido proveniente de abajo, de los motores en la sala de máquinas. Pensé entonces en la radio, en el cuarto de derrota donde está, y, mi vista ya adaptada a cuanto en las sombras me rodeaba, descorrí la cortina que lo separa. Oh Dios mío; veía sin querer ver, sin querer creer. El cuerpo del capitán sentado en posición de intentar contactar con tierra a través de la radio (callada ésta, inservible por los destrozos causados), ya no intentaba porque el cable del micrófono alrededor de su cuello, en manos de la bestia asesina, se lo había impedido para siempre jamás en algún momento de cuando nosotros buscábamos. ¿Pero cuándo este momento?, ¿tal vez tan próximo que la bestia todavía seguía allí, cerca de mí? Tropezando con no sé qué (en mi

mente confirmación en cuanto a proximidad de la bestia) salí despavorido hacia donde sabía estaba el jefe de máquinas desde que lo había dejado hacía escasos minutos. Urgía advertir, formar grupo con el que poder defendernos... ¿Defendernos? Apenas tuvo tiempo en su estertor de muerte de decirme que Enrique estaba allí, había estado allí, en su camarote contiguo al del capitán, hasta el momento en que, tras pedirme que yo continuara camino mientras iba al retrete, le destrozó el cráneo con la lámpara de la mesa del escritorio.

Esta vez no corrí. No era preciso pensar mucho para saber que la bestia (viniendo yo de arriba, del puente) sólo podía haberse ocultado a mi vista yendo hacia abajo, hacia la cámara de subalternos donde, sí, esperaban los cuatro hombres con los que formar grupo para poder defendernos pero, tal vez, también la muerte en cualquier recodo del largo trayecto que hay hasta ella. ¿Habré de avergonzarme si digo que...

(Mismo día 13, por la tarde.)

Desde esta mañana estamos a la deriva; el motor de la hélice dejó de funcionar en el preciso momento en que yo dudaba entre avergonzarme o no de mi miedo... No sé si se debe a una avería o a que este miserable lo ha parado. Al fin y al cabo es mecánico, sabe cómo hacerlo...

Sí, era verdad, ya sólo estamos él y yo; el conrmaestre está muerto (lo he visto junto al bote de salvamento atravesado por el bichero). Lo vi cuando, no viendo a Enrique en cubierta, bajé pensando estaría ocupado en la sala de máquinas con el motor. Quise aprovechar la oportunidad para coger algunas provisiones en la cocina que llevarme a la boca. También un cuchillo.

Oh; no sé. Todo se complica, se hace difícil. Medito estrategias pero ninguna convence..., o se demuestra imposible. Caí en la cuenta al escribir del capitán intentando contactar con tierra y ahora veo fue por mi necesidad de no perder la esperanza. La radio de corto alcance o cualquiera de los tres *walkie-talkie* hubieran sido una buena esperanza de hacerme oír, no desde luego por

quienes estén a largo alcance, pero sí por quienes puedan estarlo a menos. No podrá ser. Ambas radios están destrozadas y los *walkie-talkie* no he podido encontrarlos.

Pienso, no obstante, que sin duda sospecha algo (me refiero al armador); con hoy son ya dos los días en que no sabe de su barco y seguro estará intentando contactar con nosotros. La última posición que le transmitió el capitán le permitirá ubicarnos en un punto donde hacer gestiones para que nos busquen. No es difícil. 12 nudos en, por ejemplo, 50 horas son 600 millas; con el rumbo hacia Tokio. Y parados, todavía el cálculo es más fácil.

Aguantaré. Sea como sea aguantaré para hacer pagar a este miserable hijo de mala madre lo que nos ha hecho...

Como ya he dicho, cuatro eran los hombres que me esperaban en la cámara de subalternos, ignorantes de cuanto dos cubiertas arriba acababa de suceder. No me importa reconocerlo: estaba aterrorizado, y pensé que lo mejor era esperar; ellos formaban grupo y tarde o temprano se preguntarían por nuestra tardanza en volver. Cuando subieran buscando respuesta sería el momento de, todos unidos, reanudar la búsqueda del criminal.

No fue así.

Fue al cabo de más de ocho horas (tiempo durante el cual permanecí en el camarote del Jefe, junto a su cuerpo sin vida, esperando en cada minuto, en cada segundo, se cumpliera en el siguiente lo que tanto deseaba) cuando me convencí de que algo les había pasado a ellos también. Necesariamente tendría que ser yo el que bajara si quería hacerme cargo de la situación. Dado que era de día, consideré prudente hacerlo no por el interior del barco, sino por fuera y desde lo más alto para tener constancia en todo momento de lo que me aguardaba abajo.

Subí de nuevo al puente. El *Viejo* seguía (sigue) en la misma posición, pero tan otras eran mis preocupaciones que pasé por su lado sin caer en la cuenta de lo dicho de las radios. Ocultándome lo que podía y más de la posible presencia de Enrique, salí al alerón y empecé a bajar: la cubierta de la que acababa de subir, la de los botes de salvamento y nuestros camarotes de oficiales, la cubierta

principal. Ni rastro de vida. Y ya no hay medio de seguir bajando si no es por el interior del barco, precisamente por el tramo donde la marinería tiene sus camarotes y se accede a la sala de máquinas; lugares de los que Enrique sabe más que yo. Aunque bueno, tampoco en mi intención estaba llegar tan bajo; sí mirar en la cámara de subalternos. Lo hice desde allí mismo, a través de uno de los portillos, haciéndome sombra con las manos sobre el cristal del mismo para ver mejor... el cuerpo de Cunqueiro, tirado en el suelo, con un hilillo de sangre saliéndole por la boca. Creí volverme loco mientras casi corriendo desandaba lo andado hacia la cubierta de botes en busca de mi camarote.

Al llegar, eché el cerrojo y me dejé caer sobre la cama: Minutos de expectación en un principio; de abrupta explosión de la tensión nerviosa durante tanto tiempo reprimida en forma de abundantes y convulsas lágrimas después. Me quedé dormido.

Cuando desperté estaba anocheciendo. No sé, quizás fuera por el remordimiento de mi cobardía, quizás por haber recobrado en algo las fuerzas, pero resuelto decidí armarme de valor y bajar a la cocina, coger un cuchillo (no de los de cubertería, sino de los grandes, de los que como éste que ahora tengo pueden atravesar a un hombre de lado a lado) y continuar el descenso hasta lo más bajo del barco.

Siguiendo el camino desandado hacía unas horas llegué de nuevo frente al portillo de la cámara de subalternos, miré otra vez (la luz de dentro junto a la incipiente oscuridad de fuera me permitía ahora ver con toda claridad el cuerpo del marinero muerto), y continué hacia popa en busca de la puerta que desde el exterior da acceso a la cocina. Fue un vernos (él disponiéndose a tirar por la borda los cuerpos, yo girando en lo que es recodo del trayecto) en fracción de segundo porque, sobresaltado por lo no esperado del peligro que creía más abajo, me eché a correr huyendo de su presencia por el camino ya tantas veces descrito. Al llegar a la cubierta de botes y entrar en el interior del barco, me detuve unos segundos frente a los tramos de escalera dudando entre subir o

bajar. Subir era continuar con el ascenso, bajar no. Me decidí por esto último como lo más apropiado para despistar.

Desde no más abajo de la cubierta principal, al poco escuché la entrada de Enrique, como la mía también presurosa; su mirar por los camarotes, su seguir subiendo (suspiré aliviado) buscando hasta llegar al puente. Silencio en el monótono ruido de los motores del barco; yo azuzando el oído, deseoso de volver a escuchar. Tardaba (no puedo asegurarlo, pero quizás fue entonces cuando viendo su obra del día anterior quiso completarla dejándome totalmente sin medios de comunicación radiofónica con el mundo exterior). Por fin le escuché bajar, ahora más sosegado. Era lo que yo esperaba para ir por delante, para llegar a donde él se marchaba convencido de mi no presencia. Salí por la cocina al exterior de la cubierta. (Pude ver que los cuerpos pendientes de tirar por la borda eran los del primer maquinista y el camarero.) Seguí por afuera hasta llegar al camarote del capitán.

(Sábado, 14.)

Ya no tengo duda: El motor de la hélice dejó de funcionar porque él lo paró. Anoche lo hizo también con el alternador y hemos estado sin luz (todavía oigo sus pasos, veo a través del resquicio de la puerta la débil luz de la linterna con que se guiaba buscándome sin sospecharme en el armario ropero) hasta esta mañana en que lo ha vuelto a arrancar. Quiere que me desespere, que pierda los nervios y salga de mi escondite...; o, bueno, también es posible lo haga porque me teme. ¿Acaso no es humano?

¡Esto es! También es humano; menos que humano, necesita de la coca para enfrentarse a la vida.

Se acabó. Esta vez sí que no. Una cosa es no crearme un héroe y otra pasarse. Ya está bien de infravalorarme. Puestos a tener miedo pongamos a todos por igual; quién no teme a la muerte.

Veamos. Con éste son ya dos los días que llevo aquí, en el camarote del capitán. ¿Y qué es lo que he hecho? Excepto escribir lo hecho, nada. Mejor dicho: casi nada, porque tengo un cuchillo con el que podría atravesar a un hombre de lado a lado.

Veamos... Sí... Llamo su atención, y en cualquier recodo del camino le espero con él mientras viene.

...

Acabo de subir al puente queriendo de nuevo encontrar los *walkie-talkie* y ya sé dónde estaba Enrique cuando le buscábamos todos a una: en el pañol de la chimenea, en el puente alto. Las manchas de sangre que he visto me lo confirman. Sin duda es sangre con la que se pringó cuando lo de Juanito y Ernesto. Qué torpeza la nuestra. Le estoy viendo: bajar desde la chimenea, sorprender al *Viejo* intentando contactar con tierra (y hacerlo con el más allá tras pedirle la cocaína) y seguir bajando hasta aquí, hasta la caja fuerte donde le ha dicho la guarda bajo los números de la combinación que ya no es secreta; esnifar, disfrutar en el tiempo que media entre nuestra inútil búsqueda y el oírnos subir, pasar del camarote del capitán al del Jefe creyendo se esconde más porque no sabe que es éste uno de los que suben y entrará en el suyo descubriendo su presencia... Y hablando de presencia, tengo que decir que se me ha ocurrido mientras pensaba lo dicho y no encontraba los *walkie*. La comunicación también es posible con las banderas del código internacional de señales. He izado la uve (*víctor*). Cualquier barco que nos vea sabrá que es auxilio lo que necesito. No es imposible. Por mucho que hayamos derivado de la derrota hacia Tokio, la posibilidad existe... Al menos, esto espero.

(Domingo.)

Después de mejor meditarlo, decido esperar a mañana para intentar matar. No hacerlo sería un suicidio, pues nada he sabido de él durante todo el día.

(25, Navidad.)

Creí morir. Sin gobierno (ya dije: la hélice está parada) las olas zarandearon el barco hasta niveles donde ni siquiera en la cama podía permanecer sin caerme cuando, cediendo al sueño, dejaba de agarrarme a sus travesaños. Ya digo: era causa de estar sin gobierno, puesto que las olas, aunque de mar gruesa, no eran las de un temporal. Tumbado hube de quedarme en el suelo a fin de evitar nuevas caídas, junto a multitud de objetos caídos por su falta de sujeción que a cada violenta inclinación del barco me acompañaban en el bajar golpeándose y ruidosos. Día tras día, noche tras noche; hasta ayer –creo–. Hoy es 25 de Diciembre (lo dice el calendario de mi reloj automático). Ése debe haber sido el tiempo transcurrido hasta que pude conciliar el sueño...

No puedo continuar así.

Todos los motores han dejado de funcionar. No hay luz, no hay presión en el agua que la haga subir de los tanques a los camarotes, no hay ruido. Presto atención queriendo oír algo que delate la presencia de Enrique y sólo escucho el suave batir del agua del mar contra el casco del barco. Es como un cementerio donde ¿sólo yo estoy vivo? Tengo que averiguarlo: saber si él también lo está.

...

He llegado hasta su camarote. No ha sido un decidido salir y llegar; ha sido un precavido salir con el cuchillo y los nervios a flor de piel, acercarme y retroceder para volver de nuevo a salir y acercarme un poco más, varias veces, hasta llegar. El charco de sangre (ahora seca) sigue presente; no así Juanito y el marinero. A falta de otra persona, pienso que a trabajo del loco homicida se debe esta desaparición. Cansado he renunciado a seguir buscando tratando de averiguar y, tras pasar por la cocina para coger con prisas toda la comida que he podido, me he vuelto aquí: el camarote del capitán.

(Jueves, 26.)

Cansado dije que renuncié a seguir buscando. No , mucho más que esto: completamente debilitado. Ayer pude por fin saciar mi hambre, y ello gracias a las provisiones de mi anterior estancia en la cocina (amén de la caja de cervezas que el *Viejo* guardaba en su camarote), pues de lo contrario habría muerto. Por esto no puedo permitirme dejar de escribir, por si muero dejar la posibilidad de que otros sepan y hagan justicia.

Con hoy son demasiados días sin saber de él. Lo admito: Empiezo a dudar de que esté vivo... ¿Muerto? ¡No!, no consentiré que me engañe por segunda vez. Hasta que no vea con mis ojos ni toque con mis manos no creeré.

(Viernes, 27.)

El olor es nauseabundo. Lo sé del cuerpo del jefe de máquinas descomponiéndose en su camarote contiguo al del capitán donde hago vida. No quiero verlo. Es suficiente con haberlo visto y olido en el del *Viejo* (en misma posición a la de la noche de su muerte) en mi camino hacia el alerón como lugar donde hago mis necesidades por la falta de agua que me impide limpiar el retrete (así como los vómitos durante los días del mareo provocado por los bruscos bandazos).

Idéntico silencio. La mar en calma.

(Sábado, 28.)

¡Vive!; sigue vivo.

Sin comida que estoy he bajado a cogerla y no está donde estaba. Lo dije y lo repito: A falta de otra persona, a trabajo del loco se debe su desaparición.

(Lunes, 30.)

Han sido precisos casi tres días sin comer, beber de mi propia orina, para

darme cuenta que quizás fuera yo el causante de la desaparición. Sin la precaución del cuchillo por la posible presencia de Enrique (continúo sin saber de él) he bajado a comprobarlo, y sí, tenía razón, la comida no está donde estaba porque es la que yo me llevé tras cansarme de seguir buscando. A tal estado llega mi debilidad mental. Hago las cosas sin percatarme de lo que hago, por puro instinto animal de subsistencia. En la cocina misma he comido hasta hartarme parte de lo cogido en la despensa de víveres. Antes de irme con toda la comida que entre mis brazos he podido llevar, he mirado en la cámara de subalternos por ver si estaba el cuerpo de Cunqueiro; y tampoco: Ha desaparecido. No obstante, ahora veo en todos estos cuerpos desaparecidos un trabajo anterior a mi dejar de saber del asesino.

Qué es lo que ha podido ocurrir –me pregunto haciendo memoria, leyendo lo que llevo escrito–. Sólo en la semana en que creí morir por los bruscos bandazos del barco cabe alguna explicación. Tal vez drogado se cayó al mar, tal vez en sus esfuerzos por desesperarme desde la sala de máquinas no pudo evitar alguna caída. De no ser esto lo ocurrido, necesariamente tendría que haber hecho lo que yo he hecho: pasar por la cocina, pues nadie puede vivir sin comer. Cosa que he visto no ha hecho... Sí, tal vez me sobrepasé en mis exigencias para llegar a creer.

...

Del camarote del capitán he bajado al mío. Aunque más pequeño, el olor no nauseabundo lo hace más agradable. A pesar de todo, tomo la precaución de echar el cerrojo, cosa que no hacía en el del capitán, donde la puerta abierta (la luz encendida mientras la hubo) intentaba evitar sospechas de que alguien (yo) estuviera dentro.

(Martes, 31.)

Armado con el cuchillo pero con los nervios más templados he repetido el trayecto que por dos veces hice el día en que solo frente al autor de tanta muerte

no quería ser yo la próxima. Una vez llegado a popa, he entrado en el interior del barco dispuesto a seguir bajando hasta la sala de máquinas. La mar algo movida hace que los balances hayan aumentado en grados de inclinación, lo que me obliga a agarrarme a cuanto fijo a la estructura del barco me permite mantener el equilibrio. Este proceder he debido hacerlo más cuidadoso en la sala de máquinas para evitar caerme por sus empinadas escaleras, cosa que no he dudado le ocurrió a Enrique al ver, desde lo alto, su cuerpo abajo, en la cubierta de los motores. Ha sido un descubrir sin sorpresas (algo me decía en mi interior que lo iba a encontrar allí). No obstante, he terminado de bajar para tocar con mis manos y creer que, efectivamente, está muerto... «Muerto el perro, se acabó la rabia», dice el refrán, y esto es lo que ya no siento junto al intensísimo miedo –no me avergüenza admitirlo– que su vida me ha causado durante todo este tiempo. Pagados gracias a Dios sus crímenes, sosiego es la palabra que define mi actual estado de ánimo en lo que a él respecta. No en cuanto a la situación en que me ha dejado.

De vuelta hacia mi camarote he pasado de nuevo por la cocina para hacer inventario de las provisiones que hay en la despensa de víveres. El Sol próximo a su cenit me ha hecho olvidar que estoy sin corriente eléctrica y que, por tanto, todo lo que necesita de ella no funciona. El horror, que pensaba vencido sin la presencia de Enrique, se ha demostrado no vencido al abrir el compartimiento congelador de la cámara frigorífica: Miles de gusanos pululan entre la carne putrefacta con fétido olor alimentándose de ella (incluida la de Esteban, el cocinero). Raudo lo he vuelto a cerrar renunciando a inventariar todo lo que requiere de un cierto frío para no pudrirse. No así del resto de las provisiones. Tengo las suficientes (como no podía ser de otro modo, pues fueron pensadas para alimentar a once hombres durante las varias semanas que dura un viaje en barco desde San Francisco a Tokio) para comer durante meses.

El cuchillo he dejado por no necesitarlo ya.

...

Iluminado por la pálida luz de una luna llena que a través de los portillos

de mi camarote se me muestra hermosa, hago planes sobre el futuro. Tomar posición con el sextante del punto exacto en el Pacífico en el que me encuentro es trabajo carente de finalidad, pues sin medios de comunicación radiofónica con el mundo exterior no podré hacérselo saber a nadie, haciendo imposible mi necesidad de auxilio. Poner en funcionamiento el motor de la hélice que dé estabilidad al barco y me permita poner rumbo hacia algún lugar en tierra es algo de lo que como oficial que soy sólo de cubierta carezco de conocimientos. Esperar es lo único que puedo hacer, a que el armador queriendo saber de su barco me encuentre.

(Miércoles, Año Nuevo.)

Noche de pesadilla. La imagen de los miles de gusanos comiéndose el cadáver (ahora mío, no de Esteban) en sueños no ha dejado de atormentarme; era el sepulcro donde sabiéndome yo vivo gritaba por querer salir. Varias veces me he despertado, temblando y sudoroso, creyendo oír estos gritos en el ruido de algún que otro objeto cayéndose al suelo por el bandazo del barco y su falta de sujeción.

Sin duda algo de fiebre tengo.

(Jueves, 2.)

La mar sigue empeorando, y con ella los bandazos del barco y el peligro de caerme al agua (máxime con la fiebre que no me deja) si deambulo por su exterior buscando lugares donde hacer mis necesidades fisiológicas. En consecuencia he optado por hacerlas en el retrete del camarote contiguo al mío que fue del primer maquinista. Abiertos los portillos y cerradas las puertas consigo que el mal olor no llegue (salvedad hecha los respiraderos) hasta mi habitáculo.

(Viernes, 3.)

Treinta y nueve grados ha marcado el termómetro que tengo de temperatura corporal. No sabiendo de la causa que los provoca he querido inyectarme penicilina cogida del botiquín como amplio remedio curativo de la enfermedad, pero no he podido por la falta de quietud del barco y los escalofríos que me impiden un pulso firme.

Apenas como por las náuseas que me produce hacerlo. Sólo quiero dormir y no puedo.

(Enero.)

En lontananza veo a través del portillo un barco. Se aleja sin percatarse de que tengo izada la bandera *víctor*. Desesperado intento levantarme, salir a cubierta para lanzar una bengala que le haga percatarse de mi necesidad de auxilio, pero me es imposible. La fiebre me consume.

«Después de algún tiempo, Dios puso a prueba la fe de Abraham. Le llamó por su nombre, y él contestó:

–Aquí estoy.

Dios le dijo:

–Toma a Isaac, tu único hijo, al que tanto amas, y vete a la tierra de Moriah. Una vez allá, ofrécelo en holocausto sobre el cerro que yo te señalaré.»

(Génesis 22.1-2)

Eduardo, su único hijo

El primer día.

Festivo, quizás domingo, por la mañana. La hora debe ser una de antes del mediodía, pues recuerdo poca gente en la terraza del bar (así como por la calle), a no ser que la poca concurrencia fuera debida a tratarse de un mes de temporada baja, o sea, de clientes por debajo de la media del año. Aquel día, éstos seríamos poco más de media docena: dos o tres en el interior del local y cinco afuera, en la terraza: cuatro formando tertulia y yo solo. Con los ojos semicerrados disfruto del tibio sol y de la cerveza que de vez en cuando cojo, bebo y vuelvo a dejar sobre la mesa junto a la que estoy sentado. La voz de los tertulianos me llega reposada y educada, sin estridencias, desde otra mesa algo alejada de la mía, lo que me permite saber de palabras sueltas pero no del tema de la conversación. Me fijo más en ellos. Todos hombres: tres –no me cabe la menor duda– sobrepasan los sesenta años de edad, y el cuarto es un joven como yo, de no más de treinta años. Sin embargo, llama la atención que viste idéntico a uno de ellos (precisamente al que más digno se muestra por sus gestos, su forma de hablar) añadiendo años a su juventud. Apenas habla; sólo sonrío, siempre sonrío a lo que oye decir –llego a la conclusión– porque su cerebro está poco capacitado para el pensamiento, para saberse valer por sí mismo. Cuando tras las despedidas el grupo se disuelve y veo a los dos gemelos en el pulcro vestir de punta en blanco irse juntos, deduzco que se trata de padre e hijo.

El segundo y siguientes.

Son habituales de la tertulia. Al menos lo son cuando yo voy a tomarme mi consabida cerveza; días estos no laborables, horas mañaneras de poca gente en el bar. Si no están, espero a que lleguen, si es necesario pidiendo al camarero me sirva otra cerveza, porque la verdad es que mirarles (con discreción, sin que ellos lo adviertan) me gusta, incluso diré más: me causa placer. El padre nunca

ríe, a lo sumo una leve sonrisa agradece se le reconozca lo acertado de su proceder, sea en actos o en forma de pensar. Sin embargo, no es seriedad lo que define la expresión de su rostro, es el convencimiento de que no precisa de ninguno de nosotros, sus semejantes, y por tanto no tiene por qué hacer esfuerzos para mostrarse agradable; todo lo contrario del hijo, que se sentiría desvalido caso de no tener a su padre, pero que por tenerlo, satisfecho sonrío, sonrío siempre como diciendo: Qué padre el mío. Mas no lo oigo decir (dada la distancia que separa nuestras respectivas mesas); sólo imagino mientras les miro, y veo que físicamente no tienen nada fuera de lo común. No habría reparado en ellos de ser distintos en el modo de vestir, en la pulcritud con que lo hacen.

El tercero.

Están en mesa distinta a la del resto de los tertulianos. La verdad es que de todo el grupo sólo ellos han llamado mi atención desde un principio y no sé si los componentes de ese resto (variable en número) son los mismos de los anteriores días. Lo que sí percibo es su enfado. Algo ha debido ocurrir en mi ausencia que ha roto el aprecio que se tenían, me refiero entre el padre e hijo y el resto de los tertulianos. Casi de espaldas a éstos apenas hablan; serios los dos, el padre –sigo imaginando– porque como no precisa de los de hasta ayer amigos no tiene por qué rebajarse a pedir disculpas, máxime cuando la culpa del roto no ha sido suya, y el hijo por hacer causa común con su admirado padre. Me hace gracia verlos de este modo, tanto que imprudente mirándoles casi me río. Es el padre quien lo advierte, pero por suerte no se considera él la causa, si acaso a que no estoy bien de la cabeza. Al poco (menos tiempo del que solía durar la tertulia cuando el grupo era uno) el resto se va cabizbajo y en silencio mirando de soslayo al padre e hijo que indiferentes aparentan no percatarse de la temprana retirada. Se sienten triunfadores; han sido los otros y no ellos quienes se han visto obligados a rendirse abandonando la poco concurrida terraza del bar. Para celebrarlo, el padre pide al camarero les sirva otro café. Lo sirve, pero

al ver a éste serio no sumarse a la sonrisa de los triunfadores pienso que lo sucedido no le ha hecho mucha gracia.

El cuarto.

Llevo toda la mañana esperando a que lleguen. La gente que al llegar yo era poca, ahora es bastante, y más por el grupo de los tertulianos crecido en número. El camarero va y viene satisfecho de poder servir a tanta clientela. No quiero preguntarle por el padre e hijo que vestían iguales, del porqué de su ausencia. Durante todo el tiempo que llevo viniendo por el bar no he sido muy hablador, y cambiar ahora interesándome por unos desconocidos me da vergüenza. Cansado de esperar, pago las tres cervezas consumidas y me voy.

El quinto.

Hoy los he visto por la calle. Alegría me ha provocado el encuentro después de meses sin saber de ellos. De haberme dejado llevar por la emoción del momento me hubiera acercado a preguntarles por su vida, de cómo es que no van por el bar. Por suerte estoy bien de la cabeza y no he querido que el padre pensara que no lo estaba. Me he limitado a mirarles desde la distancia que nos separaba hasta que ésta se ha hecho grande por el andar de ellos. En este andar he visto de nuevo lo imaginado del desvalimiento del hijo. No es un andar igualitario en cuanto a la altura, lo es desigual: el hijo siempre por detrás del padre, poco, muy poco, todo lo poco que permite no dejar de tocar con el hombro la espalda del otro, pero siempre por detrás para salvaguardarse del peligro que pueda venir de enfrente. Ante esta visión siento rabia contra el padre por no hacer lo que a mi entender debería hacer, y es enseñar al hijo (o dejar que otros lo hagan) a saberse valer por si mismo. Pero no, tan digno él, tan sin humildad, no quiere quedarse sin su admirador... No sé, quizás sea injusto por pensar lo que acabo de decir.

El sexto.

Han pasado años desde que los conocí formando tertulia en la terraza del bar, bar al que nunca más volvieron (al menos hasta que yo dejé de ir por allí convencido de que ellos no iban) tras su enfado con el resto de los tertulianos. Durante este tiempo esporádicos encuentros me permitieron ver lo poco que el tiempo pasaba por sus cuerpos (siempre vestidos de punta en blanco con idéntica pulcra vestimenta), hecho tan contrario a la ley de vida que me hacía pensar, me ha hecho pensar en un milagro hasta el día de hoy en que he visto al padre muy desmejorado. El hijo estaba con él comprando, como yo, en el hipermercado y he podido mirarles a gusto. No se muestra ya tan digno (se nota que la enfermedad le ha hecho recapacitar) y admite estar precisado de nosotros, sus semejantes. Apoya su brazo en el brazo del hijo con sus hombros tocándose a igual altura, lo que disimula algo la poca capacidad cerebral de éste. La pena que siento por ellos me hace mirarles sin discreción. Advertidos ambos, a su vez me miran. Sonríen para decirles que soy yo, que si se acuerdan de mí. Pretendo con ello alegrarles con el recuerdo de tiempos más amables. No lo esperaba: Es el hijo quien tirando del brazo apoyado en el suyo hace que sus miradas dejen de mirar a la mía al darme la espalda. Le cuchichea algo al padre que sumiso se ha dejado llevar. Sorprendido yo, no hago por seguirles. Sé que mi sonrisa les ha molestado por creerla efecto de su dolor.

El séptimo.

No es seriedad lo que muestra la expresión de su rostro, tampoco preocupación por qué será de su futuro de morir el padre, es como un sentimiento agónico de desorientación, de no saber qué hacer. Estando yo en el ambulatorio esperando a ser atendido por mi médico de cabecera, le he visto a él buscando sin saber cómo encontrar, hasta que una enfermera, dándose cuenta de su estado, se lo ha llevado con ella a no sé dónde. Aunque no tan pulcro, viste como antes añadiendo años a su edad.

El octavo y último día.

Leo en la lápida del nicho: “Aquí descansa Eduardo Mendoza Oliver”, y tras la fecha del fallecimiento, “su único hijo, Eduardo, ruega una oración por su alma”. Me pregunto qué habrá sido del hijo, sólo del hijo pues el padre sé que está aquí, no porque enterado de su muerte acudiera a su entierro (aunque la sospechaba, nada sabía yo de esta muerte), sino por encontrarme un día al hijo frente a este nicho. En un principio no le reconocí, pero al fijarme más en él por lo sucio y desaliñado que vestía, me di cuenta de quien era. Hablaba a media voz –deduje– con el padre, pues estaba solo, y por sus gestos parecía reprocharle algo, algo que le provocaba un enorme sufrimiento. Acordándome de lo sucedido en el hipermercado meses antes, yo dudaba entre darme o no a conocer. No me dio tiempo a decidirme. Quizás porque me vio mirándole, quizás porque me reconoció (no sé), de súbito casi corriendo abandonó el lugar camino de la salida del cementerio.